Bohumil Hrabal

Personajes en un paisaje de infancia

Traducción del checo de Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg

PERSONAJES EN UN PAISAJE DE INFANCIA

BOHUMIL HRABAL

BOHUMIL HRABAL

Personajes en un paisaje de infancia

Traducción de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Postřižiny*
Traducción del checo: Monika Zgustova

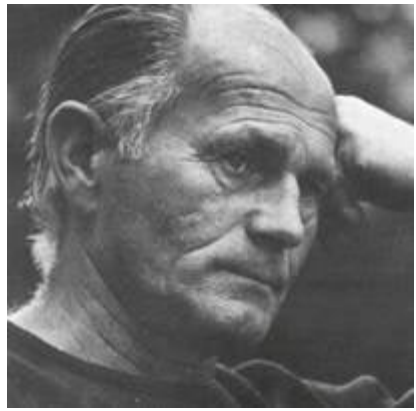
Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto de 2021

© Bohumil Hrabal Estate, Zúrich, Suiza, 1976
© de la traducción: Monika Zgustova, 1991, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada:

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-18807-35-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



BOHUMIL HRABAL

(Brno, 1914-Praga, 1997) está considerado como uno de los mejores escritores europeos de la segunda mitad del siglo XX. Su padre adoptivo era gerente de una fábrica de cerveza en Nymburk, lugar donde Hrabal pasó su infancia y que impregnó toda su obra. Tras estudiar derecho, desempeñó diversos oficios: ferroviario durante la guerra, experiencia que reflejó en su novela *Trenes rigurosamente vigilados*, agente de seguros, viajante de comercio y empacador en una prensa de reciclar papel, sobre lo que escribió en *Una soledad demasiado ruidosa*.

Inició su obra con un conjunto de poemas, publicado en 1948 y prohibido unos meses más tarde cuando el comunismo llegó al poder en Checoslovaquia. No pudo publicar su primer libro, *Una perla en el fondo*, hasta 1963, año en que decidió dedicarse únicamente a escribir. Junto a las ya mencionadas, destacan sus novelas *Yo serví al rey de Inglaterra, Bodas en casa* y *La pequeña ciudad donde se detuvo el tiempo*, escritas casi todas ellas en la década de los setenta, cuando su obra fue de nuevo prohibida.

Murió al caer desde su habitación en el quinto piso del hospital Bulovka en Praga. En sus obras reflexionó a menudo sobre la idea del suicidio. Como era su voluntad, fue enterrado en una caja de roble con la inscripción Pivovar Polná (Fábrica de Cerveza de Polná), lugar donde se conocieron sus padres.

Bohumil Hrabal nos presenta en esta novela a los administradores de una fábrica de cerveza: Francin y Maryška. Ella es una mujer joven y enérgica, muy hermosa, que hace todo lo que se le ocurre. Ante el

terremoto que es su mujer, Francin intenta dirigir con sensatez la fábrica, y manejar como puede los incesantes conflictos con sus accionistas, personajes muy influyentes en la ciudad.

Por si todo ello fuera poco, el tío Pepin, personaje desternillante y recurrente en las novelas de Hrabal, se queda a vivir con la pareja provocando incesantes episodios cómicos, para desesperación del bueno de Francin, quien ve amenazada una y otra vez su carrera como administrador, a quien salva, eso sí, la irresistible personalidad de su bella esposa.

1

Me gustan esos pocos minutos antes de las siete de la tarde, cuando con trapos y pelotas de papel de periódico —viejos números de *Política Nacional*— limpio los cilindros de cristal de los quinqués, rebaño con una cerilla las mechas ennegrecidas, luego vuelvo a colocar las pequeñas capuchas de hojalata y a las siete en punto llega el momento deseado en que las máquinas de la cervecería se paran, las revoluciones de la dinamo que manda la corriente eléctrica a todas las bombillas empiezan a moderarse y a medida que la electricidad disminuye se debilita la luz de las bombillas, poco a poco la luz blanca se convierte en rosa y la luz rosa, en gris, como si se filtrase a través de un tamiz de gasa y organdí, y por último los filamentos de volframio dibujan en el techo unos raquíticos dedos rojizos, una clave de sol carmesí. Entonces enciendo la mecha, pongo el tubo, tiro de la lengüecita amarilla y coloco otra vez la pantalla de cristal esmerilado, adornada con rosas de porcelana. Me gustan esos pocos minutos antes de las siete de la tarde, me agrada levantar la cabeza y observar la luz que fluye de la bombilla como la sangre que se derrama de un gallo degollado, no quito los ojos de aquella rúbrica de corriente eléctrica que palidece y temo el día en que la cervecería quede conectada a la línea municipal, aquel día ya no se encenderán todos esos faroles en los establos, esas lámparas con espejitos redondos, esos quinqués ventrudos con mechas redondas, nadie apreciará su luz porque esta ceremonia se habrá sustituido por un interruptor al igual que los grifos reemplazaron las fuentes, con lo bonitas que eran. Los quinqués encendidos me enamoran, bajo su luz pongo la mesa, a su luz se abren los diarios y los libros, me gustan las manos iluminadas que descansan indolentes sobre el mantel, manos humanas separadas del cuerpo, que en la letra de sus arrugas exponen el carácter de su propietario, me encantan los faroles de gas que empuño para recibir a los visitantes, iluminándoles el rostro y el camino, los quinqués me gustan porque bajo su luz hago ganchillo y confecciono cortinas y sueño, me encanta que al apagarlos de un soplo violento exhalen ese olor tan fuerte que parece llenar la habitación con un reproche. Ojalá el día en que la electricidad llegue a la cervecería encuentre la fuerza suficiente para encender los quinqués por lo menos una vez por semana, quiero

escuchar el susurro melódico de Lamarilla que dibuja profundas sombras y obliga a caminar con cautela y a perderse en la ensoñación.

En el despacho era Francin quien encendía dos panzudos quinqués con mechas redondas, uno en cada extremo de una gran mesa, que no paraban de refunfuñar como dos carreteros, calentaban la habitación como un par de estufas y saboreaban el petróleo con mucho apetito. Las pantallas verdes de aquellas lámparas rechonchas recortaban casi como una regla las zonas de claridad y de sombra, de manera que mirando por la ventana siempre veía a Francin partido en dos: un Francin salpicado de vitriolo, otro abismado en la penumbra. Los quinqués de Francin, pequeñas máquinas de hojalata, provistos de un tornillo horizontal que hacía esconder o salir la mecha, cestitos de hojalata de formidable tirada, absorbían tanto oxígeno a su alrededor que cuando Francin dejaba un cigarrillo cerca de ellos, las anillas de hojalata inhalaban por sus agujeros las cintas de humo azul; ese humo, una vez que penetraba en el círculo mágico de los panzudos quinqués, se veía despiadadamente engullido por el tiro del tubo de cristal, devorado por la llama que brillaba encima del pequeño sombrero con una luz verde como la que desprende un tuero en descomposición, o un fuego fatuo, un fuego de Santelmo, parecía el Espíritu Santo descendido en forma de pequeña llama violeta flotando sobre la grasa luz amarilla de la mecha redonda. Y a la luz de esos quinqués Francin apuntaba en los libros de la cervecería, abiertos delante de él, la cantidad de cerveza fabricada, las entradas y las salidas, escribía los informes semanales y mensuales que le permitían a finales de cada año hacer el balance de los doce meses pasados; las páginas de esos libros brillaban como pecheras almidonadas. Cada vez que Francin giraba la página, los dos quinqués ventrudos, irritados con cada movimiento hasta el punto de que amenazaban con apagarse, empezaban a chillar como un par de grandes pajarracos despertados súbitamente; de igual manera movían los quinqués con rabia sus cuellos alargados, proyectaban sobre el techo un juego de sombras, un jadeo incesante de animales antediluvianos; al mirar el techo, yo siempre vi en aquellos recortes de sombra las orejas de un elefante moviéndose como un abanico, tórax de esqueletos que se hinchaban y se deshinchaban, dos grandes falenas, fijadas con alfileres en el tronco de luz que se elevaba de los tubos directamente hacia el techo, donde encima de cada lámpara brillaba un espejito redondo que deslumbraba, una moneda de plata intensamente iluminada que no paraba de moverse imperceptiblemente, expresando así el humor de cada uno de los quinqués. Cada vez que Francin giraba una página, volvía a inscribir en el encabezamiento los nombres y apellidos de los hosteleros. Entonces tomaba una pluma de dibujar del número tres y al igual que se solía hacer en los antiguos misales y en las proclamas

solemnes, Francin dibujaba cada inicial con los más diversos ornamentos y con líneas infladas como velas, y cuando yo me sentaba en su despacho y desde mi rinconcito en la penumbra miraba sus manos emblanquecidas por los quinqués, tenía la impresión de que Francin dibujaba aquellas iniciales inspirándose en mis rizos, él miraba siempre mi cabello del que saltaban chispas, el espejo me decía que allí donde me hallaba por la noche, la calidad y la forma de mi cabellera aportaban una lámpara suplementaria. Con la pluma de dibujar Francin delineaba el contorno de las iniciales, luego tomaba las plumas corrientes y según el humor del momento las mojaba en tinta verde o azul o roja y dibujaba alrededor de las iniciales mi melena flotante y, como un rosal que trepa por una glorieta, Francin guarnecía las iniciales de los nombres y los apellidos de los hosteleros con toda una red, el ramaje de líneas de mi cabello. Después, cuando salía cansado del despacho, se detenía en el umbral, en la sombra, y yo me daba cuenta por los puños blancos de su camisa de lo rendido que estaba después de todo el día, y es que los puños le llegaban casi hasta las rodillas; a medida que pasaban las horas, Francin arrastraba más y más quebraderos de cabeza y contratiempos, tantos que por la noche se encogía diez centímetros, por no decir más. Y yo sabía que yo misma era su mayor quebradero de cabeza, que desde el día que me vio por primera vez me cargaba al cuello como una mochila invisible y al mismo tiempo bien concreta y cada vez más pesada. Entonces cada noche nos deteníamos debajo del quinqué que colgaba de una cadena; la pantalla verde era tan grande que los dos nos metíamos debajo de ella como debajo de un paraguas, nos sumergíamos en un chaparrón de luz que, chapoteando, se derramaba del quinqué; yo con una mano abrazaba a Francin y con la otra acariciaba su nuca; él mantenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, una vez calmado me enlazaba la cintura, de manera que debíamos de parecer una pareja a punto de echarse a bailar, pero lo nuestro era algo más, era una especie de baño purificador durante el cual Francin me iba susurrando todo lo que le había pasado durante el día, y yo no paraba de acariciarlo y cada movimiento de mi mano alisaba alguna arruga, luego él acariciaba mi pelo suelto; cada vez bajaba más la lámpara de porcelana, a su alrededor colgaban pequeños tubos de cristal multicolor, unidos con perlas de cristal, al lado de nuestras orejas, aquella cortina de cristal crujía como los colgantes de una bailarina de los siete velos, a veces tenía la impresión de que aquel gran quinqué era un sombrero de cristal que llevábamos calado hasta las orejas, un sombrero adornado con una lluvia de carámbanos con las puntas cortadas… Y cuando conseguía ahuyentar la última arruga de la cara de Francin, cuando la más pequeña arruga se escondía en el pelo o detrás de las orejas, él abría los ojos, se

incorporaba, los puños de la camisa volvían a colocarse a la altura de las caderas, y me miraba con unos ojos llenos de dudas y, cuando me veía sonreír y menear la cabeza, él también sonreía y luego bajaba la vista, se sentaba a la mesa, más animado me volvía a observar, miraba dentro de mí y yo dentro de él y así podía ver el gran poder que tenía sobre él, mi mirada le hechizaba como la de una pitón fijada en un pinzón aterrado.

Esa noche en la oscuridad del patio relinchó un caballo, una y otra vez, y se oyó el chapoteo de las pezuñas, el tintineo de las cadenas y los cascabeles; Francin se incorporó y prestó atención, yo cogí una linterna, salí al pasillo y, una vez abrí la puerta, en la oscuridad se oyeron los gritos del cochero de la cervecería: «¡Arre, *Ede*! ¡Arre, *Kare*!», pero no había nada que hacer, los castrados belgas salieron disparados del establo; uno diría que esos caballos que vuelven reventados después de toda la jornada de trajinar cerveza, una vez desenganchados del carro y a punto de sacarles los arreos y los tirantes que les cuelgan de la collera bordada, que esos sementales castrados tendrían que pensar en poco más que en la paja, en un comedero lleno de cebada y en una ración de avena; pues no, ese par de caballos, cuatro veces al año, recordaban de golpe sus años de potros, su magnífica juventud, llena de glándulas aún poco desarrolladas, pero glándulas de todas maneras, se resistían, se alzaban en pequeña rebelión y al volver al establo, durante aquellas noches oscuras se hacían una señal y se desbocaban; eso es lo que decía la gente, pero de hecho ellos no se desbocaban, sencillamente no habían olvidado que ahora y siempre y hasta el último momento, incluso un animal puede elegir el camino de la libertad… Así que se precipitaron a lo largo de las barracas, sus cascos hacían saltar chispas en la calle pavimentada, la linterna al pecho del caballo de la derecha bailaba una zarabanda endiablada, iluminando los arreos que flotaban en el aire y las riendas rotas, yo me incliné por la ventana para contemplar a través de la luz dulce de la linterna cómo galopaba aquella pareja de caballos belgas grandes, enormes, *Ede* y *Kare*, que juntos pesaban dos toneladas y media, aquella pareja zumbante, disparada, cuya carrera hacía temer una caída, y la caída de un caballo significaba también la caída del otro porque iban uncidos con los arreos, las correas de cuero y las riendas, pero parecía como si se comunicaran en aquella carrera loca, uno hacía desbocar al otro y ninguno de ellos adelantó al otro en más de un par de centímetros… Y detrás de ellos corrió el desesperado cochero con un látigo, el cochero estaba muerto de miedo porque si uno de los caballos se hubiera roto las piernas la administración de la cervecería le iría deduciendo esa pérdida del salario durante años y años… y perder ambos caballos significaría tener que pagarlos hasta el final de su vida… «¡Arre, *Ede*!

¡Arre, Kare!», pero la pareja corría a matacaballo contra el viento a lo largo de los almacenes de malta, ahora sus cascos pisaron blandamente el camino lleno de barro al lado de la chimenea y el germinador, aquí los caballos moderaron el paso, pero una vez sobre el pavimento empedrado delante de las cuadras volvieron a emprender una marcha feroz y en el pasaje cementado iluminado por los abismos rectangulares de las entradas alumbradas por los quinqués, en aquel pasaje en el que cada arreo que se arrastraba por el suelo hacía saltar chispas, corrieron los dos belgas, pero ya no en carrera sino en una caída frenada, nubes de humo les salían por las narices, tenían los ojos desorbitados y llenos de miedo y delante de las oficinas, allí donde el camino hace una curva, resbalaron sobre la acera de cemento; parecía una película cómica si no hubiera sido por el cochero petrificado de horror viendo cómo se deslizaban los caballos sobre los cascos traseros. Y Francin se precipitó hacia la puerta donde estaba yo, apoyada en el marco y rezando para que no les pasara nada a aquellos pobres animales. Ya sabía que su aventura no dejaba de ser también, de alguna manera, la mía; pero *Ede* y *Kare* se recobraron y se lanzaron contra el viento que circula entre los almacenes de malta, los cascos se movían silenciosos en el barro blando que se extiende a lo largo del germinador, y otra vez se hicieron una señal y por tercera vez salieron disparados, el cochero se apartó de ellos de un salto y, al tirar de las riendas de uno de los caballos, la linterna salió volando contra la pared de la lavandería, dibujando un semicírculo. El ruido de la rotura reanimó a los belgas que relincharon, primero uno, después otro, ambos al mismo tiempo, embalándose por la acera de cemento… y yo no quité los ojos de encima a Francin porque sentía como si fuera yo, encarnada en la pareja de caballos belgas, que aquel temperamento rebelde era mío, que yo también necesitaba hacer alguna locura una vez al mes, a mí también de vez en cuando me entraba la manía de la libertad, a mí que no estaba ni castrada, todo lo contrario, gozaba de buena salud, a veces hasta demasiada… y Francin me miró y lo vio, vio que aquella pareja de caballos belgas desbocados, con las crines rubias ondeando en el aire y las largas colas flotando en el viento tras sus cuerpos marrones, era yo misma, no tanto yo como mi temperamento, mi melena de oro encabritada que volaba a través de la noche como boca de lobo, mi cabello que flotaba en libertad…, y me aparté y vi a Francin de pie con los brazos separados en el túnel de luz y cómo los estiró al encuentro de los caballos gritando: «¡Idudududu! ¡So!», y los belgas frenaron, haciendo saltar chispas debajo de los cascos. Francin se apartó de un salto y cogió al caballo de la derecha por la brida, estirándola y hundiéndola dentro de la boca llena de espuma del animal y los caballos se calmaron, los arreos y las riendas de los

arneses cayeron al suelo, el cochero vino corriendo para agarrar al caballo de la izquierda por la brida… «Señor gerente…», balbuceó el cochero. «Fregadlos con paja, obligadlos a caminar por el patio… cuarenta mil coronas vale esta pareja, ¿entiende, señor Martin?», dijo Francin y entró en casa como uno de los soldados húngaros entre los que sirvió en la época imperial austrohúngara y, si yo no me hubiera apartado, me habría hecho caer, me habría pasado por encima… Y entonces desde la oscuridad se oyeron los golpes de látigo y el relinchar de los caballos belgas, los insultos y los golpes del mango del látigo, después los saltos de los caballos en la penumbra y el chasquido del largo látigo que se enrollaba alrededor de las patas de los belgas y les desollaba la piel.

2

Pero mi retrato son también cuatro cochinillos, cerdos de cervecería, alimentados con residuos de cebada y con patata, y en verano, cuando llegaba el tiempo de las remolachas, yo iba a recoger hojarasca, la cortaba, añadía levadura y cerveza de la que había perdido fuerza y luego los cerditos dormían veinte horas seguidas y cada día engordaban un kilo, y cuando mis cochinillos me oían cuando iba a ordeñar las cabras, chillaban de alegría porque ignoraban que vendería una pareja para convertirla en jamón y que a los demás los haría matar en casa. Y mientras ordeñaba las cabras los cochinillos chillaban de entusiasmo porque sabían que no tardaría en abocarles toda la leche que había ordeñado. Al carnicero Cicvárek le bastó un vistazo para averiguar su peso y nunca se equivocó, cogió dos de los cerdos en brazos y los tiró en una especie de carrito de carnicero, corrió la red encima de ellos y dijo:

—Protestan, los tocinillos, igual que mi mujer cuando éramos jóvenes y yo le di el primer beso.

Y yo dije adiós a los cochinillos:

—Bueno, reyes míos, os convertiremos en unos jamones preciosos.

Pero los cochinillos no deseaban esa clase de gloria, yo lo sabía perfectamente, pero qué le vamos a hacer, todos tenemos que pasar por ahí, y la naturaleza es misericordiosa, cuando ya no hay nada que hacer, cada animal a punto de morir se queda paralizado de horror, como si a los animales y a los hombres se les fundieran los plomos, y entonces ya no sienten nada, nada que les haga daño, el miedo hace bajar las mechas de los quinqués y la vida se convierte en poco más que un titubeo, el terror ensordece y ciega. En cuanto a los carniceros, yo tenía el santo de espaldas, el primero puso tanto jengibre en las butifarras que parecían bizcochos; el segundo, de tanto empinar el codo desde la madrugada, al alzar el mazo para derribar al cerdo, se partió su propia pierna. Yo estaba a su lado con un cuchillo en la mano y de tan rabiosa por poco no degüello al carnicero al que me vi obligada, además, a llevar al hospital; luego tuve que buscar otro nuevo. El tercer carnicero llegó con un invento: en vez de escaldar el cerdo, quiso quemarle las cerdas con un soldador; el resultado fue que

tuve que tirar la sopa al váter, pero tal vez hubiera sido mejor tirar al carnicero, y es que las cerdas se quedaron en la piel y, lo que era peor, el puerco apestaba a gasolina, así que nos vimos obligados a tirar la sopa a la cloaca, porque ni siquiera el cerdo que quedaba la quería.

El señor Myclík, ese sí que era un carnicero a mi gusto; me pidió que le sirviese bizcocho, mitad chocolate y mitad vainilla, con café con leche, y no se tragó la copita de ron hasta que las butifarras estuvieron listas y en la caldera; ese carnicero llevaba todos los instrumentos envueltos en trapos y vino provisto de tres delantales, uno para la hora de matar, escaldar y limpiar, otro para colocar el menudillo sobre el desolladero, y el tercero para cuando ya estaba casi todo hecho. El señor Myclík me aconsejó comprar una caldera suplementaria para destinarla sólo a las butifarras y las morcillas y los chicharrones, y es que la caldera siempre huele a lo que se cuece en ella y la matanza del cerdo, señora, es como cuando el cura celebra la misa, también es cosa de carne y sangre.

Y mientras preparábamos la masa para las butifarras y las salchichas, mientras instalábamos la artesa y yo, hasta la noche, cocía la cebada y colocaba en platitos medidas de sal y de pimienta y de jengibre y de tomillo y de orégano, el cerdito no recibió su ración de comida y empezó a darse cuenta del olor del delantal de carnicero, el ganado también estaba quieto y triste, el cochinillo se estremecía como un álamo: las hojas de los demás árboles no se mueven, el vendaval sopla en algún lugar de los Cárpatos o de los Alpes, lejos, pero las hojas del álamo tiemblan como mi cerdo que sentía que al día siguiente le iban a matar. Siempre era yo quien invitaba al cochinillo a salir de la pocilga. No me gustaba que le ataran el hocico con un cordel; ¿para qué hacerle daño? Preferí sacarlo de la pocilga con picardía, rascarle la colita, luego la frente, luego la espalda; el señor Myclík se acercó por detrás con un hacha, la alzó y ¡pum!, con un golpe terrible derribó al cerdo. Para asegurarse le arreó dos o tres golpes más en el cráneo roto; entonces yo le pasé el cuchillo y él se arrodilló y lo hundió en el cuello, durante unos segundos buscó la arteria y luego brotó un chorro de sangre y yo le acerqué un cacharro grande y después otro, y cuando cambiaba de cacharros, el señor Myclík, que era todo un caballero, cortó el chorro para soltarlo cuando yo estuviera lista, y yo removí la sangre con un cucharón para que no se coagulara, después con la otra mano, con ambas manos removí la preciosa sangre que humeaba, el señor Myclík con un ayudante, el señor Martin, el cochero, echaron el cerdo en la artesa y con unas jarras vertieron allí el agua hirviendo; mientras tanto yo me arremangué y con los dedos muy separados busqué trozos de sangre coagulada entre la sangre que se enfriaba y los tiré a las gallinas, tenía los brazos sumergidos en la sangre hasta los codos, los brazos me

flaqueaban como si la vida se me fuera con la del cerdo, un último grumo de sangre coagulada y la sangre giraba libremente, se enfriaba y yo saqué las manos de los cacharros mientras el torno alzó lentamente el cerdo cocido y afeitado sobre la viga del cobertizo.

La cabeza cortada del cerdo se hallaba sobre el desolladero, al lado de la cola, y yo traje las dos paletillas. Atravesé el patio corriendo, el pelo escondido debajo del pañuelo, para no perderme nada, porque el señor Myclík ya había sacado las tripas y mandó a su ayudante que les diera la vuelta y las lavara, mientras él mismo hozó sin mirar, como Hanuš, el legendario relojero ciego, el interior del cerdo, cortando aquí y allí el menudillo y sacando la pleura y el hígado y el estómago y luego los pulmones y el corazón. Yo le alargué una palangana para que dejara caer en ella el menudillo, aquella sinfonía de formas y colores mojados, no hay nada que me guste tanto como los pulmones, maravillosamente inflados y como de goma musgosa, no hay ningún color que me apasione tanto como el chocolate del hígado, adornado con el esmeralda de la hiel, como nubes antes de la tormenta; y la grasa grumosa a lo largo de las tripas, como tiernos borregos, amarilla como cera de abeja. Y el esófago, compuesto de anillas azules y rojas, me recuerda el tubo de una aspiradora multicolor. Y cuando hubo abocado toda aquella belleza sobre el desolladero, el señor Myclík cogió un cuchillo, lo pasó por la piedra de afilar y se dispuso a empezar a cortar, poco a poco, ahora un trozo de hígado, ahora un riñón entero, ahora media pleura, yo le alargué la gran fuente con cebolla frita y, después de haberlo salpicado con sal y pimienta, metí el menudillo al horno para que el estofado estuviera a punto a la hora de comer.

Con el escurridor recogí trozos de cerdo hervido, una paletilla, media cabeza, lo vertí todo sobre la tabla de amasar, un pedazo tras otro, el señor Myclík sacó los huesos y, una vez enfriada la carne, fui picando ahora un trozo de cola, ahora un poquito de carrillo y en vez de acompañarlo con pan, iba masticando la oreja de cerdo. Francin entró en la cocina, no comió nada, no era capaz de tragar ni un pedacito pequeño, de manera que estuvo de pie al lado del horno comiendo pan seco y mojándolo en café, me miró y sintió vergüenza ajena por mí que no paraba de devorar ávidamente aquella manduca y de acompañarla con cerveza a chorro, directamente de la botella de litro. El señor Myclík sonrió y por cortesía quiso tomar un bocado pero se detuvo y tomó café con leche, mojando en él el bizcocho de vainilla y chocolate, luego cogió la cuchilla, se arremangó y bajo los movimientos poderosos de la medialuna afilada los pedazos de carne perdieron su forma original, convirtiéndose en cachitos; el señor Myclík alargó la mano y yo le puse en la palma las especias escaldadas, el señor Myclík era el único carnicero a quien le tenía que

servir las especias así, y es que, según dijo y yo le entendí perfectamente, de esta manera la mezcla resulta ser más fina y el perfume más delicado; luego añadió miga de pan en remojo, lo volvió a mezclar todo y con sus fuertes palmas y dedos lo revolvió y sacudió, se quitó la masa de las manos para poder picar y probar, y entonces llegó el momento de mirar hacia el techo, extasiado, y de repetir: pimienta, sal, jengibre, tomillo, pan en remojo, ajo… y después de rezar la oración carnicera el señor Myclík hundió la mano en la masa para ofrecerme que la probara; yo tomé una pizca en la punta del dedo, me la metí en la boca y también alcé la vista con delirio, probé esa cola de pavo real perfumada y luego meneé la cabeza, queriendo decir que si el ama de casa aprobaba aquella paleta de gustos nada impedía la fabricación de salchichas. Y el señor Myclík cogió las tripas ya cortadas, cerradas en un extremo con un palillo, con dos dedos de la mano derecha abrió el otro extremo y con la otra mano apretó el relleno y del puño le creció una preciosa salchicha, yo la cogí para cerrarla con otro palillo, y a medida que trabajábamos fue disminuyendo la masa de relleno y, como si fuera cosa de vasos comunicantes, creció nuestro montón de salchichas.

—Señor Martin, ¿dónde demonios se ha metido? —exclamaba el señor Myclík cada dos por tres y el señor Martin, el cochero, siempre, en cuanto tenía un ratito, tal vez lo habrá hecho toda su vida, se metía en el cobertizo, en el establo, detrás del carruaje o en los pasillos, sacaba un espejito redondo y se contemplaba, se gustaba tanto a sí mismo que se comía su imagen con los ojos, paralizado de encanto, pasaba largas horas de pie en el establo, se olvidaba de volver a su casa, arrancándose con unas pinzas los pelos de la nariz o de las cejas, incluso se teñía el pelo y se dibujaba líneas debajo de los ojos y se empolvaba la cara. Yo me dije que para la futura matanza en la cervecería me tendrían que mandar a otro ayudante.

—Hala, señor Martin, ¿dónde estaba? Haga el favor de cortar esta manteca, será para las morcillas de cebolla y de cebada. ¡Qué narices tiene! ¿Dónde estaba metido, a ver?

El señor Myclík rellenó las morcillas, ya se había tomado la segunda copa de ron y de golpe y porrazo hundió la mano en la masa sangrienta y con el dedo me dibujó una línea roja en la cara. Y rió para sus adentros, los ojos le brillaron como dos anillos, y yo también estuve a punto de untarle la cara, pero él se apartó y yo fui a parar con la mano contra la pared blanca, pero antes de que la embadurnara el señor Myclík tuvo tiempo de trazarme otra línea en la cara, mientras seguía poniendo palillos en las morcillas, como si nada. Volví a meter la mano en la sangre y eché a correr hacia el señor Myclík, pero él se volvió a apartar, doblándose como un muñeco de goma, aunque finalmente conseguí pringarle la cara con sangre y él volvió a

poner palillos en las morcillas, soltando carcajadas, y yo observé al carnicero, que reventaba de risa sana y amplia; no era una risa cualquiera, la suya parecía provenir de lejos, tal vez de los paganos, cuando la gente creía en el poder de la sangre y la saliva. No me pude aguantar y cogí otro puñado de sangre mezclada con cebada y quise ensangrentarle las mejillas al señor Myclík, esta vez también se apartó, le pasé de largo y muriéndose de risa me volvió a salpicar, y no paró ni un momento de poner palillos en las morcillas. El señor Martin trajo de la bodega una cesta llena de botellas de cerveza, y cuando se agachó con cautela le metí una mano llena de masa sangrienta en la cara, y el señor Martin, el cochero, sacó el espejito del bolsillo, se miró y por lo visto se gustó más que nunca porque rompió a reír de todo corazón y cogió tres dedadas de relleno rojo, yo me precipité al comedor, con el señor Martin detrás, grité a pleno pulmón sin pensar que en la sala contigua estaba reunido el consejo de administración de la cervecería. Se oyó claramente el ruido de sillas y las exclamaciones, pero el señor Martin me pringó con sangre y se descoyuntó de risa, la sangre nos acercó mutuamente, yo también reí, sentada en el sofá con las manos estiradas como una muñeca para no mancharlo, el señor Martin también mantenía su mano en aquella posición, mientras el cuerpo le temblaba de risa cada vez más, y carcajadas triunfales, mezcladas con tos, le surgían de las entrañas, pero ya llegaba corriendo el señor Myclík y le pegó la palma sangrienta en la cara. El señor Martin tenía las mejillas brillantes y los granos de cebada resplandecían como si fueran perlas, y paró de reír adoptando un aspecto serio. Cuando ya parecía que quería pegar a alguien, sacó el espejito redondo del bolsillo, se miró y se desternilló de risa otra vez, sin poder parar, gritó y chilló de risa, el señor Myclík le acompañó riendo un tercio más bajo, a risitas cortas como sus dientes de ardilla debajo de su bigote negro, y así lloramos de risa sin saber por qué, era suficiente echarnos un vistazo para caernos de risa hasta que nos dolían las ingles. Y de golpe y porrazo se abrió la puerta y Francin se precipitó adentro, vestido con un redingote, apretando contra el pecho su corbata en forma de hoja de col, y al ver nuestras caras ensangrentadas y la risa homérica juntó las manos y yo no lo pude soportar y cogí tres dedadas de relleno para embadurnar la cara de Francin, quise obligarle a reír aunque no quisiera, pero él se asustó tanto que entró corriendo en la sala de reuniones, allí se quedaron de una pieza pensando que en la cervecería se había cometido un crimen. El mismo presidente, el señor Gruntorád, corrió a la cocina por la puerta trasera, echó una mirada por todas partes y al ver la risa y las caras sangrientas soltó un suspiro de alivio, se sentó, y yo, con las manos cubiertas de relleno, dibujé una línea roja por toda la cara del doctor Gruntorád. Todo el mundo calló, mirando al doctor con los ojos

llenos de lágrimas, éste se levantó, cerró los puños, sacó la mandíbula de bulldog… pero de golpe rompió a reír, aquél era el poder de la sangre, algo sagrado, algo que retrocedía a tiempos inmemoriales y que se desahogaba, se expresaba en aquel embadurnamiento de sangre de cerdo, el doctor metió la mano en el relleno y se puso a perseguirme, riendo me escapé al dormitorio, el doctor falló y ¡cataplam!, cayó con la mano sobre la cama limpia y arreglada, entonces volvió a la cocina para coger otro puñado y empezó a perseguirme de nuevo. Yo corrí alrededor de la mesa y sin darme cuenta con las manos llenaba el mantel blanco de huellas sangrientas. El doctor Gruntorád cada dos por tres rozaba el mantel con los dedos rebosantes de sangre, me adelantó y yo huí a todo correr al pasillo que conecta nuestro piso con la sala de reuniones, la sala estaba iluminada y yo irrumpí en medio de la reunión; arañas doradas encima de una mesa cubierta de tela verde sobre la que había documentos e informes. Y el presidente Gruntorád detrás de mí. Los miembros del consejo de administración debieron tener la sensación de que el presidente estaba a punto de matarme, que ya lo había intentado; Francin, detrás de la mesa, se frotó la frente con la mano sangrienta, el presidente y yo dimos un par de vueltas alrededor de la mesa, yo soltando exclamaciones, ambos sudando. Al final resbalé y el doctor Gruntorád, presidente de la cervecería municipal, sociedad anónima, me pegó a la cara la mano llena de sangre y se desplomó en una silla, con los puños de la camisa desabrochados y desgarbados y reventando de risa, yo no reí menos que él y, mientras nosotros nos desternillábamos, nuestra risa provocó pánico entre los miembros de la reunión porque todos pensaron que nos faltaba un tornillo.

—Señores, si les parece bien, les invito a un banquete de cerdo —anuncié.

El señor Gruntorád añadió:

—Señor gerente, que traigan de la bodega diez cestos de laguer. ¡Qué digo diez, veinte!

—¡Vamos, señores, pero les advierto que el primer plato, estofado de cerdo, lo tendrán que comer en un plato sopero que llenaremos hasta arriba! Luego vendrán las salchichas acompañadas con rábano picante y morcillas de cebada y cebolla. ¡Por aquí, por favor! —con un gesto de la mano ensangrentada mostré a los invitados la entrada trasera.

Los miembros del consejo de administración no se levantaron hasta la noche, les acompañé uno por uno con una linterna. Los cabriolés llegaron al portal de la casa y unos faroles de cochero colocados sobre los guardabarros iluminaban con su luz lechosa las ancas de los caballos, todos los miembros del consejo de administración le estrecharon la mano a Francin y le dieron golpecitos en la espalda.

Aquella noche dormí sola en la habitación, la ventana abierta dejaba entrar el aire fresco, encima de los tablones, entre las sillas, brillaban las salchichas y las morcillas, al lado mismo de mi cama, dispuestas sobre vigas largas, se enfriaban las distintas partes del cerdo como piezas de un automóvil desmontado, jamones desosados y cortados en porciones, costillas y asados, hombros y rodillas y pies, todo alineado según el orden del señor Myclík. Al acostarme oí a Francin que se levantaba y en la cocina se sirvió café templado mojando en él pan seco, yo, en cambio, toda tapada con el edredón, antes de dormir saqué la mano para pasarla por la paletilla de cerdo, luego por el asado. Me dormí con los dedos sobre un jamón y soñé que devoraba el cerdo entero; a la madrugada me desperté porque me moría de sed, descalza fui a buscar una botella de cerveza, la abrí y la bebí con ansiedad, entonces encendí la luz y observé un pedazo tras otro y como no lo podía soportar, encendí el fogón, corté un par de filetes de carne magra y, después de unos golpes de cuchillo para reblandecerlos y una pizca de sal y pimienta, los freí con un trocito de mantequilla, en ocho minutos estaban a punto, ocho minutos que me parecieron toda una eternidad, la boca se me hacía agua, me chupaba los dedos, me hubiera comido ambas piernas así, en filetes fritos, con unas gotas de limón. Al final añadí un poco de agua y tapé la sartén con una tapadora; al levantarla, de la sartén surgió un vapor furioso. Eché los filetes en el plato y los devoré, como siempre me manché el camisón, no sé comer sin engrasarme la blusa con la salsa, y es que yo cuando como no como, sino glotoneo… Y cuando acabé, rebañé el plato con pan y me di cuenta de que a través de la puerta abierta, desde la penumbra me observaban los ojos de Francin, sólo veía aquellos ojos que me reprochaban que aquella no era la manera de comer de una señora fina y decente. Esa mirada siempre me quitaba el hambre antes de acabar, me incliné encima del quinqué pero al recordar que el humo de la mecha iría a parar a la carne, lo llevé al pasillo y lo apagué de un soplo. Me acosté y me dormí con la mano sobre la paletilla de cerdo con la ilusión de freírme otra vez un par de filetes tan pronto como me despertara.

3

Boda Červinka se desvivía por peinarme. Ese pelo, decía, es lo poco que nos queda de los viejos buenos tiempos, nunca he pasado el peine por un cabello como éste. Cuando Boda soltó mi pelo y se puso a peinarlo, era como si se hubieran encendido en la tienda dos antorchas, y en los espejos y en los platitos y en las botellitas quemaba el incendio de mi melena y yo tenía que admitir que Boda tenía razón. Nunca me había parecido que mi cabello fuera tan bonito como en la peluquería de Boda, después de haberlo lavado en una infusión de manzanilla que yo misma había preparado y traído en una lechera. Y es que cuando tenía el pelo mojado no prometía lo que podría llegar a ser una vez seco; cuando empezaba a secarse, parecía como si en aquellos torrentes nacieran miles de abejas de oro, miles de luciérnagas, miles de minúsculos cristales de ámbar, chispeantes. Cuando Boda me pasó el peine por el pelo por primera vez, se sintió un crujir, el pelo chasqueó y se infló, creció e hirvió, de modo que Boda se vio obligado a arrodillarse como para peinar las colas de dos caballos, uno al lado del otro. Su peluquería se iluminó, los ciclistas bajaron de las bicicletas y apretaron las caras contra el cristal del escaparate para ver con sus propios ojos la fuente de lo que había atraído su mirada tan súbitamente. Y Boda, solo, se mantuvo sumergido en la nube de mis cabellos, cerró la peluquería para que no le distrajeran, me perfumó y, al acabar de peinarme, suspiró y luego me ató el pelo con una cinta según su gusto, en el que yo tenía plena confianza; un día era lila, el otro verde o roja o azul, como si yo formara parte de un ritual católico, como si mi cabello fuera parte de una fiesta religiosa. Después abrió la peluquería, acercó mi bicicleta, colgó la lechera en el manillar y, cortés, me ayudó a montar. Delante de la peluquería había una multitud de personas que se comían con los ojos mi melena, perfumada de manzanilla. Cuando me puse a pedalear, el señor Boda corrió un poco detrás de mí y me aguantó el pelo para que no se enganchara en la cadena o en los radios. Una vez cogí velocidad, el señor Boda soltó mi pelo como quien tira una cometa y resoplando volvió a la peluquería. Y yo pedaleé y los cabellos ondearon detrás de mí, sentí cómo crujían, como cuando alguien frota entre los dedos una pizca de sal o un trozo de seda, como

el sonido lejano de la lluvia sobre un techo de palastro, como cuando alguien fríe una escalopa rebozada, la antorcha de mis cabellos ondeó detrás de mí como cuando, durante la verbena de San Juan, al atardecer los chicos corren con una antorcha encendida, como cuando encienden la hoguera, así zigzagueó detrás de mí el humo de mi cabello. La gente se paraba y a mí no me extrañaba en absoluto que no pudieran apartar la vista del espectáculo de aquella llama de cabello que pasaba de largo como un rótulo publicitario. Me encantaban las miradas de la gente; la lechera vacía donde había traído la infusión hacía cric-crac contra el manillar de la bicicleta y el peine del aire me peinaba el pelo hacia atrás. Pasé por la plaza, todas las miradas coincidieron en mi peinado serpenteante de la misma manera que los radios convergen en la rueda de la bicicleta en que pedaleaba mi Yo en movimiento. Francin me vio dos veces así, ondeando, y mi velo de cabello lo dejó con la boca abierta hasta el punto de que ni me saludó, no era capaz ni de soltar una exclamación, se quedó como un poste, paralizado por mi aparición inesperada, quería desaparecer del mapa, apoyado en la pared y esperando tomar aliento. Si me hubiera dirigido a él, seguramente hubiera caído al suelo como un saco de patatas, tan enamorado estaba que quería derretirse en la pared, parecía aquel pequeño huerfanito de los dibujos de los libros escolares. Y yo pedaleé, con las rodillas golpeaba la lechera, los ciclistas que me venían al encuentro se paraban, hubo algunos que volvieron a girar la bicicleta y venían a mi encuentro otra vez, saludaban mi blusa, tan bonita, y mi lechera y mi pelo ondulante y a mí toda entera, y yo les ofrecí generosamente aquel espectáculo, y lo que me sabía mal era no poder venir al encuentro de mí misma, para poder saborear lo que me llenaba de orgullo, aquello de lo que no podía avergonzarme sino todo lo contrario. Volví a pasar por la plaza y enseguida me dirigí a la calle mayor, y allí, delante del Grand Hotel estaba la moto de Francin, una Orion, y delante de la Orion, Francin inclinado con una bujía en la mano, seguramente me vio, pero fingía que no, su moto siempre fallaba, si no era el encendido era otra cosa, de modo que Francin llevaba en el sidecar no sólo toda clase de tornillos, de tenazas y destornilladores, sino incluso un pequeño torno con pedal. Y al lado de Francin reconocí a dos señores del consejo de administración de la cervecería, sociedad anónima. Antes de hacer ¡clac! con el zapato en el pavimento, eché la mano atrás para coger mi pelo y ponérmelo en el regazo.

—Hola, Francin —dije.

Y Francin, que soplaba la bujía, al oírme la dejó caer de los dedos; tenía en la cara huellas de grasa.

—Muy buenos días, señora —me saludaron los miembros del consejo de administración.

—Buenos días, señores, qué tiempo tan maravilloso que hace hoy, ¿verdad? —dije mientras Francin se ponía rojo como un tomate.

—¿Dónde tienes la bujía, Francin? —pregunté.

Y me agaché, Francin se arrodilló para buscar la bujía debajo del sidecar, dejé mi pañuelito encima del pavimento y el pelo me resbaló al suelo, de modo que el señor de Giorgi, maestro deshollinador, lo cogió tiernamente y se lo puso sobre el brazo como un sacristán la estola del cura. Francin continuó arrodillado con los ojos fijos en la sombra azul del sidecar y yo me di cuenta de que mi presencia le perturbaba tanto que si fingía buscar la bujía era sólo para volver en sí, como el día de nuestra boda, aquel día pasó exactamente lo mismo: a la hora de ponerme el anillo, los dedos le temblaban tanto que el anillo se le cayó rodando, de manera que primero Francin y luego incluso los testigos y al final hasta los invitados se pusieron a buscar el anillo, primero inclinados, luego a cuatro patas, al final incluso el cura acabó arrastrándose por la iglesia, hasta que un monaguillo encontró el anillo debajo del púlpito, aquella alianza redonda que había rodado al lado opuesto de donde la buscaba todo el mundo. Y yo, en medio de todo aquello, soltando una carcajada tras otra…

—Hay algo al lado de la alcantarilla —dijo un niño y siguió corriendo detrás de su aro, rambla abajo.

Pues sí, la bujía estaba al lado de la alcantarilla. Francin la tomó entre los dedos y cuando la enroscaba en el motor, las manos le temblaban tanto que la bujía bailaba sobre la rosca. Y de sopetón se abrió la puerta del Grand Hotel para dejar pasar al señor Bernádek, el maestro herrero, aquel que era capaz de vaciar un barril de cerveza de Pilsen en una sola noche y ahora también llevaba una jarra de cerveza en la mano.

—Señora, no lo tome a mal, beba un trago.

—A su salud, maestro herrero.

Sumergí la nariz en la espuma, levantando la mano como para prestar juramento, y poco a poco y con ganas tragué aquel líquido dulcemente amargo, luego me sequé los labios con el índice y dije:

—Si quiere saber algo, la cerveza de nuestra fábrica no es peor que ésta.

El señor Bernádek me hizo una reverencia:

—Pero la cerveza de Pilsen, señora, se parece más al color de su cabello. Permita —balbuceó— que en su honor siga bebiendo sus cabellos de oro.

Se volvió a inclinar y se fue. Era un hombrote de ciento veinte kilos, el pantalón que llevaba formaba unos pliegues enormes como los que se ven en un elefante.

—¿Vas a venir a comer, Francin? —pregunté.

Fingiendo una gran concentración, Francin ajustaba la bujía. Me incliné en dirección de los miembros del consejo de administración, monté en la bicicleta y empecé a pedalear. Eché atrás mis torrentes de cerveza de Pilsen y cogí velocidad. Doblé por una callejuela estrecha que desembocaba en el puente donde el paisaje se abría delante de mí como un paraguas. Sentí el olor del río; al fondo se alzaba la fábrica de cerveza y de malta, la cervecería municipal, sociedad anónima.

4

Sobre la tapa de la caja del extensor figuraba la siguiente inscripción: «¡Tenga, usted también, un cuerpo magnífico, unos músculos poderosos, una fuerza terrible!».

Y cada mañana Francin ejercitaba sus músculos y, aunque los tenía tan maravillosos como aquel gladiador del dibujo de la caja, se veía a sí mismo como un conejito alicaído. Después de colocar la olla con patatas en el fogón, cogí la caja para leer en voz alta:

—Adquiera la fuerza de un tigre.

Francin echó una mirada a la acera delante de casa y el extensor se le marchitó en las manos; se desplomó en el sofá diciendo:

—Ha llegado Pepin.

—Hombre, ¡por fin voy a conocer a tu hermano y voy a oír cómo habla mi cuñado!

Me apoyé en el alféizar de la ventana; en la acera vi a un hombre con una gorra ovalada, que llevaba unas bermudas a rayas, como las que se suelen llevar para montar a caballo; unas medias tirolesas verdes le llegaban hasta la rodilla; fruncía la nariz y sobre la espalda le colgaba una mochila militar.

—¡Tío Pepin! —exclamé desde el umbral—, ¡pase, entre!

—Y tú, ¿quién narices eres? —dijo el tío Pepin.

—Soy su cuñada; ¡bienvenido!

—Caramba, qué suerte tengo, una cuñada tan maja. Pero ¿dónde está Francin? —preguntó el tío entrando en la cocina y en el comedor.

—Vaya, aquí estás, ¿qué hay, qué haces? ¿Estás tumbado? Demonios, vengo de visita y no me voy a quedar más de dos semanas —explicó el tío con voz tronante que cortaba el aire como una bandera, como una orden militar, y después de cada una de sus palabras Francin saltaba como si le hubieran electrocutado, envolviéndose en una manta.

—Todo el mundo os manda recuerdos, menos la Bochalena, porque ya la diñó. Un canalla le metió pólvora en un trozo de leña y cuando la vieja lo metió en la estufa, la cosa hizo ¡pum!, le dio en la coronilla y ya no pudo decir ni oxte ni moxte.

—¿Bochalena? —lancé los brazos hacia el cielo—. Era su hermana,

¿verdad?

—¡Qué narices! Era mi madrina. En todo el santo día no hacía nada más que devorar manzanas y pastas dulces y durante treinta años sólo repetía: «Niños de mi alma, no tardaré en irme al otro barrio, no me apetece hacer nada, quiero dormir…». Y: «Ay, pequeños, no estoy muy católica» —contó el tío y abrió la mochila para dejar en el suelo un montón de herramientas de zapatero, y al oír aquel ruido Francin se tapó la cara con las manos y gimió como si el tío le hubiera tirado aquellas herramientas al cerebro.

—Tío Pepin —dije acercándole una fuente—, sírvase un trozo de bizcocho.

El tío Pepin devoró dos grandes trozos de bizcocho y declaró:

—No estoy muy católico.

—¡Caramba! —caí de rodillas al ver todos aquellos moldes y formones y martillos y cuchillos y otras herramientas de zapatero.

—¡Cuidado, mujer! —se estremeció el tío—, no me lo manches con tu pelo. ¿Sabes qué, Francin? El cura Zboril se rompió la pierna con tan mala suerte que está cojo y lo estará para siempre. Y es que el viejo Zavičák reparaba el techo del campanario de la iglesia, pero el andamio resbaló y el viejo cayó, por suerte cogió la aguja del reloj, pero bajo su peso la aguja aflojó, de las once y cuarto pasó a la media y al tío le resbalaron las manos por la aguja y se cayó de culo directamente sobre la copa de un tilo de aquellos que hay delante de la iglesia, y el cura Zboril, que estaba mirando, juntó las manos, vio cómo el tío iba cayendo de una rama a otra y luego se rompió las narices, y entonces el cura, al dirigirse a él para darle la enhorabuena, no se fijó en un peldaño, se cayó de morros y se rompió una pierna. Así que el viejo Zavičák tuvo que recoger al cura y cargarlo para que se lo llevaran al hospital de Prostejov.

Cogí el molde de un zapato de señora y lo acaricié.

—Vaya cosas más bonitas, ¿verdad, Francin? —dije, pero Francin gimió otra vez como si le hubiera enseñado una rata de cloaca o un sapo.

—Sí, sí, ¡qué maravilla! —dijo el tío, sacó los quevedos y se los puso. Aquellos quevedos no tenían cristal y Francin, al ver los quevedos sin cristal de su hermano, gimió, suspiró y se volvió de cara a la pared, y se agitó tanto que los muelles del sofá se sumaron a coro a sus gemidos.

—¿Y qué hace el tío de Jezery? —pregunté.

El tío Pepin esbozó un gesto desdeñoso y cogió a Francin por el hombro, le hizo girar y se puso a contarle con su entusiasmada voz de tambor:

—El tío Metud de Jezery se aburría como una ostra y un buen día

de golpe y porrazo leyó en el periódico: «¿Se aburre? Cómprese un osito lavador». Y puesto que el tío Metud no tenía hijos, contestó aquel anuncio y al cabo de una semana recibió el osito, el mapache, en una caja. ¡No tenía desperdicio, caramba! El mapache parecía un niño pequeño, se hacía amigo de todo el mundo y además lavaba todo lo que veía, así que lavó el despertador y tres relojes del tío Metud, y de tan bien lavados nadie logró ponerlos en marcha nunca más. Y un día lavó todas las especias de la cocina. Y otro día, cuando el tío Metud desmontaba la bici, el osito lavador la transportó pieza por pieza al torrente para hacer la colada y luego todos los vecinos fueron a ver al tío diciendo: «Tío Metud, ¿esto es suyo? Lo acabamos de encontrar en el torrente». Y después de haber recibido a varios vecinos, Metud fue al torrente y he aquí el mapache con casi toda la bicicleta desmontada. Muy bueno, este bizcocho. Y el mapache hacía pipí y lo demás encima del armario, así que toda la casa olía a letrina, al final el tío tuvo que cerrar con llave todas las puertas para que el mapache no pudiera entrar, e incluso cuando hablaba con alguien era en voz baja. Es sabroso, este bizcocho, ya lo creo, qué pena que no estoy muy católico. Pero el mapache se fijó en el lugar donde guardaban todas las llaves y abrió lo que ellos habían cerrado. Y peor aún: por la noche el mapache era todo ojos y cuando el tío le daba un beso a la tía, el muy pícaro también pedía un besito, hasta que el tío Metud tuvo que citarse con la tía en el bosque como antes de casados e incluso allí estuvieron todo el rato vigilando si no tenían el mapache a sus espaldas. Ya no se aburrían, claro, y una vez se ausentaron dos días por pentecostés y el oso lavador sí que se aburría, y mucho, tanto que destrozó todos los azulejos de la cocina económica y ensució tanto los muebles y los edredones y las sábanas del baúl que el tío Metud se sentó y escribió un anuncio para *El Águila de Moravia*: «¿Se aburre? Compre un osito lavador». Y fíjate que desde entonces ya no está de mal humor.

Mientras charlaba el tío Pepin fue tragando un trozo de bizcocho tras otro, los cogía sin mirar y cuando ya no palpó nada en la fuente, hizo un gesto de resignación y dijo:

—Estoy pachucho.

—Como la madrina Bochalena —dije.

—¡Bobadas! —gritó el tío Pepin—; la vieja Bochalena no paraba de tragarse manzanas, y además veía visiones…

—¿Por tragar tantas manzanas? —le interrumpí.

—¡Dios nos coja confesados, cuñada! Visiones, como suelen tener las viejas, ¡de tanto frecuentar la iglesia, veía visiones! —tosió el tío Pepin—. Una vez vio que encima de nuestro pueblo voló un caballo así de grande con la crin y la cola encendidas, y entonces Bochalena dijo: «¡Habrá guerra!», y es verdad que hubo guerra, y oye, Francin, el

año pasado en el pueblo hubo jaleo de lo lindo. Las viejas cayeron de rodillas, lo vi con estos ojos: ¡encima de la plaza y de la iglesia pasó volando el niño Jesús! Pero luego todo se explicó, y es que Lolan, el pastorcillo, vigilaba las ovejas y hubo allí aviones que hacían ejercicios con una especie de saco colgado en la parte trasera para entrenarse a disparar en él con la ametralladora, bueno pues, resulta que olvidaron el cable, y el cable se arrastraba por el suelo y cuando tropezó con el pie de Lolan, se le enrolló alrededor de la pierna. Es un niño muy gracioso, Lolan, tiene el pelo de lino, y el avión despegó, el cable detrás de él y Lolan colgado en la cuerda, y así Lolan iba volando por encima de nuestro pueblo y las viejas pensaron que era el niño Jesús en persona, y cuando la cuerda topó con uno de los tilos delante de la iglesia, el niño Jesús se cayó de morros, exactamente como el viejo Zavičák, de rama en rama y, una vez en el suelo, Lolan dijo: «Caramba, ¿dónde tengo las ovejas?». Y las viejas caían de rodillas para que las bendijera.

El tío contó la historia con voz sonora y alegre que llenó el comedor con su trueno.

Mientras tanto Francin se vistió, se puso el chaleco, el redingote y con la mano se arregló la corbata en forma de hoja de col, le alisé el cuello de látex con las puntas levantadas, alcé los ojos para mirarle de cerca y le di un besito con la punta del dedo.

—Quince días, ¡que te lo has creído! —susurró Francin—. ¡Ya verás cómo se va a quedar quince años y tal vez toda la vida!

Al verle tan desgraciado, le imprimí un beso sobre los labios y él se avergonzó, me miró con reproche, como si dijera que una mujer decente no se comporta así en público, aunque el público sólo fuera el tío Pepin; Francin se liberó de mis brazos y por la puerta trasera se fue a su despacho; a través de las paredes oí cómo abrió la puerta de cristal, él, siempre con aquella canción de la «mujer decente», desde que nos casamos no paró de alzar ante mí el concepto de la mujer decente, me dibujaba una mujer ejemplar que yo no era ni podía serlo, yo que me desvivía por comer cerezas y no las comía, las devoraba, como era mi costumbre, con avidez y voracidad, Francin se ponía rojo como una gamba y yo no comprendía la causa de su indignación hasta que un día yo misma entendí que una cereza en mi boca era la razón de su arrebato porque una mujer decente no come cerezas con tanta gula. En otoño, cuando deshojaba mazorcas, él seguía mi mano ocupada y las lucecitas de mis ojos, y ya estaba: una señora decente no deshoja las mazorcas de esa manera y, si no tiene más remedio que hacerlo, por lo menos no ríe a mandíbula batiente y con los ojos encendidos como yo; si otro hombre me viera de aquella manera, seguramente podría imaginarse en aquella mazorca que deshojaban mis manos, un aliento a su deseo.

El tío Pepin estableció sus tesoros de zapatero en un taburete, entonces me quitó el zapato y, después de haber recitado los nombres de todas y cada una de las herramientas, volvió a ponerse sus quevedos sin cristales y anunció en un tono solemne:

—Puesto que eres una muchacha muy lista, te arreglaré todos los zapatos estropeados, porque tienes que saber que yo proveía de zapatos a la corte y gozaba del favor no sólo de la corte imperial sino de todos los lugares donde entregaba mis zapatos…

—En bicicleta —dije.

—¡Dios nos coja confesados! —vociferó el tío Pepin—. ¿Crees que un proveedor de la corte es como un exterminador de ratas o un trapero? Esta clase de hombres tienen barcos y trenes a su disposición y si el emperador les encontrara en bicicleta…

Alcé las manos.

—¿El emperador también montaba en bicicleta o no?

—¡Pamplinas! —chilló el tío—. Ya te lo digo yo, si el emperador hubiera topado con un proveedor montado en bicicleta, le habría confiscado…

—La bicicleta —dije.

—¡Dios nos coja confesados! —tartamudeó y relinchó el tío Pepin, pero al echar una ojeada al taburete sonrió beatíficamente, sacó el tarro, lo abrió, lo olió y me lo metió debajo de la nariz—: Felicítate, cuñada, esto es cola de zapatero o cerote —dijo el tío Pepin y colocó el tarro abierto sobre la silla.

A través de la pared se oyó el ruido de las sillas en la sala de reuniones, una conversación ahogada, el roce de las suelas, luego las sillas callaron y Francin abrió la reunión recitando en voz baja su informe sobre los asuntos de la cervecería durante el mes que se acababa.

—Tío Pepin —me atreví—, un proveedor de la corte llevaba zapatos a los granjeros, ¿verdad?

—¡Dios nos coja confesados! —bramó el tío Pepin—, ¡pamplinas! ¡Pareces un mocoso! ¿Crees que un proveedor de la corte tiene algo que ver con vacas y granjas? Un proveedor de la corte es un señor muy atareado; el viejo Kafka, conocido mío, también lo era y, ya que su hija menor se daba cada dos por tres un golpe en la cabeza cuando chocaba con las esquinas de los muebles, entonces el viejo Kafka, proveedor de la corte, cogió todo un capazo de hombreras de los vestidos y con las hombreras tapizó todas las esquinas de los muebles; pero como estaba tan atareado, un día abrió la puerta bruscamente y con tanta prisa que dejó a su hija inconsciente a causa del golpe de la puerta, y Látal le dijo que le saldría más a cuenta fijar una hombrera en la frente de su hija.

—¿Y Látal es un primo de Francin? —pregunté.

—¡Y unas narices! —rebuznó el tío—; ¡Látal es el maestro! El año pasado se cayó del primer piso cuando explicaba qué quiere decir que el tiempo es uniforme, que es como cuando un tren avanza, avanza, avanza, avanza… Y Látal hacía molinillos con ambas manos, pero mientras hacía de tren se iba acercando a la ventana abierta hasta que, ¡pum!, cayó abajo y los alumnos estaban encantados y corrieron a la ventana para disfrutar del espectáculo del maestro revolcándose en los tulipanes con las piernas rotas, pero él ya no estaba allí, entró en la escuela por atrás y como un tren subió por la escalera, avanza, avanza, avanza, avanza… y así irrumpió en la clase a espaldas de los alumnos que se inclinaban por la ventana.

Y en aquel momento en la sala de reuniones se sintió la voz del presidente, el doctor Gruntorád:

—Señor gerente, ¿quién es el que grita allí como una bestia?

—Es mi hermano, ha venido de visita —contestó Francin.

—En ese caso, señor gerente, haga el favor de ir a decirle a su hermano que se modere un poco. ¡Dígale que esta cervecería nos pertenece a nosotros!

—Ese Látal está casado con Mercina, su prima, ¿verdad, tío Pepin? —pregunté con ternura.

—¡Qué bobada! Fue el tío Vaňura quien se casó con Mercina: él es cocinero y trabaja en el Balkan Express, y viven aquí, en Bohemia, cerca de Mnichovo Hradiště y, puesto que el Balkan Express pasa por Mnichovo Hradiště una vez por semana, ese día, a las diez y media de la mañana, Mercina suelta el perro para que vaya a la estación; entonces el tío Vaňura se inclina por la ventanilla del tren y tira un paquete bastante grande lleno de huesos y el perro lo lleva a casa, pero este año el paquete cayó sobre el jefe de la estación y Vaňura tuvo que pagar una multa por haberle ensuciado el uniforme —contó a gritos el tío Pepin.

Y volvió a coger mi zapato, otra vez se puso los quevedos sin cristales y chilló:

—¡Basta de bobadas! Te lo voy a explicar otra vez y luego tú misma vas a hacer la prueba. Bueno, pues: esto es el corte parisino y esto aquí, en el zapato, es el empeine o el botín; en cambio esto es la suela o la planta, y también lo llamamos la tapa, la tapita, y eso es el tacón o el talón. Acuérdate, cuñada, que quien quiere ser zapatero o remendón ha de tener un certificado de aprendizaje y ese documento es como quien tiene el diploma de licenciado o de doctor. El proveedor de la corte, Weinlich…

—¿Ulrich? —fingí como si prestara atención.

—¡Weinlich! —vociferó el tío—, ¡Wein como vino! Pues un día un

chapucero estropeó un par de zapatos y cuando los llevó a Weinlich, proveedor de la corte, éste le dijo: «Burro, ¿no ves que has estropeado estos zapatos, qué puedo hacer yo ahora?». Y el chapucero que contesta: «¿Por qué no se los vende a los judíos?». Pero Weinlich mismo era judío y le tiró de las orejas: «¿Son cerdos, los judíos, para ti o qué?».

—Pepin, rey —dije muy bajito.

—¡Qué narices, rey! —tronó el tío y se alzó ante mí de modo amenazante—, ¡y eso me lo dices a mí a quien siempre le han llenado de halagos, quien ha tenido por amigos a los señores más distinguidos! ¡Y tú me vienes con reyes! ¡Eres tonta de capirote, cuñada!

Y el tío se golpeó la frente de manera tan violenta que los quevedos volaron bajo el armario, pero un vistazo sobre mi zapato le devolvió la sangre fría, de modo que se sentó y otra vez se puso a aleccionarme a gritos, señalando con el dedo:

—Hemos dicho, pues, que esto es un tacón o un talón que se acaba con una tapa y nosotros los profesionales del zapato lo llamamos también una plantilla.

Tomé entre los dedos una larga cuchara de hierro con un extremo rasposo como la lengua de buey y dije:

—Tío Pepin, esto es una cola de rata, ¿verdad?

—¡Dios te ampare! —gritó el tío como si le hubieran herido—, ¡eso es una cola de rata o una lima, pero esto que tienes en la mano es una raspa o un escalpelo!

De golpe se abrió la puerta y en el umbral apareció Francin, con la mano apretándose el nudo de la corbata; extendió los brazos, se arrodilló y se inclinó hasta la cintura delante del tío Pepin y luego delante de mí.

—¿Qué es eso de gritar como unos militares? Pepin, ¿por qué tienes que bramar así? —Y puso la mano en el tarro con la cola.

—Yo no he sido —balbuceó el tío Pepin.

—¿Quién, pues? ¿Tal vez yo? —Francin se señaló con ambas manos.

—Alguien dentro de mí, vaya —dijo el tío Pepin, y en su confusión movía los dedos como si hiciera ganchillo.

—Calmaos, tenemos una reunión del consejo de administración de la cervecería; el presidente mismo me ha mandado aquí para daros este recado.

Levantó el brazo y retrocedió por el pasillo.

Y se volvió a oír su voz baja, Francin siguió comunicando su informe, en el que explicaba de qué modo se compensaría el mes que viene el pasivo del mes que se acababa. Coloqué una olla llena de manteca sobre la mesa y me puse a untar rebanadas, una tras otra, y

cuando el tío Pepin quería empezar a hablar le ponía en la mano una rebanada y en la sala de reuniones se dejó de oír la voz de Francin, entonces llegó ruido de suelas, unos gritos, el retumbo de las patas de las sillas de pino barnizadas, como si todos los miembros del consejo de administración se hubieran levantado; pensé que ya se había acabado la reunión, pero la voz del presidente, el señor Gruntorád, exclamó:

—¡Se suspende la reunión durante diez minutos!

Y la puerta entre el despacho y el pasillo se abrió bruscamente como si hubiera recibido una patada, y Francin irrumpió en el comedor apretándose el nudo de la corbata y chillando:

—¿Quién ha plantificado la cola sobre la silla? ¡Qué horror! ¡Se me ha quedado pegado tan fuerte un papel que no ha habido manera de despegarlo! ¡El señor de Giorgi me quiso ayudar y él también se manchó tanto de cola que no pudo despegar las manos del tapizado verde! ¡Y el presidente se había llenado de cola los quevedos que se le quedaron enganchados entre las cejas! ¡Y yo, sobre todo, me he pegado los dedos a la corbata, mirad!

Francin apartó la mano un poco y las gomas que aguantaban la corbata se estiraron.

—Voy a traer agua templada —dije.

Pero Francin hizo un gesto brusco, las gomas se rompieron, la mano con la corbata voló hacia delante, la goma fustigó el cuello de Francin y él gimió bajito, como un niño: «¡Ay!».

El tío Pepin cogió la tapa del tarro, la puso debajo de las narices de Francin y dijo con orgullo:

—Lo fabrica el centro del mundo zapatero en Viena, ¡la casa Salamander!

Y sujetó en la nariz sus quevedos sin cristales.

5

Cada mes Francin se iba a Praga en la moto, pero cada vez se le estropeaba y tenía que reparar el motor. Pero siempre regresaba sonriente y guapo y yo tenía que escuchar punto por punto todo lo que tuvo que emprender para convertir su Orion inmovilizada en una moto que llegaba siempre a puerto. Llegar a puerto significaba que la moto volvía a la cervecería, fuera como fuera, aunque Francin tuviese que empujarla. Pero nunca se quejaba, empujaba aquel animal motorizado diez, quince, según cómo sólo cinco kilómetros, y el día que le tocó empujarla solo a partir de Zvěřín, un pueblo a tres kilómetros de distancia, Francin declaró que la cosa iba mejorando. Hoy Francin ha regresado de Praga arrastrado por un tiro de vacas. Tan pronto como pagó al campesino, entró corriendo en la cocina y como siempre nos plantamos bajo el quinqué verde, y si alguien nos hubiera mirado por la ventana se hubiera quedado con la boca abierta. Y es que cada vez que Francin regresaba de Praga hacíamos una especie de ritual, Francin cerraba los ojos y yo le ponía la mano en el bolsillo interior del redingote, pero Francin hacía un gesto negativo con la cabeza, entonces le tocaba el bolsillo izquierdo y Francin que no, entonces le desabrochaba el redingote y le ponía la mano en el bolsillo del chaleco, y Francin que no; entonces le palpaba el bolsillo del pantalón y Francin sacudía la cabeza que sí, con los ojos cerrados y con cara de pascuas, y yo sacaba de un pequeño escondrijo de su traje un paquetito, y del paquetito, que con alegría iba desenvolviendo lentamente fingiendo sorpresa, sacaba un anillo o un broche, una vez incluso un reloj-brazalete. Pero ese ritual no era el del principio: antes, cuando volvía de Praga, donde acudía cada mes a la Casa de los Cerveceros, Francin esperaba a que oscureciera y entonces me pedía que cerrara los ojos; yo los cerraba, Francin me llevaba de la cocina al comedor, me hacía sentar delante del espejo y me pedía que le prometiera que no miraría, y en cuanto se lo prometía, me colocaba en la cabeza un sombrero precioso y decía: «Ya puedes», y yo me contemplaba en el espejo y cogía el sombrero y me lo volvía a poner a mi manera, luego me volvía y Francin me preguntaba: «¿Quién te lo ha comprado, Maryška?», y yo decía: «Francin» y le besaba la mano y él me acariciaba; otra vez me trajo algo que me colgó al cuello, la cosa

era fría y cuando abrí los ojos, en el espejo brillaba una gargantilla de la cristalería de Jablonec, y Francin me preguntó: «¿Quién te lo ha comprado?». Y yo le di un beso en la mano y dije: «Francin». Y él: «¿Quién es Francin?». Y yo contesté: «Mi marido, mi pequeño marido». Así pues cada mes recibía algún regalo, Francin tenía todas las medidas de mi cuerpo, las conocía de memoria y siempre me preguntaba por adelantado qué me gustaría tener. Y yo no lo decía nunca directamente, siempre hablaba de algo para que Francin lo adivinara; cuando por primera vez me trajo un anillo, se plantó debajo del quinqué verde colgado de la cadena y por primera vez me hizo buscar en todos sus bolsillos y a partir de entonces yo siempre adivinaba dónde se encontraba el regalo, pero aquel lugar era siempre el último donde buscaba, y lo hacía así para prolongar la alegría de Francin.

Hoy lo trajo un tiro de vacas y él me pidió que cerrara los ojos. Y se llevó algo al comedor. Y enseguida apagó la luz, y cogiéndome de la mano me condujo allí, me sentó en el sillón delante del espejo, corrió las cortinas y yo sentí el ruido de una tapa que se abrió, pensé que me había comprado un maletín para los sombreros, oí cómo conectaba algo al enchufe, entonces me imaginé que me había comprado alguna máquina, algún robot, tal vez un fogón ultramoderno o una lámpara solar y entonces oí una especie de crujido y un ruido sordo que se alzaba hacia arriba. Francin me tocó ligeramente el hombro y dijo: «Ya». Y yo abrí los ojos y lo que vi era maravilloso. Como un mago, Francin sostenía entre los dedos un pequeño tubo con luz celeste, tenía la cara, las manos y la ropa bañados en luz violeta y grasa, con aquel incendio violeta ahogado en el tubo de cristal que Francin me acercó a la mano, mi brazo parecía magnético, sentía cómo chispas violetas, inmateriales, entraban dentro de mí, me llenaban de perfume de tormenta de verano, el aire del comedor también se había vuelto aromático como después de la caída de un rayo. Francin levantó aquella cosita fabulosa y se la acercó a la cara, yo observaba su bello perfil, parecía un actor de cine, tan alto, guapo y solemne era, entonces pasó el pequeño tubo por encima del maletín abierto en que, sobre el terciopelo rojo con que estaba tapizado todo su interior, incluso la tapa, desplegados en un abanico había toda clase de pequeños pinceles, tubos, campanitas, todo era de cristal y estaba cerrado, había botellitas y decenas de herramientas de cristal y Francin cogía un tubo tras otro y lo enchufaba en el soporte de baquelita y cada vez el recipiente se encendía y comunicaba aquella luz chispeante al cuerpo humano, según las necesidades de cada cual. Francin iba cambiando y probando todos aquellos electrodos llenos de gas de neón y decía con voz suave: «Maryška, ahora el tío Pepin puede vociferar a pleno pulmón, ahora me pueden

poner cualquier obstáculo en la cervecería, me pueden insultar como les dé la gana porque aquí… aquí hay chispas que lo curan todo, que todo lo transforman en salud, la alta frecuencia que da una nueva alegría a la vida, un nuevo coraje vital… Esto es también para ti, Maryška, para tus nervios; esto, ¿ves?, es un cátodo que cura el oído, éste hace masajes en el corazón, imagínate, ¡chispas que te mejoran el corazón! Y esto aquí es para la histeria y la epilepsia, este ozón violeta te quita el deseo de hacer en público las cosas que una persona decente sólo puede pensar o hacer en su casa y hay electrodos contra los orzuelos y las pecas, los músculos rotos, contra la migraña, la que hace quince es contra el flujo de sangre en el cerebro y las alucinaciones», explicó Francin en voz baja y delante de mí se desplegaron todas aquellas formas llenas de neón, cada vez distintas, aquellos electrodos parecían más bien pistilos o flores de orquídea que instrumentos terapéuticos, yo era todo oídos y por primera vez en mi vida me quedé tan sorprendida que no podía decir ni mu, y aunque los electrodos contra las alucinaciones y la alta frecuencia contra la histeria y la epilepsia escondían una alusión directa a mí, no tenía ningún motivo para protestar, porque, además, estaba como paralizada por aquella belleza de color violeta. Francin conectó un electrodo en forma de auricular, me lo acercó a la frente, yo me observé en el espejo y ¡parecía un cielo! Me vi como una bonita ninfa, como una de aquellas señoritas de los grabados de final de siglo, violeta, con el cabello chamuscado por la estrella vespertina. ¡Cajas vacías de aire que contenían una tormenta violeta de la aurora boreal! Y Francin se volvió a inclinar encima del maletín y enchufó un peine de neón en el soporte de baquelita, un peine de neón que brillaba como el anuncio de una gran mercería en Viena o en París y Francin se me acercó, me hundió el peine chispeante en el pelo, yo devoraba mi imagen con los ojos en el espejo y sabía que ya no podía desear nada más que peinar mi cabello con aquel peine. Y, como si se diera cuenta de ello, Francin, muy poco a poco, fue pasando el peine brillante por mis cabellos tempestuosos que llegaban al suelo, enseguida se levantaba para volver a sumergir el peine en mi pelo y lentamente se iba agachando para pasear el peine luminoso de alta frecuencia hasta el extremo de mi cabello, empecé a temblar, tuve que abrazarme a mí misma, Francin respiraba con suavidad, no podía resistir la tentación de ir hundiendo de vez en cuando toda su cara en mis cabellos que se sentían tan bien con el contacto de la fría tormenta violeta, que cada vez que volvía el peine se levantaban un poco como para acompañarlo, y otra vez el peine lila se abrió camino entre mis cabellos, aquella lancha azulada que caía a través de los torrentes, las cascadas de mi melena, aquel peine de cristal vacío, lleno de médula violeta… «Maryška —susurró Francin, que ahora

estaba sentado detrás de mí y sin prisa volvía a pasar el peine por mi melena cargada de electricidad—, Maryška, cada día haremos esto, lo he traído para calmar, con el color azul, toda la actividad, para calmarte los nervios; a mí me convendrían más bien los colores rojizos que aceleran la circulación de la sangre y tonifican el organismo…» Así habló Francin con su voz aterciopelada y desde el cuarto de los trastos detrás de la cocina se oyeron golpes de martillo y subió una voz enfadada, cada vez más exaltada, el tío Pepin que había venido para quedarse quince días y ya hacía un mes que vivía con nosotros, y Francin, cuando yo le acariciaba bajo el quinqué verde y con la mano le quitaba el miedo, me dijo que temía y le horrorizaba pensar que a lo mejor Pepin se quedaría veinte años o toda la vida. Y en el cuarto de los trastos donde dormía, el tío Pepin nos arreglaba los zapatos y las sandalias, pero no eran zapatos sino algo vivo con lo que el tío Pepin luchaba, las dejaba K.O., se pasaba los días renegando como un carretero, yo oí unos insultos como no había oído nunca en mi vida y además cada media hora el tío Pepin cogía el zapato que estaba reparando y después de haberle gritado a más no poder, lo tiraba en un rincón, se quedaba sentado en el taburete con cara de vinagre y una vez calmado se giraba, miraba el zapato, le pedía perdón y lo volvía a coger, lo acariciaba y seguía cosiéndolo, pasando el hilo de cáñamo por la suela y, puesto que tenía los dedos torpes, siempre gritaba de manera espantosa y yo me precipitaba a socorrerle pensando que se había clavado la lezna de zapatero en el pecho, pero el tío gritaba sólo porque el hilo no quería pasar por la suela y todo el zapato amenazaba con hacer lo que hace un muelle que salta del gramófono, el zapato llegaba a esquivarse de un salto como el jabón cuando resbala de la mano, saltaba hasta encima del armario y al techo, como si tuviera un pequeño motor, y cuando al tío se le escapaba de las manos, él se lanzaba encima para empuñarlo, como un portero que se tumba sobre la pelota…

Ahora el tío exclamó:

—¡Mal rayo! ¡Ira de Dios!

Francin guardó el peine de neón, colocó un trapito de terciopelo sobre los instrumentos dentro del maletín y dirigió la mirada hacia el lugar de donde venían los gritos del tío.

—Desde la primera vez, estas corrientes fulgurantes me han dado energía.

Y guardó el maletín sobre el armario, entonces yo pulsé el botón y ¡clas!, la persiana de la ventana voló arriba y el botón de porcelana me golpeó ligeramente los dientes. Más allá del jardín de los frutales vi los almacenes de malta; uno de los trabajadores subía al primer piso, en la mano llevaba un quinqué panzudo, después desapareció pero una planta más arriba la luz volvió a aparecer y otra vez se

esfumó para reaparecer de nuevo, y otra vez, y otra, parecía como si el quinqué por sí solo subiera la escalera, y es que se veía únicamente cuando pasaba por una ventanilla del puente cubierto que conectaba los almacenes de malta con la cervecería. Pero ¿quién era?, alguien tenía que sostener la lámpara, aunque pareciera que se movía sola por los almacenes de malta y por la cervecería. Y así estuve delante de la ventana, al igual que un cazador que espera el cervato que tiene que aparecer en el claro… y lo que presentía me hacía temblar. Al final el quinqué apareció arriba de todo, en las plantas donde a esas horas no entra nunca nadie, donde hay un lagar grande como una pista de hockey sobre hielo, el espacio donde la cerveza se deja enfriar, la cerveza joven… y ahora caminaba por allí un quinqué, se movía como si supiera que lo estaba observando, como si alguien lo llevara sólo para que yo lo pudiera contemplar, había diez ventanas enormes de cuatro metros de altura, tapadas con persianas que sólo dejaban entrar la luz a rayas estrechas, como en Italia y en España, y el quinqué no paraba de caminar, interrumpido por los centenares de listones de las persianas, el movimiento del quinqué encendido recortado a rayas; por último el quinqué se detuvo, vi cómo se abrió una de las ventanas y su portador desconocido salió por el techo de la cámara frigorífica que protegía una montaña de hielo tan alta que desde el suelo llegaría hasta el cuarto piso, hay doce centenares de carretadas de río helado que un montacargas descarga carretada por carretada en la cámara frigorífica, esa cámara está protegida contra el calor por un techo de cristal y una capa de medio metro de arena y de grava sobre la que, de la primavera al otoño, florecen siemprevivas, miles de siemprevivas entre cojines de musgo… y ahora descansa allí un quinqué panzudo que habrá llevado uno de los operarios de la cervecería… Abrí la ventana y de arriba me llegó una voz agradable de hombre; parecía como si el quinqué se pusiera a cantar… amiga mía, cariño mío, tu amor dejó un vacío… tu amor pronto se acabó, en el pozo de Nymburk se ahogó… Y desde el cuarto de los trastos se oyó la voz de Francin que gritaba: «Te lo pido por Dios, Pepin, ¡déjalo estar!». Salí lentamente del comedor, hoy no observé la corriente eléctrica cómo se apagaba lentamente, al igual que el amor que se ahogó en el pozo, Francin ya había encendido los quinqués, al salir al pasillo vi a Francin sentado sobre un taburete, apretándose el pecho con ambas manos y suplicando al tío que lo dejara todo y pasara el rato en la iglesia o en el cine, para que la casa estuviera tranquila, silenciosa… Francin quería levantarse, pero por alguna razón no pudo, lo intentó otra vez, pero parecía como si el taburete se hubiera pegado a sus nalgas, me tapé la boca con la mano porque me asusté, estaba segura de que Francin se había sentado sobre el tarro de la cola de zapatero, Pepin estaba apesadumbrado, le hubiera gustado reparar todos los

zapatos de su hermano, siempre hablaba de él, y es que su hermano era la persona que más quería en el mundo. Francin hizo un esfuerzo para levantarse, pero no se podía arrancar, se inclinó y cayó, estaba tumbado en el suelo incluso con el taburete, me arrodillé intentando arrancar a Francin, pero la pega o la cola de zapatero estaba pegada tan firmemente que Francin parecía una escultura de Cristo sentado, caída al suelo. El tío Pepin agarró a Francin por el hombro, yo intenté tumbarme sobre Francin y tirar del taburete al otro lado, pero así más bien hubiéramos roto yo a mi marido y Pepin a su hermano, pero no le hubiéramos sacado de aquel lío. Me levanté y mi pelo a su vez levantaba algo, cogí mi cabello y me lo puse en el regazo y vi que se me había pegado otro tarro de cola en el pelo, tomé unas tijeras y recorté el tarro y los cabellos; aquella caja imbricada en las cintas de mi melena parecía una bula siciliana. Cuando vio lo que había pasado, Francin se alzó como un caballo mientras un increíble ruido de tela que se rasgaba llenó el cuarto de los trastos. Francin se plantó delante de nosotros, hermoso, con los ojos rebosantes de una rabia sana y salvaje, y se puso a recoger las formas y los tarros y las cajas de hilo de cáñamo. Me imaginé que eso rompería el corazón del tío Pepin, pero Pepin fue acercando a su hermano todo lo que era inflamable y Francin, cada vez más aliviado, lo tiraba todo a la cocina económica. La cola de zapatero se encendió tan violentamente que la llama hizo levantar las placas y se enfiló por la cañería hasta la chimenea, tenía casi dos metros de altura, larga como mi cabello.

6

Al tío Pepin le gustaba sentarse detrás del germinador, allí donde lo ocultaba por un lado el jardín de los frutales y por el otro la chimenea, al pie de la cual se amontonaban tablas de roble de todos los tamaños, con las que en la barrilería fabricaban barriles para todas las necesidades, barricas, botas y botays, barriletes y barrilejos, en algunos cabían varias cargas de cerveza, en otros la cerveza se dejaba madurar. Era allí donde el tío Pepin, ahora que no podía ejercer de zapatero, venía a buscar un bastón con el que desfilaba a lo largo del germinador haciendo ejercicios, marchas solemnes o combates con la bayoneta. Francin me pidió que vigilara al tío para que no gritara tanto.

—Suerte tengo de que hayas venido, cuñada —dijo Pepin—; Francin tiene los nervios crispados; según el escrito de un tal señor Batista le convendría irse mojando sus partes con agua templada o hacer ejercicios al aire libre, cosa que va bien para los nervios. Ya que has venido, haremos algo de escuela o, dicho en otras palabras, las lecciones escolares, y es que yo siempre sacaba buenas notas y me llenaban de elogios y no como aquel chapucero, de Haná tenía que ser, claro, que salió de la fila durante una revista y dijo al coronel von Wucherer: «Abuelo, coja mi escopeta y los demás trastos, yo me voy a casa, eso de hacer de soldado no me acaba de convencer…», y el coronel que echaba fuego por los ojos gritó a los suboficiales: «¿Qué es esta peste?».

—Es Pepin —dije.

—¡Puñeta! —vociferó el tío Pepin—, a mí siempre me ponían como ejemplo a todo el mundo, y de todas las maneras ¿qué crees? ¿Que el coronel von Wucherer no me conocía? ¿Tú crees que puede conocer a miles de personas? Un día el coronel iba en su carruaje a ver a las señoritas y un par de soldados, burros, detuvieron el carruaje para hacerse conducir a la ciudad, cuando de golpe y porrazo se dieron cuenta de que quien iba arrellanado allí era von Wucherer y los soldados se pusieron a saludar militarmente y von Wucherer dice: «Qué, ¿adónde vamos, soldaditos?». Y ellos: «Estamos de permiso». Y von Wucherer dice: «Quien está de permiso tiene que llevar un papel,

un *Urlaubsschein*, a ver, pues». Y los soldados se pusieron a buscar en los bolsillos y von Wucherer le dice a uno de ellos: «¿Cuál es su nombre?». Y el soldado: «¡Šimsa!». Y von Wucherer le pregunta a otro: «¿Y usted, cómo se llama?». Y ése contesta: «¡Řimsa!». Y el que había dicho que se llamaba Šimsa puso pies en polvorosa y desapareció en los campos de trigo, de manera que von Wucherer ordenó: «¡Řimsa, vaya y tráigame a Šimsa!». Pero una vez fuera, Řimsa salió zumbando al igual que Šimsa y el coronel von Wucherer dio media vuelta al carruaje y los caballos le llevaron al cuartel y una vez allí el coronel preguntó en qué compañía servían Šimsa y Řimsa. Pero en los registros no figuraba ningún Šimsa ni Řimsa, de modo que el coronel von Wucherer, que se vanagloriaba de tener la memoria como una máquina fotográfica, pasó de un soldado a otro, les cogía por la barbilla y los miraba directamente a los ojos como si les quisiera dar un beso, así durante dos días, pero no reconoció ni al que se había hecho pasar por Řimsa ni al que se había hecho llamar Šimsa, y si no los reconoció a ellos, ¿cómo quieres que un pez gordo como un coronel recuerde la cara del soldado Pepin?

—¡Más bajo! —dije—, por la tarde hay una reunión del consejo de administración.

—Es posible —dijo el tío, bajito—, pero ahora te voy a enseñar las partes de un fusil.

El tío cogió el bastón con el que hacía ejercicios, aguantándolo con las manos con precaución como un gran experto, y como si fuera un fusil militar de verdad, iba denominando todas sus partes, una por una, y acabó diciendo:

—Y esto aquí es el *Kolbenschuh* o cerrojo y esto es la *Mündung* o boca…

—Boca del Elba —dije.

—¡Una mierda! ¡Pamplinas, tontaina! ¡La boca del Elba es un lugar geográfico, en cambio, esto es una *Mündung* o una boca y, si le hubieras dicho esto al caporal, habrías acabado mal!

Y a través del jardín de los frutales se oyó cómo alguien cerraba con rabia las ventanas del despacho, y Francin, saliendo de la oficina, en camisa blanca corrió como un relámpago hacia nosotros, le miré cómo se precipitaba a través de la hierba crecida, cómo evitaba las ramas de los árboles, qué espectáculo más bonito, un hombre corriendo y saltando como en una carrera de obstáculos con las piernas casi horizontales, ahora levantaba una, ahora otra, zas-zas, parecía deslizarse por encima de las briznas de hierba. Cuando llegó vi que en la mano tenía una pluma de dibujar del número tres.

—¿Qué fechoría estáis tramando, pareja de alborotadores?

—Jugamos a soldados —dije.

—¡Jugad a lo que queráis, pero en silencio, la señorita de la contabilidad ha volcado todo el tintero! —gritó Francin en voz baja.

—¿Dónde tenemos que jugar, pues? —dije.

—Donde queráis. Por mí podéis subir a la chimenea si no hacéis ruido… ¡ha manchado de tinta todo el registro! —exclamó Francin; a la altura de los codos, unas gomas le sujetaban las mangas de la camisa blanca; Francin se giró para marcharse, ya no corría sino que arrastraba los pies a través de la hierba, le acompañé con la vista y él se volvió, me puse un besito en la palma de la mano y en un soplo se lo mandé como si fuera una plumita.

—¿A la chimenea? —se extrañó Pepin.

—Así es —dije.

Francin desapareció detrás de las ramas y luego su camisa blanca entró en el despacho.

—Anda, pues: ¡adelante con los faroles! —exclamó el tío Pepin.

Y él primero puso el pie sobre el travesaño, pero enseguida se lo repensó y dijo:

—Tú primera.

Y yo que desde el primer día en la cervecería soñaba con encontrar valor para subir a la chimenea, ahora veía cómo se alzaba delante y encima de mí, incliné la cabeza hacia atrás y puse la mano en el primer travesaño, la perspectiva se enfilaba hacia la cima dibujando los travesaños cada vez más pequeños, en esta mirada acortada, la chimenea de sesenta metros de altura, parecía un gran cañón que apuntaba encima de mí, lo que más me atraía era un trapo verde que ondeaba en la cima, mientras que abajo apenas soplaba una brisa dulce, el trapo verde ondeaba a todo viento y desde una ventanilla abierta se oía su tintineo metálico, y yo puse una mano en el primer travesaño, con la otra desaté el lacito verde que llevaba en la cola, para lucir el cabello suelto, y me puse a escalar, una mano tras otra, los pies tomaron el mismo ritmo como si formaran parte del mismo tiro, a medio camino sentí la primera racha de viento, el cabello se me infló, casi me adelantó, de golpe me vi hundida, toda entera, en mi melena suelta que me envolvía como una música, de vez en cuando se esparcía sobre los travesaños y yo tenía que vigilar y detener la marcha de los pies porque pisaba mi propio cabello, si Boda el peluquero hubiera estado allí, me habría sostenido el cabello arriba, se habría convertido en un ángel y volando habría vigilado que la cabellera no se me metiera allí donde no se tenía que meter, como por ejemplo en la cadena de la bicicleta, y es que de algún modo mi escalada a la chimenea se parecía al viaje en bicicleta, esperé un momento, el viento como si disfrutara saboreando mi cabello, me lo levantaba y lo doblaba, de manera que tuve la sensación de estar

colgada del cabello, enrollado unos cuantos travesaños más arriba, a continuación el viento se calmó, el pelo se desenrolló y, como si alguien hubiera aflojado las agujas doradas del reloj del campanario de la iglesia, el pelo cayó, paulatinamente, como si un pavo de oro, que anidara sobre mi cabeza, desplegara y luego empezara a plegar la cola. Y yo lo aproveché para escalar deprisa, otra vez el movimiento de las piernas y de los brazos iba acompasado, hasta que puse todo el brazo sobre el borde de la chimenea, me tomé unos instantes para dar unos resoplidos, como una campeona de natación en una piscina después de una carrera, y a continuación, con mucho esfuerzo de ambas manos, como si saliera del agua arrastré todo el cuerpo arriba, pasando una pierna sobre el borde y, cogiendo el pararrayos, lentamente, como si estuviera hundida en un espeso jarabe, saqué una pierna y el pelo se me escapó de la mano, mi melena flotaba como el año pasado el día antes de la primavera, el pelo se agitaba como algas en un torrente rápido y poco profundo, con una mano sostuve el pararrayos y tuve la sensación de ser Diana con su jabalina, las mejillas me quemaban de entusiasmo y sentí que si en esta ciudad no hiciera nunca nada más que esto, subir a la chimenea, no es que fuera mucho pero podría vivir de ello varios años y tal vez toda la vida. Y me incliné para contemplar el abismo y en él al tío Pepin, que parecía un enano, un angelito con una cabeza y dos manos, me extrañó que hasta aquel momento hubiera tenido la sensación de que el tío Pepin tenía el pelo espeso y rizado, pero ahora observé que una cabeza calva guarnecida con una pobre corona de cabellos subía hacia mí, ahora la cabeza llegó hasta el borde, de abajo surgió una mano y la otra y se sujetaron en el borde, el tío me miró y su cara también estaba exultante. Se arrastró hasta arriba, como un lunático, puso una mano en la cadera y con la otra se protegió los ojos contra el sol.

—¡Eh, cuñada! —dijo con admiración—, esto sería una buena *Beobachtungstelle* o atalaya.

—O mirador —añadí.

—¡Una mierda! ¡Un mirador es para los civiles; en cambio, la atalaya o *Beobachtungstelle* es para el ejército, para el ejército que está en guerra y vigila los movimientos del enemigo! Cuñada, aunque seas lista y guapa, si te hubiera oído el capitán Tonser, te habría golpeado con la espada y te gritaría: «¡Te la cortaré en mil trozos!».

—Anda ya —dije bañándome los pies en aquel pozo del aire.

—En cambio, a mí no me la hubiera cortado en mil pedazos. ¡A mí me veía con buenos ojos, yo le llevaba la espada! —balbuceó el tío Pepin e inclinó sobre mí su cara amenazante como una de las gárgolas de piedra en el tejado de la iglesia.

—¿De qué le ha servido? —dije con un gesto de dejarlo estar—. Qué maravilla, tío Pepin, ¿no le parece?

Y paseé la vista por el paisaje extendido, poco profundo, ribeteado por colinas y bosquecitos, por la pequeña ciudad, y me di cuenta de que la única manera de llegar allí era atravesando el agua, de que, de hecho, era una ciudad-isla, algo más arriba el río que la rodeaba se bifurcaba y dos ríos pequeños contorneaban las murallas para, aún más arriba, unirse en un solo río, me di cuenta de que cada calle de salida de la ciudad tenía dos pasarelas y que un puente de piedra blanca atravesaba el río, se veían dos personas que, apoyándose en la barandilla, miraban hacia la chimenea de la cervecería, nos observaban al tío Pepin y a mí, mi pelo que ondeaba al viento y brillaba al sol, semejante a una bandera papal, mientras que abajo no soplaba nada de viento. En la otra orilla del río se alzaba la catedral y yo tenía el reloj dorado a la altura de la cara, alrededor de la catedral, en círculos concéntricos se extendían las calles y las callejuelas con casas y edificios, de cada ventana surgían, como edredones aireados, lenguas de petunias y de claveles y de geranios rojos, toda la ciudad estaba ribeteada de una fina puntilla de murallas y desde arriba parecía un trozo de calcedonia. Y de golpe vi que sobre el puente se precipitaba un coche de bomberos, los cascos brillaban y el trompeta sostenía su instrumento y tocaba: ¡Fuego!, y todos los bomberos llevaban uniformes blancos de tela basta, el coche amarillo tintineaba sobre el puente como una caja de música, los bomberos se sostenían en las barras, de pie sobre aquel altar retumbante que ahora desaparecía detrás de las casas y los jardines.

—¿Es verdad, tío Pepin, que en el frente pastoreabas cabras? —pregunté.

—¿Quién te ha dicho eso? —vociferó el tío Pepin y se sentó sobre el borde para, seguidamente, tumbarse boca arriba, con las manos sirviéndole de cojín.

—Melichar, el del estanco —dije.

—¿Tú crees que alguien que tiene un negocio de tabaco y además es inválido puede ir a la guerra? —gritó el tío a pleno pulmón.

—Dicen que Melichar durante la guerra fue capitán y parece que ayer dijo: «Rezo a Dios para que no haya guerra y no me encuentre con Pepin a la hora de hacer ejercicios» —dije, sujetándome con más fuerza en el pararrayos para mirar abajo, donde estaba la cervecería; me dejó de piedra el hecho de que estuviera situada fuera de la ciudad, rodeada también por una muralla, como la ciudad en la otra orilla del río, y que a lo largo de la muralla crecieran árboles, arces y fresnos que formaban un cuadrado y que la fábrica de cerveza pareciera una fortaleza, una cárcel, que cada muralla estuviera provista de una alambrada, y no sólo eso sino que estuviera guarnecida con trozos de cristal de botellas que desde arriba brillaban como amatistas y amarantos.

—¿Y cómo podía haberme visto… aunque yo hubiera pastoreado cabras? —dijo el tío y seguía tumbado, mirando el cielo, con una pierna cruzada sobre la rodilla doblada, dibujando figuras con el pie libre.

—Con unos binoculares —contesté.

—¿Te parece que el emperador hubiera dejado sus binoculares a un cualquiera, a una persona de un estanco? —dijo el tío.

—Como capitán, Melichar tenía dos binoculares —contesté y me di cuenta de que en el puente se había reunido una muchedumbre, parecían golondrinas antes de volar al sur, y alguien me miraba con los binoculares. Sonreí a mi observador y en aquel momento, desde el abismo se levantó el viento y me empezó a abrir la dorada cola de plumas de pavo, me di cuenta de que tenía el pelo alrededor de los ojos como un círculo cerrado, toda mi figura quedó rodeada de una aureola como la de la Madre de Dios en la columna de la peste, en la plaza…

—Y qué pasaría si hubiera guerra y Melichar me tuviera a sus órdenes, ¿eh? —preguntó Pepin, y yo tuve la impresión de que luchaba contra un ataque de somnolencia.

—Dijo que si hubiera otra guerra, entonces estaríais haciendo ejercicios y él levantaría el dedo, así, y gritaría: «¡Pepin *zu mir*!». Y tú apretarías a correr para rendirle homenaje y caerías de rodillas delante de él —le expliqué y echando un vistazo al tío, lo vi dormido como un tronco, tumbado sobre el borde, mientras la chimenea se balanceaba ligeramente, sí, entonces lo vi claramente, al observar la escultura tumbada del tío Pepin me di cuenta de que ambos nos balanceábamos como si estuviéramos colgados de un péndulo suspendido en el cielo. Y los bomberos se precipitaban, ya pasaron de largo el crucifijo, desde arriba los caballos daban la impresión de haberse desbocado, las patas de atrás les salían de la cola y las de delante directamente de la cabeza, como los caracoles cuando sacan los cuernos; el coche de bomberos brillaba como el juguete de una criatura y a cada momento amenazaba con desmigajarse en mil pedazos, como aquella vez en la calle Truhlářská aquel coche militar en el que explotó una granada, y en el lugar del comandante vi al señor de Giorgi, miembro del consejo de administración de la cervecería sobre cuya chimenea me hallaba, el señor de Giorgi era un maestro deshollinador que ejercía de comandante de bomberos porque en vez de tener una casa tenía un museo de bomberos, el señor de Giorgi había fotografiado todo lo que se había quemado, de manera que en todas las paredes de su casa tenía un par de fotografías, una vaca antes del incendio y una vaca después, un perro antes del incendio y un perro después, un adulto de sexo masculino antes del incendio y después del incendio, una granja antes del incendio y

después, todas las cosas, todos los animales, todas las personas que se quemaron del todo o a medias, todo lo fotografiaba el señor de Giorgi, y si ahora se dirigía hacia la cervecería era con toda seguridad para poder fotografiar a la esposa del gerente antes de caer de la chimenea y después de la caída… y lo que parecía una caja de música tomó la curva de la puerta de la cervecería, las ruedas chirriaron y el coche de bomberos desapareció detrás del despacho y yo pensé que el coche se había volcado, incluso con los caballos, pero reaparecieron con toda la pompa, tararí, tararí, sonó la trompeta, y el coche se detuvo justo bajo la chimenea… me imaginé que tal vez empezarían a tirar agua, arriba y más arriba, hasta lo alto de la chimenea, y que el señor de Giorgi me pediría que entrara sobre la cima del géiser que brotaría a mi lado y que después poco a poco irían cerrando el grifo y yo iría descendiendo a medida que el rayo fuera bajando, pero los bomberos saltaron del coche, se rindieron honores con las hachas y se pusieron a desplegar una lona, seis bomberos la extendieron, se inclinaron atrás y miraron arriba; pero puesto que parecía que la chimenea se balanceaba bastante, los bomberos se pusieron a correr de un sitio a otro buscando el lugar más aproximado de mi caída.

Y los miembros del consejo de administración acudieron en sus cabriolés; acostumbraban llegar al trote, pero hoy sus cabriolés corrían que dejaban atrás los vientos, los caballos se embalaban a toda brida y no se detuvieron delante del despacho como de costumbre sino en el patio de la cervecería donde todos los obreros, los de los barriles, la cámara frigorífica y los almacenes de malta, miraban arriba con las cabezas echadas atrás, como si esperaran la vuelta de Jesucristo o el descenso del Espíritu Santo. Y ahora el mismo presidente de la cervecería, el doctor Gruntorád, de carácter feudal y administrador del antiguo imperio austrohúngaro, pasó de largo el crucifijo, como siempre estaba sentado en el pescante y sostenía en sus exquisitos guantes de ante las bridas, el sombrero calado de una manera inimitablemente elegante hasta los ojos, masticando su boquilla de ámbar, fumaba un cigarrillo y dando latigazos a su semental negro se dirigía hacia la cervecería, mientras su cochero, con una sonrisa culpable, se repantigaba en el asiento de terciopelo trasero como un señor…

Y abajo, el señor de Giorgi dio órdenes inútiles a los bomberos para que escalaran a la chimenea, y por fin el señor de Giorgi mismo decidió subir hasta allí. Y su uniforme blanco subía, deteniéndose cada dos por tres, hasta que su casco apareció a la altura de mis pies.

—Tío Pepin —sacudí un pie del tío, que se sentó frotándose los ojos, acto seguido se sobresaltó y agarró el pararrayos. De un salto el señor de Giorgi subió al borde de la chimenea, resoplando se sacó el casco y con un pañuelo se secó la cabeza sudada.

—En nombre de la ley —dijo—, baje, señora, por favor. Y su cuñado también.

—Señor de Giorgi, ¿no tiene vértigo? —pregunté.

—Le digo en nombre de la ley que baje —repitió el señor de Giorgi.

—¿Yo primera, señor de Giorgi? —digo.

—No —continuó el señor de Giorgi y observó el interior de la chimenea—. Como entrenamiento, yo bajaré por dentro de la chimenea —añadió.

Apoyándome en el pararrayos, coloqué un pie sobre el travesaño, me volví y el pelo se me ondulaba, otra vez el viento que subía desde el precipicio me infló la melena, por última vez la desplegó, por última vez mi crin de oro ondeó encima de la chimenea de la cervecería, aún podía bendecir con mi cabello, como con una enorme custodia, a todos los que en aquel instante me devoraban con los ojos, e incluso el señor de Giorgi estaba conmovido con lo que veía.

—Somos testigos de un acontecimiento extraordinario, señora, ¡qué lástima que las señoras no puedan entrar en el cuerpo de bomberos! —dijo y cogió su trompeta, una trompeta pequeñísima que se parecía a la taladradora del revisor de tren y ¡tararí!, pero el sonido de la trompeta era melancólico, como el grito de un cabrito con las patas atadas en el carro que lo lleva al matadero, después me besó la mano y yo empecé la bajada, corría rápidamente para llegar antes que mi pelo que me amenazaba con ponerse debajo de mis pies para que lo pisara, para que me envolviera en él y cayera precipicio abajo. Y de golpe a mi alrededor vi las copas de los árboles, luego fue como si bajara de las ramas y por fin puse un pie en tierra firme.

—Ha sido maravilloso —declaró el doctor Gruntorád con entusiasmo—; pero señora, se merecería…

—Una buena paliza —dije.

—¿Qué fue a hacer allí, a ver? —preguntó el doctor.

—Usted lo ha dicho, ha sido maravilloso, y lo que es maravilloso acostumbra a ser peligroso; pero allí donde hay peligro me siento como el pez en el agua… —dije y vi que Francin estaba plantado allí, pálido, con la cabeza sobre el chaleco y el cuello de látex y la corbata en forma de hoja de col.

Y los mecánicos abrieron la trampilla de la chimenea y de aquella gruta negra y brillante, grande como una glorieta, cayó hollín. El tío Pepin saludó desde el último travesaño y dijo:

—¡El soldado austríaco acaba de llevarse los laureles de una nueva victoria!

Pero todo el mundo estaba pendiente de aquel reducto negro en la base de la chimenea.

—¿En qué regimiento sirvió? ¿A quién pertenecía su regimiento? —preguntó el doctor Gruntorád.

—Al Freiherr von Wucherer —dijo el tío Pepin y saludó militarmente.

—Descanse —gritó el doctor—. Señor gerente, ¿qué sabe hacer su hermano? —añadió.

—Es zapatero de oficio, pero también ha trabajado en la cervecería, durante tres años —contestó Francin.

—Oiga pues, señor gerente, contrate a su señor hermano. Es una orden. Y alójelo en los apartamentos del servicio de los almacenes de malta. No hay nada mejor que el trabajo para que se le pase esa manera de gritar —dijo el doctor Gruntorád.

Y compareció en la gruta negra una pierna con pantalón blanco, casi a la altura del techo palpó buscando un travesaño, pero seguramente no había ninguno y el señor de Giorgi parecía como si anduviera en bicicleta por el aire. Y el ayudante del comandante dio la orden y los bomberos entraron dentro de la chimenea con la lona de socorro, la extendieron y el ayudante de bomberos gritó hacia arriba, hacia los montones de hollín:

—¡Comandante, suéltese, ya estamos aquí con la lona de socorro!

Y el señor de Giorgi se soltó del travesaño, primero salieron nubes de hollín, se dispersaron delante de la chimenea, copos de hollín esponjosos y rizados. Enseguida se oyó una tos y de la chimenea salieron los bomberos, negros como el tizón y en la lona de socorro llevaban algo extraño, como si hubieran pescado una merluza o una trucha, bajaron la lona al suelo y en medio de todo el hollín y el polvillo se levantó el señor de Giorgi, negro como azabache y sonriente; una red de arrugas blancas rompía la negrura de su cara, el señor de Giorgi sacó la trompeta y ¡tararí!, ¡tararí!, y al final declaró:

—Con esto, damos por acabada nuestra misión de rescate.

Y salió del montón de hollín levantando ambas manos y, obligando a los demás a felicitarle, paseó orgulloso y risueño, con la cabeza bien alta, y yo sabía que el señor de Giorgi viviría de aquella bajada por el interior de la chimenea no varios años sino el resto de su vida.

7

En la esquina de los almacenes de malta siempre había una extraña corriente de aire, un viento tan fuerte que me obligaba a caminar doblada o a girarme de espaldas y echarme sobre él como en un balancín. Aquel torbellino aspiraba mi pelo como un fumador que traga ávidamente el humo del cigarrillo. Pero en la puerta de los almacenes de malta, cuando acababa de atravesar aquellos remolinos de aire, me esperaba una calma tan absoluta que de repente caía de rodillas o de espaldas. Y a pesar de todo esto, siempre me ilusionaba con aquel duelo con el aire al que tenía que arrancarle todas las toallas. Una vez el viento me arrebató una de ellas y apenas tendí la mano para recogerla cuando la corriente de aire, la muy pilla, se la llevó otra vez, y cuando la toalla caía y yo, viéndola al alcance de la mano, intentaba apoderarme de ella de un salto, el viento se la volvió a llevar hacia las nubes, como una risa lánguida; parecía una cometa en el cielo otoñal, aquella gran toalla se fue transformando en una mancha blanca que zigzagueaba, que bailaba al ritmo del viento, y en menos que canta un gallo desapareció en la oscuridad encima de los almacenes de malta. Y, no obstante, qué experiencia tan maravillosa habría sido dejar que me cogieran los dientes del viento y salir de aquel baño aéreo toda perfumada como un caramelo de menta. Después, cuando buscaba a tientas el pomo de la puerta, la corriente de aire del otro lado se apoyaba en la hoja con todo su peso, de manera que me veía obligada a empujar la puerta con toda la fuerza de mi cuerpo, pero la corriente de aire, que también tenía su sentido del humor, de golpe y porrazo cedía, de manera que yo irrumpía dentro del pasillo oscuro, caía sobre una rodilla, hoy mismo caí a cuatro patas y atropellé a un obrero de los almacenes de malta, suerte que cayendo consiguió mantener en todo momento el farol encendido en la mano levantada, así que no se rompió. Después, con la mano extendida como si me tuviera que proteger de una tormenta, encontré a tientas el pomo de la puerta de la sala de máquinas mientras el perfume de aceite y de cannabis me impregnaba como un baño y, después de haber encontrado la llave, me encerré. Entonces encendí una vela; en aquella penumbra frágil la enorme rueda distribuidora dibujaba un círculo plateado, el aceite hacía brillar y centellear las

tensas correas de distribución. Las dinamos y los motores recordaban grandes animales africanos, las alcuzas, los pequeños pajaritos que picotean insectos en las espaldas de los hipopótamos. Poco a poco me fui desnudando, abrí los grifos de donde surgió agua caliente de una caldera enorme y dejé que se llenara un gran barril cortado por el medio. Me desnudé escuchando la corriente de aire que silbaba en los pisos de los almacenes de malta y que, arriba de todo, en el desván, hacía golpetear las ventanas. Y entré en aquella gigantesca bañera de madera; el agua suele estar tan caliente que hace falta abrir todos los grifos de agua fría; me senté en cuclillas en aquella agua que quemaba tanto que me hacía castañetear los dientes, y sólo cuando el agua fría se mezcló con la caliente me tumbé en aquel medio barril como si fuera la aguja de una brújula, contemplé por encima de mí las vigas entre las que se enfilaba y desaparecía la caldera blanca y me abandoné a soñar, lentamente me iba derritiendo en el agua caliente, flotando como un trozo de jabón, se me fueron relajando todos los miembros, iba desatando una a una las toallas y sábanas que ataban mi pasado, abrí todos los cestos y cofres y armarios donde descansan las imágenes de un pasado remoto pero que me vienen a visitar siempre que me apetece, bellas imágenes sin color que sólo en ese baño se acaban de precisar y adquieren los matices de color que les son propios. Éste es mi cine particular donde proyecto sobre la pantalla de mis ojos cerrados la película en la que yo misma represento el papel principal, yo que he llegado hasta este punto, hasta esta bañera de madera donde estoy tumbada… Ahora soy una niña pequeña con trenzas color de paja, juego en medio de la calle con piedrecitas, estoy sentada con las piernas cruzadas y coloco en el suelo cuatro piedrecitas para lanzar una de ellas al aire, coger acto seguido las tres que quedan y darme prisa para pescar la que cae. Truena y la tormenta se acerca, me caigo de espaldas y, en el momento en que tiro las cuatro piedrecitas, el cielo se ennegrece y encima de mí flotan bocas horribles y patas y riendas terroríficas, cascos brillantes saltan sobre mí, cierro los ojos y nubes de barro seco me llenan toda entera, al final los truenos se alejan, me levanto y oigo el tintineo de un carruaje y veo caballos desbocados y el cielo azul y desde allí se inclina encima de mí la cabeza preocupada de mi papá. Soy una niña pequeña y juego con piedrecitas en medio de un camino entre los campos. Mi papá siempre me lleva detrás de la casa para que no me pase nada, veo cómo del bosque salen corriendo dos soldados, corren por el camino donde estoy jugando, los dos soldados corren tanto que dejan atrás a los vientos, me tumbo boca arriba para que no se me lleven en su prisa, veo cómo saltan aquellos dos soldados, veo suelas llenas de clavos, la sombra de los dos soldados retumba encima de mí y enseguida se aleja y el chapoteo de sus botas resuena en la distancia.

Me siento y veo que los soldados se acercan al torrente y se detienen; en vez de una pasarela hay una viga colgada de una cadena, los soldados levantan los brazos como las alas de dos ángeles de la guarda que cuelgan en la pared encima de mi pequeña camita, los soldados atraviesan el torrente y una vez en la otra orilla, siguen corriendo, el camino da a un recodo y yo veo por última vez los clavos brillantes que no paran de levantarse y ya desaparecen en el bosque. Hace rato que se han perdido de vista y yo aún pienso en ellos, en aquellos dos soldados. Ahora me veo a mí misma, cómo me acerco torpemente al torrente sobre mis piernas pequeñitas, pongo una bota sobre el tronco, veo el agua que corre, levanto los brazos y corro por el tronco, pero en medio del torrente el tronco me resbala bajo los pies y me caigo al agua, pedaleo en la profundidad, doy pasitos como mi mamá en la máquina de coser, pero no hay manera de apoyar mis pies en el fondo y empiezo a tragar agua; habré bebido la suficiente agua para que se ahogara en ella no una sola persona sino varias. Después ya no veo más que mi cabello, flotando al fondo del torrente y mezclándose con las algas y las plantas acuáticas sin flores, tengo muchas ganas de dormir, no puedo cerrar los ojos, todo está lleno de luz y tengo una sensación como si mirara el cielo encima de mí a través de unas inmensas gafas… y después me despierto, pienso qué bonito es haberse ahogado, me siento como en mi casa, estoy tumbada en una camita idéntica a la de mi casa, mis manos descansan sobre un edredón con flores de color celeste, nomeolvides, igual que las flores del edredón de mi casa, delante de mí está colgado un cuadro con el ángel de la guarda igual que el de mi casa y entonces entra mi mamá diciendo: «Adelante, niñas, entrad…» y todas las niñas de las casas vecinas se acercan y yo ya sé con seguridad que me ahogué porque las niñas que a mí me llaman Maryška y yo a ellas Hedvička, Evička y Boženka, me ponen estampas sobre el edredón al lado de los brazos, hay imágenes de ángeles de la guarda a manos llenas, y Hedvička me dice: «Mi mamá me ha dicho que te ahogaste…» y me pone otra estampa sobre la cama, y yo le digo: «¿Y para qué me traes estampas?». Y Hedvička: «Porque es la costumbre, ponerlas a las niñas muertas en el ataúd…» y yo me deshago en lágrimas, pienso que ya estoy totalmente muerta, pero entonces entra mi mamá con pastelitos y pastas y al ver todas aquellas estampas dice: «Anda, niñas, si Maryška no está muerta; el doctor, el señor Michálek, le ha sacado toda el agua de dentro y con su aliento le ha devuelto la vida…» y las niñas se quedan decepcionadas, les sabe mal que no haya un entierro, que no me haya muerto, y es que ya se veían cómo iban de elegantes, en vestidos confeccionados con tela de las cortinas, con una vela encendida entre los dedos, adornada con mirto, la banda de metal que tocaría de manera melancólica y las niñas caminando en la procesión

con el pelo ondulado y llorando porque me ahogué… y ahora nada de nada, ni procesión, ni lágrimas, todo por culpa de aquellas dos mujeres que fueron al torrente a hacer la colada y me sacaron y me llevaron a casa… Me acuerdo de que aquel día mi papá estaba que mordía y es que tenía un genio de mil demonios; cada año mi madre compraba en el rastro cuatro armarios viejos y cada vez que mi padre empezaba a echar fuego por los ojos mi madre le llevaba rápidamente a la glorieta, le ponía un hacha en la mano y ¡hala!, mi padre solía romper primero la parte de atrás y luego pim-pam-pum, un golpe tras otro mientras renegaba como un carretero dentro del armario, arrancaba la puerta del mueble y luego, de un golpe, el lateral del armario se derrumbaba como una caja de cerillas y de esa manera, en media hora, mi madre conseguía toda la leña que quería… y yo oía que mi padre gritaba y se enfadaba porque yo había estado a punto de ahogarme y no me portaba bien y no era buena niña, porque las demás niñas no eran tan traviesas como yo; me asusté tanto que huí de la cama y me vestí para salir al patio y subir a la parte trasera del camión. Al lado de la ventanilla había un barril, me metí dentro de él y estaba muy bien allí dentro, calentita, sentí que el camión se ponía en marcha, me puse de pie y vi por la ventanilla que se hacía de noche, a la altura de la ventanilla veía la boina de un señor, mirando por un lado me di cuenta de que era el señor Brabec, así que alargué el brazo a través de la ventanilla para rascar al señor Brabec detrás de la oreja diciendo: «Señor Brabec, estoy aquí…» y el señor Brabec soltó el volante y gritó, el camión se paró tan violentamente que el barril en el que me encontraba se tumbó y yo salí rodando y mientras me sacudía la falda el señor Brabec corría arriba y abajo vociferando y golpeando con el pie en el suelo, y yo dije: «Señor Brabec, de verdad que estoy aquí». Pero el señor Brabec no paró de gemir, hasta que se desplomó, entonces llegaron los gendarmes y le echaron una manta encima, pero no era suficiente, así que uno de los gendarmes tuvo que desnudarse casi del todo y se puso encima del señor Brabec para calentarle y después fuimos todos a la gendarmería, un gendarme me dijo que podía haber causado la muerte de aquel hombre y yo pensé en mi padre y me imaginé cómo volvería a destrozar otro armario a golpes de hacha y aquel gendarme colocó un abrigo de piel en el suelo y me ató la pierna a la pata de la mesa, yo me tumbé y estaba hecha una magdalena, encima de mí se balanceaban suelas llenas de clavos, una pierna cruzada sobre la otra, mientras la mía estaba atada a la pata de la mesa, me quedé dormida y encima de mí apareció mi padre, estaba arrodillado, apoyado en las manos como si fueran los pies, me desataron de la mesa y me arrastraron por la mano, y los gendarmes se quejaron tanto de mí que mi padre me ató una cuerda al cuello, y yo me eché a llorar exclamando: «¡Papá, no me cuelgues! No

quiero pasar mucho tiempo muriendo como…» y es que un día el gato devoró el hígado que mi padre tenía en el plato y por eso mi padre colgó al gatito de una rama y el gatito no murió hasta el día siguiente…, y mi padre me llevó al tren atada con una cuerda y cuando llegamos al pueblo siguió llevándome atada como si fuera una ternera y a cada persona que encontramos le explicaba que yo no era una niña buena, que no sabía portarme bien, y que por eso tenía que llevarme atada como un perrito que muerde… Y una vez en casa mi mamá ya esperaba a mi papá con el hacha en la mano, yo pensé que mi papá me cortaría la cabeza como cuando se la cortaba a los pavos, pero él se lanzó directamente sobre el armario y de un solo golpe derrumbó la parte de atrás y con otro todo el resto, parecía como cuando con un pisotón chafas una caja de cerillas… Toda enjabonada, estoy inmersa en la espuma, me enjabono más y más, maquinalmente; me vienen a la mente imágenes perdidas en el abismo del tiempo, llegan otras y se ayudan mutuamente a dibujarse con más precisión y con colores más claros… Soy una niña de seis años con el pelo suelto; dos lacitos adornan mi cabeza, hace un año que mi padre no ha roto ningún armario, es domingo al mediodía y estoy dando un paseo por la plaza. En las ventanas abiertas se hinchan las cortinas, se oye el tintineo de los cubiertos y de los platos, el viento trae olor a comida, el día anterior mi padre me había comprado un vestidito de marinero y un paragüitas, estoy de pie delante de la fuente, me inclino para contemplar mi pelo que se refleja en ella, en el fondo espejean varias monedas, y es que en mi pueblo al que tira una moneda a la fuente, se le cumple un deseo, por si acaso tiro en ella un par de monedas de veinte y deseo no ahogarme nunca más, nunca más huir de casa, ser una niña que se porta bien, sobre todo ahora que mi papá me compró un vestido tan bonito y un paraguas, de un salto subo al borde de la fuente para contemplarme mejor, para poder admirar mejor cómo me favorece la chaquetita marinera, paseo la vista por todas partes, pero no, no viene nadie ni nadie mira por la ventana, nadie que pueda informar de ello a mi papá, una vez en el borde de la fuente, me inclino para admirar mi preciosa falda plisada y los calcetines blancos y los zapatitos de charol, sacudo mi pelo, devorando mi imagen sobre la superficie, y de golpe pierdo el equilibrio y me caigo en la fuente, el agua me engulle como a un gran pez que traga a un pececito minúsculo, ahora también busco el fondo con los zapatitos de charol, pero la fuente es más profunda que mi altura, saco la cabeza para tomar aliento, pero tengo miedo de gritar socorro porque mi papá se enfadaría, trago agua a no poder más y otra vez me rodea aquel mundo dulce, como si yo fuera una abeja que se ha caído en un vaso de miel, observo mi cabeza que, lentamente, se hunde en el fondo, cerca de los ojos tengo la moneda de veinte que un momento antes he

tirado a la fuente con el deseo de no ahogarme nunca más, la faldita se me infla majestuosamente y el pelo se me extiende por la cara y vuelve a ponerse atrás y tengo ganas de dormir, muevo los pies maquinalmente, poquito a poco, mucho más lentamente que cuando mamá pedalea en la máquina de coser, y por última vez puedo contemplar cómo de la boca me salen burbujas y suben arriba, como si yo fuera una botella de gaseosa…, pero aquella vez tampoco me ahogué porque la única señora que me vio, la señora Krásenská, hacía diez años que iba en silla de ruedas y que tenía úlceras, pues esta señora miraba por la ventana en el momento preciso en que me caí en el agua y la única persona que acudió allí corriendo fue el señor Pokorný, fotógrafo que saltó a la fuente con el tenedor y el cuchillo en las manos y la servilleta bajo la barbilla y así me sacó, con las manos llenas, me desperté sobre los peldaños de la fuente con la sensación de que llovía, tomé el paraguas y lo abrí, pero el sol de mediodía brillaba y las campanas tocaban las doce, encima de mí se inclinaba el señor Pokorný, de su servilleta chorreaba agua y caían trocitos de col a la vinagreta, el señor Pokorný me amenazó primero con el tenedor y luego con el cuchillo alegando que por mi culpa se le enfriaría la comida, que ésta ya me la haría pagar porque las niñas buenas no se ahogan en una hora tan inoportuna como es la hora de comer cuando uno tiene en el plato una oca asada, la primera de la temporada, y yo miraba a mi alrededor con los ojos y todas las ventanas estaban llenas de personas en camisa y chaleco, y todo el mundo sostenía el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, todo el mundo dirigiendo los ojos abajo, hacia mí, malcarados, parecía que les hubiera gustado darme un buen pinchazo con el tenedor y convertirme en picadillo con el cuchillo, de modo que me levanté y una tromba de agua empezó a chorrear de mí y yo pensé que llovía a cántaros y me puse a hacer reverencias, no para burlarme, al contrario, para demostrar que era consciente de la gravedad de lo ocurrido, que me daba cuenta de que no tenía que haberlo hecho precisamente cuando la gente sacaba del horno las primeras ocas de la temporada… Ahora estoy tumbada en el fondo de la bañera de madera, en un barril enorme cortado por la mitad, alguien sube del germinador a los apartamentos para el servicio donde está alojado el tío Pepin con los demás y de donde se oyen sus terribles gritos: do re mi fa sol la si do… y a continuación la gama descendente: do si la sol fa mi re do… al ritmo del agua, que ahora sale con regueros de espuma, alguien sube del germinador hacia los apartamentos, será el joven obrero de los almacenes de malta, todo sudado y con un círculo debajo de un ojo, como si hubiera caído sobre unos prismáticos, con un círculo dibujado como con un sello de la estación del ferrocarril, sí, será él quien sube sin prisas con la camisa echada sobre el hombro y sosteniendo en una mano un quinqué

ventrudo; parece un emperador que lleva un globo en una mano y en la otra, como un cetro, la pala de remover la malta, sube y no se detiene hasta llegar al rellano y canta aquella canción tan dulce: amiga mía, cariño mío, tu amor dejó un vacío… tu amor pronto se acabó, en el pozo de Nymburk se ahogó… Me vestí deprisa, recogiéndome el pelo con una toalla, de un fuerte resoplido apagué la vela para salir a la oscuridad con la mano extendida, de la profundidad del germinador surgía una luz tamizada, que cortaba los húmedos márgenes de los peldaños, con líneas amarillas del germinador llegaban los sonidos tiernos y melódicos de las palas de remover la malta que picaban sobre el suelo mojado, del rítmico crujir de la cebada removida… y otra vez aquella canción como la marea alta… tu amor pronto se acabó… me quedé quieta un instante en la penumbra, entonces bajé unos cuantos peldaños, el calor de la cebada germinada me golpeaba suavemente las mejillas, dos quinqués ventrudos iluminaban aquellos huertos de cebada, lámparas de petróleo con tres patas de madera en medio de unos campos de cebada, el obrero joven de los almacenes de malta desnudo de medio cuerpo avanzaba a pasos breves, cargando palas llenas de cebada de un lado y tirándolo al otro, detrás de él dejaba un profundo surco, como si su herramienta, su pala, fuera la proa de un barco abriendo el camino entre las olas, dejando atrás una estela de agua lisa, aquel obrero joven y guapo a cada paso tiraba una paletada de cebada dorada y cada vez que lo hacía, en su espalda brillaban nuevas gotitas de sudor… amor, amor pronto se acabó… la voz de aquel hombre seguía poblando el germinador con bóveda baja que descansaba sobre cuatro filas de columnas de hierro negro, exactamente como filas de árboles… el joven se levantó como el legendario rey Cebada, el círculo debajo de su ojo brilló como si fuera la montura de las gafas, tenía el cuerpo todo cubierto del mercurio deslumbrante del sudor… y yo escuchaba aquella canción, alguien más se añadió a aquel refrán melancólico, alguien que trabajaba unos cuantos campos de cebada más allá, allí donde había otro quinqué con tres patas… el obrero joven se secó el sudor de la frente con la mano y a continuación sacudió toda una palma llena de sudor… y yo avancé, las piernas me flaqueaban, un poco más lejos, un pequeño hombre removía cebada, parecía más bien un yóquey retirado, con un mono y una boina, había preparado una pila y con la pala removía la cebada en los márgenes; otra vez aquellos pasitos rápidos del joven de los almacenes de malta, aquel hombre casi hacía una carrera aireando la cebada y dejando detrás de él un surco que su pala había dibujado con precisión. Cuando acabó el trabajo, ese obrero se agachó para imprimir en un rincón dos paletadas cruzadas a manera de firma, entonces se levantó y se puso a cantar… tu amor dejó un vacío… tu amor pronto se

acabó… Es el señor Jirout, el pequeño obrero que, cuando me ve, me saluda con aire culpable y no para de sonreír, Francin dice que cuando era joven, el señor Jirout había sido artista de circo, en las fiestas mayores y en las ferias le disparaban de un cañón, al sonido de los tambores le ataban de pies y manos y en su traje de satén celeste le metían en la cureña de madera, entonces el empresario llegaba con un botafuego humeante y se oía un disparo ensordecedor y de la boca del cañón surgía una llama y acto seguido, con los brazos a lo largo del cuerpo, volaba el señor Jirout, vivo, y cuando alcanzaba la cima de la curva que su cuerpo tenía que dibujar en el aire, abría los brazos y, cayendo dentro del trampolín preparado, sonreía y lanzaba rosas de papel y besos a todos lados. Una vez en el trampolín volvía a saltar, hacía reverencias y recibía los aplausos, y así en cada feria, en cada fiesta mayor. Un día cargaron al señor Jirout en un cañón, le dispararon y, una vez había pasado la cima, el señor Jirout abrió los brazos como siempre, pero cayendo de cabeza para abajo se dio cuenta de que ya hacía rato que había pasado de largo el trampolín y que el disparo en el cañón también había sido más fuerte que de costumbre; no obstante, el señor Jirout sonreía y repartía sonrisas y rosas de papel multicolor y besos para acabar rompiéndose todo él sobre un montón de leña detrás de la valla. Al cabo de un año, cuando le acabaron de remendar, el señor Jirout no quiso ni oír hablar de repartir besos y rosas, se retiró de la vida de artista como un banco retira los billetes caducados y, una vez curado del todo, vino a la cervecería y ya hace ocho años que trabaja en los almacenes de malta… tu amor pronto se acabó… tu amor dejó un vacío…

8

Hace tres semanas ya que el tío Pepin trabaja en la cervecería; los toneleros lo han aceptado entre ellos y desde entonces la cervecería está de juerga. Siempre que puedo, voy a buscar malta con un par de cubos: atravieso el patio, el jefe de los almacenes de malta me suele mirar inquisitivamente para saber si me debe traer una jarra doble de cerveza, yo asiento y mientras cargo la malta, los toneleros toman la merienda; hoy el tío Pepin estaba tumbado de espaldas y sobre el pecho sostenía un pequeño barril vacío y los toneleros se descoyuntaban de risa, tosiendo y sacudiendo las migajas de pan, mientras el tío Pepin cantaba:

—¡Do re mi fa sol la si do!

Un ayudante estaba de rodillas sobre el tío.

—Señor Josef, y ahora cante la escala descendente, ¡como cuando Caruso y Mařáček vocalizan!

Y el tío se aclaró la garganta y se puso a chillar:

—Do si la sol fa mi re do…

Y, cuando los trabajadores se cansaron de chillidos, el ayudante dijo:

—Venga, ¡y ahora dé el do de pecho!

Los toneleros se levantaron para inclinarse sobre el tío Pepin, que se afanaba por dar el do de pecho, los toneleros reían a gritos, se tumbaban sobre la espalda con sus bocadillos en la mano y enseguida se levantaban de un salto, tosían, sacudiendo migas de pan, apoyados en la pared, y se morían de risa hasta asfixiarse.

Y en medio del patio el señor Řepa, el viejo trabajador de los almacenes, tostaba malta para la cerveza negra, sentado en un taburete giraba el tambor negro sobre el eje, bajo el tambor el carbón de madera quemaba con llamitas azuladas, rosadas y rojas y el viejo trabajador con el cabello canoso giraba solemnemente y sin parar aquella bola cubierta de hollín como si un dios mitológico hiciera girar el globo terráqueo.

Y el ayudante de tonelero se inclinaba sobre el tío diciendo:

—Ahora, señor Josef, el último ejercicio de respiración: vuelva a dar el do de pecho, pero todavía más sostenido… pero cuidado, ¡no

vaya a cagarse encima!

Y el tío Pepin tomó aire, frunció la nariz bajo las miradas de los toneleros que no le quitaban los ojos de encima, y emitió un do sobreagudo que alargó como una puerta chirriante, sudaba la gota gorda, aguantó el do de pecho un minuto y después llevó la lengua fuera, extendió los brazos y resopló mientras el barril sobre el pecho le iba subiendo y bajando, bamboleándose, me recordaba una academia de música cuando los alumnos se tumban sobre la alfombra y el profesor les coloca libros sobre el pecho.

Y yo avanzaba con los cubos en la mano, pasé de largo la puerta abierta de la sala de las calderas, el semicírculo bajo las calderas resplandecía en la penumbra, el cenicero brillaba con el color azafrán del carbón encendido sobre las brasas, a través del cenicero iluminado se veía caer la carbonilla en llamas rojizas y violetas, la escoria resaltaba con una luz turquesa; al lado mismo, en la oscuridad, una caldera abierta soltaba reflejos color café con leche y un trabajador, agachado como un niño en el vientre de la madre, sacaba a golpecitos las incrustaciones de la caldera, dos bombillas iluminaban violentamente a ese obrero agachado que trabajaba en medio de la polvareda y a pesar de ello cantaba, rodeado de cables de electricidad como de un cordón umbilical. Cada vez que vislumbraba desde el patio soleado ese cuadro ovalado que irradiaba luz y a ese obrero que con un martillo poco a poco sacaba las incrustaciones de la caldera, me imaginaba que aquel cuadro habría impresionado a cualquiera que lo viera, pero nadie se detenía, a nadie le daba lástima ese hombre que, la verdad, tampoco se la daba a sí mismo y que durante quince días no hacía nada más que dar golpecitos como un pájaro carpintero, hacía saltar la calcaria con diligencia y aún tenía humor de cantar.

Los toneleros ya habían acabado de merendar, el maestro tonelero, que en medio de todos aquellos barriles parecía un pastor rodeado de ovejas, se inclinaba encima de uno de ellos y lo observaba con ojos críticos, después se enderezó y con un hilo enrollado metió una vela en las entrañas del barril, a continuación se volvió a inclinar encima de otro barril, metiendo la vela adentro para observar meticulosamente si se podía llenar directamente de cerveza o si era menester alquitranarlo, lo que llaman empegarlo. El tío Pepin estaba delante de una enorme estufa donde iba tirando antracita y coque, calentaba la pega, la estufa refunfuñaba sordamente y el pequeño tubo torcido que servía de chimenea escupía fuego, llamas ribeteadas de rojo y azul y guarnecidas con una pequeña corona verde que chasqueaba como la llama del soldador que sirve para descongelar la cañería y para quemar capas viejas de pintura.

Los cocheros cargaban los barriles húmedos en los carros y descargaban otros llenos de hielo. El jefe de los almacenes de malta

me ofreció una jarra doble de cerveza color naranja, la lata estaba cubierta de gotitas. Y entonces yo me di cuenta de que aquel señor no me quería demasiado y que me daría no una jarra doble sino cinco o más, para que yo fuera empinando el codo y los trabajadores vieran qué esposa más borracha tiene el señor gerente, pero yo soy joven y por eso mismo por encima del bien y del mal, haga lo que haga siempre me pregunto antes a mí misma y siempre acabo asintiendo, es una especie de asentimiento interior, la directiva de mi maestro situado en alguna parte cerca de mi corazón, y aquel asentimiento pronto se mezclaba dentro de mí con la sangre y yo extendía la mano para tomar la jarra y beber ávidamente, tan ávidamente que los cocheros cesaban de cargar los barriles para posar en mí sus miradas. Los caballos *Ede* y *Kare*, a mi lado, parecían comunicarse conmigo, sus crines y colas abundantes tenían el mismo color dorado de la cerveza, igual que mi melena. Y en medio del patio, el viejo Řepa retiró el árbol de manivela, con aire de experto observó la malta tostada dentro del tambor y asintió con la cabeza, luego giró la manivela para poner en marcha el mecanismo que apartaba la bola negra de carbón encendido; con un pequeño martillo abrió la cerradura, giró la manivela, y la malta tostada, muy caliente, cayó sobre un colador negro y dispersó su olor, que llegaba hasta la plaza de la pequeña ciudad y los transeúntes se giraban en dirección a la cervecería en cuyo patio un viejo trabajador gruñía de satisfacción y removía la malta tostada con un atizador ennegrecido.

Y el tío Pepin, siempre delante de la estufa de alquitranar, me sonrió, envuelto en un delantal de cuero, detrás de él la estufa chispeaba y, muy candente, amenazaba con echarse a volar por los aires como un cohete fantástico de Julio Verne. La llama que temblaba detrás del tío Pepin era tan bonita que observé si alguien se maravillaba de ella, pero no, nadie se fijaba. Y entonces llegó el jefe de los toneleros para hacer rodar los barriles sobre una plancha, directamente hacia los pies del tío Pepin, que se los subía sobre la rodilla, uno tras otro, los metía sobre la aguja de inyectar, daba un golpe seco sobre el pedal y la pega hirviente se introducía dentro del barril, entonces el tío Pepin lo alzaba y a continuación lo soltaba, el barril rodaba y de la abertura surgía una cinta de humo azulado que enlazaba el barril como las filacterias que un rabino ata alrededor de sus brazos; y cuando el barril se detenía abajo, el ayudante de tonelero lo cogía y de un puntapié lo enviaba en la dirección adecuada y el barril se colocaba sobre las palas de la plataforma que giraba lentamente, y así siempre, un barril tras otro, todos los barriles giraban al mismo tiempo y el humo azulado los iba precintando, como la aureola que flota en torno de la cabeza de los santos.

Yo era toda ojos y, como siempre que observo trabajar con fuego,

volvía a tener sed, la lengua se me pegaba al paladar y en vez de saliva tenía la boca llena como de una especie de papeles de cigarrillo, tomé la jarra y ¡qué susto!, la jarra se me disparó hacia arriba, pensé que todavía pesaría bastante porque había estado muy llena y de hecho no pesaba nada porque yo ya me había tragado toda la cerveza, el señor de los almacenes de malta me tomó la jarra de las manos y riendo se dirigió a la cervecería, yo sabía que me la llenaría hasta arriba y que seguramente mezclaría dos clases de cerveza, la laguer con la negra, y es que una mezcla parecida el cuerpo la agradece haciendo un runrún de satisfacción; los caballos belgas agitaban las colas color rubio cebada y relinchaban, el cochero salió de la cervecería con un par de jarras de hojalata llenas hasta arriba, puso una a cada caballo en la boca y los belgas las sostuvieron con los dientes y estirando la brida bebían y levantaban los cuellos para que no quedara ni una gota de cerveza en las jarras y cuando las vaciaron, las soltaron para ponerse a relinchar contentos como unas pascuas, para rascar el suelo con las herraduras y hacer saltar chispas, apenas visibles, el cochero rió y me hizo una señal con la cabeza, yo le contesté con el mismo gesto y los caballos también asintieron, el encargado de los almacenes de malta se inclinaba por la rampa para acercarme mi jarra, olí la espuma e hice una señal como diciendo: ¡de maravilla! El tío Pepin, mientras tanto, se había puesto a cantar: «¡Oh, tilos, tilos de mi corazón!».

Y el ayudante de tonelero gritó:

—¡Toma ya, señor Josef, cómo canta! ¡Vaya furor que causará en el Teatro Nacional cuando cante *La Traviata*!

Y el tío Pepin asintió, inyectó la pega hirviente en el barril y le gotearon lágrimas sobre el delantal, y el ayudante de tonelero dale que te pego, le buscaba las cosquillas.

—¡Le aseguro que el día del estreno mandarán al Teatro Nacional todo un autobús lleno de gente de la cervecería! Pero no deje de estudiar, si no, todo se irá a freír espárragos. A partir de ahora, en vez de un barril de cuarto le pondremos en el pecho uno de medio hectolitro.

—¡Por mí ya me puedes poner todo un hectolitro si quieres, o un par de ellos, si así tengo que llegar antes a ser un Caruso o un Mařáček! —gritó el tío Pepin.

—La madre de la cerveza —dije hacia las entrañas de la jarra de hojalata y me llené la boca con cerveza y poquito a poco, aguantándome las ganas de verterme el contenido de la jarra en la garganta, iba saboreando a traguitos aquel laguer claro mezclado con granate negro, la madre de la cerveza, según la llaman los cerveceros; bebía paso a paso, con ternura, y mi modo de beber me recordó los atardeceres de verano cuando, en alguna parte detrás de la cervecería,

en los claros de los campos de trigo, alguien se sienta y toca lánguidamente una canción melancólica a la corneta para su propio placer, con los ojos cerrados y con el temblor y el estremecimiento de aquel metal resplandeciente en las manos, la cabeza ligeramente echada atrás, una canción triste, a la buena de Dios.

El ayudante de botero agitó la mano sobre la cabeza.

—¿Y sabe quién estará en el palco? Sus hermanos, el alcalde Jandák, aquel que hace rondas por los bares para controlar si las señoritas tienen los muslos firmes y majos según los reglamentos. ¡Qué lástima que sus padres ya no estén para asistir a su día de gloria! ¡Qué alegría hubieran tenido!

Y el tío Pepin se puso a llorar, se secaba las lágrimas con el delantal y asentía con la cabeza mientras el ayudante siguió despiadadamente:

—Y después de la representación, las chicas le tirarán flores y los periodistas le preguntarán: «Maestro, ¿de dónde le viene ese talento?». ¿Y qué les dirá, señor Josef, eh?

—¡Que es un don de Dios! —exclamó el tío Pepin; se tapó el rostro con ambas manos y empezó a derramar lágrimas de cocodrilo mientras los barriles volteaban y soltaban aquella dulce saliva que, empujada por la rotación, dibujaba una cinta color celeste, una anilla lila, un collar de neón.

El ayudante de tonelero proseguía solemne:

—Pues lo que tendría que decir a los periodistas es que el que le enseñó la técnica vocal fue el capitán austríaco von Melichar, aquel que cuando era joven había cantado en la Ópera de Viena, aquel que…

Pero el ayudante de tonelero no pudo acabar porque el tío levantó los brazos hacia el cielo y vociferó:

—¡Una mierda! El emperador no habría permitido que alguien que tiene un negocio de tabaco cantara, qué digo en la Ópera, ¡ni en el váter! Te lo prometo, ya verás, Melichar, cuando pase por delante de tu barraca de tabacos, ¡ya verás el bofetón que te voy a dar! ¡No te conocerá ni tu madre!

El ayudante de tonelero empuñó un barril y el humo le subió por el pecho y más arriba le enmarcó la cara y él gritó:

—Pero Melichar dijo que en cuanto le vea tendrá a punto un poco de pimienta y si se le acerca se la soplará a los ojos, y además dijo que…

—¿Qué más dijo? ¿A ver?

—Que va a salir de la tienda y va a hacer con usted lo que le dé la gana. Que le dará un puntapié que volará hasta la cervecería —dijo el ayudante, dándoselas de chulo.

—¿Qué? ¿A mí, un soldado austríaco a quien querían convertir en suboficial y que lo rechazó? ¿A mí, que llevaba la espada del capitán? ¡Vive Dios! Yo, tan pronto me acerque a su parada de tabaco la voy a tirar al Elba, entera! —vociferó el tío cogiendo un barril y levantándolo con la rodilla; pero se equivocó y no encontró exactamente el agujero para inyectar la pega. Pero él ya pisaba el pedal, yo dejé la jarra sobre la rampa y me sequé los labios, primero creí que veía visiones después de haber bebido tanta mezcla de laguer con granate negro. El ayudante de tonelero y el maestro y un mecánico que pasaba por allí y el viejo Řepa, que hacía girar el tambor con una nueva hornada de malta, todo el mundo se puso a bailar como peonzas, a dar saltitos, llevarse las manos a la cara, golpearse las piernas, parecía una de aquellas danzas acaloradas de la Moravia eslovaca, y el viejo Řepa no podía dejar la manivela, de modo que seguía girando el tambor y ahora se tapó la cara con la mano libre, luego la agitó mientras con la otra giraba la bola negra, el tambor donde tostaba la malta; por fin estiró la manivela y pudo apartar el tambor lejos del ardor del carbón de madera, y ya le teníamos haciendo compañía a los demás toneleros, saltando y golpeándose las piernas como si les estuviera picando toda una plaga de mosquitos.

El ayudante de tonelero no dejaba de gritar:

—¡Señor Josef, pare la pega!

Y el tío Pepin ya intentaba pisar pero siempre al lado del pedal; por fin acertó y sólo entonces me di cuenta de que unas gotitas minúsculas de pega hirviente surgían de la aguja de inyectar salpicando por todas partes; poco a poco empezaron a condensarse y todas aquellas finas ramitas de ámbar por las cuales surgían las gotitas sutiles como agujas, como granos de arroz dorados, como pequeños insectos molestos, caían en el polvo del patio de la fábrica de cerveza y los toneleros se quitaban con saliva los trocitos medio secos de pega de las caras y las manos y los cuellos y enfurruñados lanzaban miradas furiosas al tío Pepin, plantado al lado de aquella estufa enorme donde refunfuñaba, y zumbaba, y mascullaba, y rezongaba una llama corta y gruesa que surgía de la pequeña chimenea torcida. El tío Pepin hacía ganchillo con los dedos quemados mirando al suelo.

El maestro tonelero dijo:

—¡Hala, muchachos, a trabajar, para que Josef pueda ir a ver a las chicas cuanto antes!

9

La moda empezó en el hotel Príncipe. Los soldados llevaron allí unos aparatos y a partir de las seis de la madrugada, los directores de las escuelas reunieron en las salas del hotel a los escolares, donde acudieron, además, todas las grandes corporaciones, y a medida que pasaba el tiempo una gran cola de curiosos entraba en la gran sala, donde los soldados iban poniendo a cada ciudadano una especie de auricular como el del teléfono y en aquel auricular se oían unos parásitos y luego se podía escuchar la banda de metal que tocaba *¡Oh, Kolín, Kolín!*; no diría que aquella música fuera bonita, parecía un disco de gramófono rayado, pero la tocaban en Praga y a través del aire, sin ningún hilo, se introducía en el auricular de nuestra pequeña ciudad. Y las personas que lo habían oído salían por la puerta de atrás del hotel, totalmente deslumbradas por el hecho de haber podido escuchar, sin ningún hilo ni nada, la banda de Kmoch tocando *¡Oh, Kolín!*, y cada cual se alejaba pasando a lo largo de aquella cola sin fin que serpenteaba por toda la plaza y por la calle mayor hasta la panadería del señor Svoboda, y los que todavía no habían oído la radio, al ver la cara de felicidad y la expresión de sorpresa de los que salían, de los que habían tenido la suerte de escuchar aquel invento revolucionario, esperaban cada vez con más ilusión a medida que se acercaban al hotel Príncipe.

El señor Knížek, el dueño de la mercería, que disfrutaba pronunciando discursos, no tardó en ordenar a su aprendiz que trajera la escalera, subió en ella y se puso a explicar a los ciudadanos:

—Buena gente, lo que vais a oír dentro de un rato es un invento por el que va a luchar nuestro partido; sí, vamos a luchar para que dentro de un par de años o incluso antes, ese aparato llegue a todas las casas, a todas las familias y por un precio cuanto más bajo mejor, para que todo el mundo pueda oír en su casa no sólo la música sino también las noticias. No me quiero adelantar demasiado, pero creo que ese aparato os puede proporcionar las noticias no sólo de Praga sino incluso de Brno y a lo mejor hasta la música de Pilsen y, aunque no quisiera pecar de inmodesto, diría que nos va a traer incluso la música de Viena —gritó el señor Knížek desde la escalera.

Y en aquel momento el señor Zálaba, que distribuía carbón y leña por la ciudad, pasaba por allí con el carro; obligó a su ayudante a parar el carro y bajar los varales y el señor Zálaba, subiendo por los varales, se puso a vociferar, señalando al señor Knížek:

—¡Miren a ese pequeño burgués! ¡No piensa en nada más que en su balanza de tendero! Ciudadanos, ese invento es capaz de establecer la comprensión no sólo entre las ciudades sino también entre las naciones. Nosotros damos la bienvenida a la radio como ayudante que es de toda la humanidad. ¡Viva la comprensión entre los pueblos de todos los continentes, todas las razas, todas las naciones! —exclamaba el señor Zálaba con el brazo levantado mientras su asistente se mantenía de pie sobre los varales del carro y, al ver una colilla en la acera, no pudiendo resistirlo, se precipitó para recogerla, por lo que en aquel momento el carro perdió el equilibrio y el señor Zálaba cayó al empedrado y fue por los pelos que el carro no lo chafó.

Y yo me fui corriendo a casa, inspirada por aquella distancia acortada entre la banda que tocaba en Praga y mi oído en el hotel Príncipe, me quité la falda, la coloqué sobre la mesa, cogí las tijeras y corté la falda por la rodilla, sobró tanta tela que me dije que la llevaría a la modista para que me confeccionara una chaqueta, y enseguida cogí la aguja para coser el bajo y febrilmente me puse la falda y corrí a examinarme en el espejo, y ¡qué vi! ¡Esta manera de acortar las distancias me quitó diez años de encima! Al girarme vi que las ligas tendrían que ir mucho más arriba y comprendí que sólo entonces resaltaba la belleza de mis piernas, que aquellas bellas sombras de los músculos más abajo de la rodilla, aquellas trazas del pulgar de Dios provocarían un gran furor de sorpresa y de entusiasmo pero también de indignación en muchos ciudadanos, a Francin en primer lugar, que cuando me viera se pondría rojo hasta las raíces del cabello y declararía que una señora decente no llevaría una falda parecida. Y yo ya salía al patio y en bicicleta me dirigía desde la cervecería al crucifijo, un aire agradable me refrescaba las rodillas, me palpaba las ligas, y yo pedaleaba mucho más libremente ahora, con la falda acortada; sólo me molestaba el hecho de tener que guiar con una sola mano, con la otra no paraba de alisarme la falda que se me volvía a subir a cada movimiento que hacía. Y justo entonces el señor Kropáček salía con su moto Indian de la carretera de Horátev, como siempre, el señor Kropáček estaba sentado dentro del sidecar y conducía la moto con un pie sobre el manillar, me encantaba observarle en el patio de la cervecería cuando se ponía en marcha; tan pronto como lo hacía ya se trasladaba del asiento de la moto al sidecar y con un pie cómodamente estirado hacia arriba se iba a su casa; parecía como si estuviera revolcándose en la bañera. En un recodo, pues, ese mismo señor Kropáček miró mis rodillas desnudas, no pudo

coger bien la curva y fue a parar a un huerto de cerezos, a mí eso me pareció como un buen augurio y me precipité a cruzar el puente y no me moderé hasta llegar delante del hotel Príncipe, lentamente pasé a lo largo de la cola de los que esperaban escuchar el invento sobre el que el director de la escuela, el señor Kupka, se acabó de expresar como sigue: «No sé, no sé, pero ese aparato no va a traer la felicidad a la gente». Y a partir de aquel momento, como si a todo el mundo dejara de hacerle ilusión lo que le esperaba en el hotel Príncipe, la atención general se giró hacia mis rodillas, hacia mi falda cortada, todo el mundo desviaba la mirada de la entrada del hotel para volverse a verme por detrás, el director Kupka me señaló con el paraguas diciendo al señor cura:

—¡Aquí tiene los primeros resultados!

Pero el cura me hizo una reverencia diciendo:

—Una rodilla de mujer bien formada es el otro nombre del Espíritu Santo.

Y me detuve delante de la pastelería y, antes de poner el zapato sobre el empedrado, me recogí el cabello para que no se me metiera entre los radios; entonces dejé la bicicleta apoyada en la pared y cuando caminaba por la acera me parecía como si anduviera en traje de baño.

Y en la pastelería pedí al señor Navrátil que me envolviera cuatro lionesas, tomé una de ellas y me incliné para que la pasta no me cayera dentro del escote y ¡cómo no!, tan pronto me metí toda la lionesa en la boca, oí la voz de Francin, que decía que una señora decente no come lionesas como yo, y el señor Navrátil sonreía a su manera porque no tenía dientes y yo estaba plantada cerca del escaparate para que las señoras vieran desde la penumbra de la tienda mi figura perfilada, y el señor Navrátil me alargó el paquete atado con un cordelito azul, pagué y él me abrió la puerta y a continuación me ayudó a montar en la bicicleta aguantándome el pelo, corrió un momento a mi lado, después el cabello ya ondeaba en el aire, yo pedaleé con todas mis fuerzas, con una mano guiaba y en la otra sostenía el paquetito dulce colgado en un dedo y el pelo flameaba detrás de mí como aquellas fantásticas bolas de hojalata del regulador de una locomotora en el momento que pasa a una velocidad superior. Yo fingía tener los ojos fijos en medio de la carretera, pero en las aceras de ambos lados veía una multitud de ojos humanos; los había admirativos y otros llenos de odio ante el espectáculo de mis rodillas desnudas, que se levantaban ahora una ahora otra, como las articulaciones de un árbol de leva de camas.

Y, una vez en la cervecería, me dirigí a la pocilga. *Mucek*, mi buen perrito, movía su larga cola y cuando me incliné hacia él me lamió la palma con los ojos medio cerrados y yo saqué del cobertizo un hacha

pequeña; desenvolví el paquete y ofrecí una lionesa a *Mucek* y él primero no se lo creía y al ver que yo estaba riendo se atrevió a devorarla y yo reflexionaba qué trozo de cola le debería cortar y la coloqué sobre el tajo pero *Mucek* se giró, de modo que le acaricié y le ofrecí una segunda lionesa y *Mucek*, con los morritos pegajosos de nata, me lamió la mano en la que tenía el hacha y atacó la segunda lionesa, y yo le alisé la cola sobre el tajadero y de un golpe seco le corté un buen trozo; *Mucek* se atragantó, ya había tragado la mitad de la lionesa, pero parecía que el dolor de la cola era muy fuerte, porque empezó a aullar y a girarse como una peonza y con la boca llena de espuma dulce se cogía el muñón de la colita ensangrentado, y es que *Mucek* pensaba que no era yo quien se lo había hecho, que había sido otro, me lamía la mano y luego se lamía lo que le quedaba de la colita y yo le acariciaba y le consolaba: «*Mucek*, bichito, será un momento que enseguida pasará, va, rey, serás tan guapo que nadie se te podrá resistir; es la moda, qué le vamos a hacer, ¡mira!». Y me enderecé para enseñarle que yo también llevaba la falda cortada, pero *Mucek* se puso a gemir terriblemente y yo vi que le había cortado un trozo demasiado corto y que todavía le tendría que cortar más pero parecía que *Mucek* no quería saber nada de ello porque, cuando le puse la cola sobre el tajadero y le prometí todas las lionesas del mundo, *Mucek* huyó, tomó en sus morritos el trozo de cola cortado, lo llevó corriendo a las oficinas y, aprovechando el momento en que salían los cocheros, entró en el despacho de la contabilidad.

Y en un santiamén Francin salió corriendo del despacho, en una mano la pluma de dibujar del número tres, en la otra el trozo de cola. *Mucek* se mantenía en el último peldaño ladrando en dirección al cobertizo y las pocilgas, de donde yo salía con la bicicleta y, nada más llegué delante de las oficinas, el doctor Gruntorád entraba en el patio de la cervecería. Su semental ya tenía la cola cortada y la crin también y el doctor saltó del pescante, tiró las bridas al cochero y observando mi falda afirmó:

—A partir de ahora todo se va a acortar. Sí, señor gerente, acortaremos las jornadas laborales, a partir del mes que viene, los sábados acabaremos al mediodía. Acortaremos las distancias entre nosotros y los taberneros repartiendo la cerveza nosotros mismos. Vamos a vender su moto y compraremos una furgoneta que acortará el tiempo y ensanchará el espacio para el aumento de ventas de cerveza. ¡Iván! —gritó el doctor Gruntorád, dirigiéndose al cochero—, tráeme el botiquín para curar al perro; le pondremos un esparadrapo para que deje de sangrar.

Por la tarde Francin fue a Praga en la moto. Yo aproveché para ir a ver al tío Pepin al apartamento de servicio, después de la jornada laboral. Bajo una bombilla encendida el tío levantaba la mano,

amenazando a un trabajador de los almacenes de malta, un gigante que estaba arrodillado delante del tío e incluso así era tan alto como él, que estaba de pie; no obstante el tío ponía cara de pocos amigos y gritaba:

—¡No sé cómo me domino! Si te doy un bofetón a la manera de los mineros de Ostrava, ¡ya te arrepentirás!

Y el obrero imponente juntó las manos rogando:

—Señor Josef, por el amor de Dios, ¡no quiera hacer una viuda de mi mujer ni huérfanos de mis hijos!

Y los obreros de los almacenes de malta reían bajito. Algunos no lo podían aguantar, salieron al pasillo y allí, de cara a la pared, golpeaban con el puño y se morían de risa. Y cuando habían reído lo suficiente, volvieron al cuarto.

Y el tío Pepin estaba de pie bajo la bombilla, con las piernas separadas y gritando:

—Vamos a golpes, ¡va!

Y se precipitó sobre el obrero gigantesco que le dejaba hacer lo que le daba la gana, y el tío Pepin le pegó un directo, después intentó girarlo de espaldas, pero el gigante se enderezó, tiró al tío al suelo y se tumbó sobre él y todo el mundo a su alrededor se puso a silbar y aplaudir, pero el tío Pepin cogió al obrero por el cuello, éste se dejó girar poco a poco y cuando estaba a punto de acabar tumbado de espaldas se puso de rodillas, el tío le dio un doble swing pero el obrero se levantó y se puso a caminar por el cuarto con el tío al cuello, como si fuera un niño pequeño, pero el tío Pepin gritaba de entusiasmo:

—¡Ganaré la gloria como Frištenský!

Entonces el obrero se arrodilló y, con el tío al cuello, dio una voltereta. Hasta entonces no me había fijado que aquellos dos luchadores llevaban unos calzoncillos atados al tobillo con un cordel. Y dando una voltereta el obrero aplastó al tío Pepin y la cabeza del tío desapareció bajo el cuerpo macizo del obrero; pero a pesar de ello el tío no cesó de gritar:

—¡Ríndete, no tienes más remedio, te tengo bien cogido!

Y el obrero gigante se debilitó y el tío Pepin le cogió por el hombro y en ese momento el obrero se echó a reír a grandes carcajadas hasta que le cayeron las lágrimas, el tío intentó girarle de espaldas y el jefe de los almacenes de malta se arrodilló declarando:

—Señor Josef, ¡otra victoria para usted!

Y los luchadores se levantaron, el tío hacía reverencias y repartía sonrisas, se inclinaba delante de las masas que sólo él veía a su alrededor.

—Y mañana, una lucha en revancha —dijo el jefe de los almacenes de malta escondiendo la cara en una jarra.

—Tío Pepin —dije—, ¿me acompañará a casa un momento? Y coja una sierra.

Y el tío Pepin, resoplando, asintió con la cabeza y apartó la manta del catre; toda su ropa interior y sus trajes se amontonaban a los pies de la cama; entonces, apartando el cabezal, totalmente sucio, aparecieron toda especie de cajitas y ovillos y muchas otras bagatelas por el estilo, entre ellas una llave con la que el tío abrió el armario y sacó de él una bolsa de papel que decía: «Alois Sisler, sombrerero y peletero», y sacó de ella un precioso gorro de marinero, blanco, adornado con galones dorados y con un emblema bordado en oro: *Viribus Unitis*.

—Me la confeccionó el abuelo Sisler; no la hubiera hecho para nadie, ¡sólo para mí!

Y se puso aquel gorro blanco de marinero tan bonito y así se mantuvo de pie delante de la cama deshecha, poblada de ropa y de toda especie de tonterías; lo único que llevaba puesto era el gorro y los calzoncillos largos.

—Tío Pepin —dije—, ¡qué cama tan bonita tiene! Le voy a coser unas sábanas, ¿quiere?

—Como quieras —contestó el tío y se vistió deprisa.

Y los obreros de los almacenes de malta estaban sentados y miraban al suelo y no encontraban nada que decirme, incluso parecía que les sabía mal que yo hubiera venido en medio de aquella juerga con el tío Pepin, que aquella juerga era de ellos y yo no tenía nada que hacer en ella, parecía que pensaran que entre ellos y yo había una gran diferencia, como la que había entre aquella barraca para obreros donde dormían ocho hombres en el mismo cuarto y el piso de tres habitaciones con cocina donde vivía yo con Francin, el gerente que posiblemente llegaría a ser director de la cervecería, mientras que ellos nunca dejarían de ser obreros, hasta la jubilación, hasta la muerte. El tío Pepin cerró el armario y estaba radiante por llevar el gorro que sólo podían llevar los capitanes de la marina o los oficiales de más alta graduación.

—Buenas noches, señores —dije saliendo de la barraca.

Mientras caminábamos a través del viento que siempre sopla al lado de los almacenes de malta, las bombillas en las esquinas de la cervecería y de la pocilga se iban debilitando como si aquel viento les hubiera chupado la electricidad. El gorro del tío brillaba como la pantalla opaca de un quinqué, el tío tenía que aguantarlo con ambas manos para que aquel vendaval no se lo llevara. Estaba segura de que el tío Pepin no renunciaría a su gorro por nada del mundo, que más bien estaría dispuesto a volar en zigzag por el aire, hacia las chimeneas de la cervecería y las veletas inmersas en la oscuridad. Y cuando hube encendido los quinqués y el tío volvió de la casa del

maestro tonelero con una sierra, giré una silla patas arriba y el tío y yo nos pusimos a acortar las patas de todas las sillas, no mucho pero sí unos diez centímetros que yo cada vez medía con un metro de sastre. Al girar la mesa sobre un lado el tío Pepin dijo:

—¿Sabes qué, cuñada? Al garete con tu metro; molesta. Acortaremos una pata y pondremos el trozo cortado sobre otra pata, y así podremos ir cortando sin tener que medir.

Me eché a reír.

—Tío Pepin, tan sagaz que es usted, ¿cómo es que no ha entrado en el cuerpo de la policía?

Y el tío Pepin rebuznó:

—¡Déjame en paz con la policía! El tío Adolf no hacía ni un mes que estaba en la policía cuando le destinaron a capturar a un perdonavidas. Un día rodearon su casa y cuando entraron en la cocina sólo estaba allí su mujer, y el jefe de detectives dijo: «Y el viejo, ¿dónde se ha metido?». Y ella dijo que se había ido a cortar tocones, y el jefe de detectives dio un puntapié en la puerta del comedor y por la ventana abierta vio que el rufián corría por la ladera; así que ordenó, me refiero al jefe de policía: «¡Adelante!». Y Adolf fue el primero en saltar por la ventana y cayó dentro del estercolero; se metió allí hasta el cuello, pero salió y con el revólver corrió al bosque y allí sitiaron al rufián, pero él también tenía un revólver, se vieron obligados a convencerle de que lo tirara pero el rufián contestaba que en cuanto dieran un paso él dispararía. Durante una hora larga el jefe de policía intentó convencer al rufián de que podría beneficiarse de circunstancias atenuantes, él le daba la garantía personal de que apenas le caería medio año. Así que el rufián tiró el revólver, el jefe de los detectives le puso ceremoniosamente las manillas y se lo llevaron a la furgoneta de la policía, Adolf también quiso subir pero le dijeron que tan lleno de estiércol no le dejarían acompañarlos, de modo que fue a pie hasta las afueras de Ostrava y le echaron del tranvía, así que tuvo que ir otra vez a pie a su casa y una vez allí, la dueña se negó a limpiarle el traje y Adolf no tuvo más remedio que llevarlo a la tintorería, le dieron un resguardo y al cabo de dos semanas, cuando fue a recoger el traje, había muchísima gente, y también varias señoritas conocidas, y cuando le tocó el turno a Adolf, la señora de la tintorería le tomó el resguardo y cuando volvió estaba roja como un tomate y le tiró aquel paquete sin lavar gritando: «¡Haga el favor de lavárselo usted mismo, si se ha cagado encima!». Y, con aquel oprobio, Adolf tuvo que volver a casa…

Y el tío explicaba sus historias y yo sonreía y ambos acortábamos las patas de la mesa según la receta del tío, diez centímetros cortamos y el tío Pepin prosiguió:

—Y es que Adolf tenía mala suerte. Un día fue a la taberna; unos

dentistas borrachos le invitaron a tomar una cerveza con ellos, y Adolf, de muy buen humor, creyendo que otra vez estaba bien visto entre la gente, se quedó a tomar cerveza y de golpe y porrazo uno de ellos, que llevaba una turca como una catedral, sacó los dientes a otro dentista, y Adolf, quien también había empinado el codo, no protestó cuando aquel a quien había sacado los dientes se puso a sacárselos a él, todas las muelas le sacó, pero al fin y al cabo Adolf tuvo suerte, aquel día, de no haber encontrado una compañía de veterinarios castradores…

—¡Cuánto le habrá dolido! —dije midiendo el trozo acortado con la última pata, y enseguida nos pusimos a cortarla, contentos, y el tío Pepin no paraba de explicar los líos del tío Adolf:

—Pero después destinaron a Adolf a la quinta puñeta, a Turčiansky Svätý Martin o por allí, y como el tío Adolf era maquinista diplomado, le asignaron una apisonadora y un imbécil de sargento leyó en el boletín del ejército que en Cheb tenía que alquitranarse la carretera delante del cuartel, de modo que dio al tío Adolf una orden y dinero para los gastos y el tío Adolf, con un mapa en la mano, salió en la apisonadora con la intención de llegar a la otra punta del país, a Cheb, eso fue en la primavera y Adolf pasó todo el verano atravesando Eslovaquia, en otoño llegó a la frontera con Moravia y entonces sí avanzaba muy lentamente porque cada domingo se desviaba para ir a su casa, de manera que se pasó el otoño atravesando Moravia, entonces fue a escondidas a informarse a Turčiansky Svätý Martin y le dijeron que su sargento se había colgado porque en la plaza habían encontrado un cañón y nadie sabía cómo había ido a parar allí, de modo que lo depositaron en los almacenes, pero a pesar de ello era un cañón que sobraba, bueno pues, el tío Adolf iba atravesando toda Checoslovaquia en su apisonadora, en la primavera llegó a Pilsen y, puesto que se le había acabado el carbón, tuvo que utilizar leña que pedía o arrancaba directamente de las vallas, sobre todo si se encontraba lejos de cualquier bosque; de hecho, el tío Adolf avanzaba tan lentamente porque conducía la apisonadora sólo un día por semana, se pasaba tres en el tren que le llevaba a su casa en Ostrava, se estaba el domingo allí y otros tres días de vuelta en el tren, de modo que no llegó a Cheb hasta el verano siguiente y, una vez en su guarnición, los detuvieron a ambos, al tío Adolf y la apisonadora, y cuando el asunto se explicó, entonces destinaron a Adolf de guardia militar en el castillo de Kušumberk y, como no podía ir a ningún sitio, estaba harto de rascarse la panza en la puerta del castillo y se enamoró de la hija del guía del castillo, y más tarde se casó con ella, y siempre estaba plantado allí con un fusil, pero al cabo de tres años se dijo que ya nadie se acordaría de él, se quitó el uniforme, dejó el fusil en un rincón y todavía está allí de guía…

El tío Pepin se enderezó y la última punta de pata cayó al suelo.

Fui a buscar el quinqué y lo dejé sobre el aparador para observar qué aspecto tenía la mesa acortada. Y cuando el tío y yo volvimos a poner la mesa en pie, me quedé de piedra con unos ojos como platos. Salí un momento a la cocina; desde el umbral miré, a través de las copas de los fruteros, la chimenea de la cervecería, y al cabo de un instante volví.

El tío Pepin hacía ganchillo con los dedos.

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! No podemos hacer nada. Tío Pepin —le pedí—, traiga de la biblioteca los volúmenes de la obra completa de Beneš Třebízsky.

Y volví a poner recta la mesa de la cual el tío Pepin y yo habíamos cortado cuatro veces diez centímetros, pero en la penumbra habíamos ido poniendo el trozo de diez centímetros siempre a la misma pata, de modo que habíamos acortado cuarenta centímetros de la misma pata… y el tío Pepin trajo la obra completa que yo amontoné bajo la pata corta, pero no fue suficiente, así que tuve que añadir el *Parnasse* de Šmilovský.

Y a lo lejos se oyó un chisporroteo y un retumbar; era Francin que salía del bosque de Zvěřínek en la moto Orion, y aquel ruido infernal aumentaba cada vez más. Parecía como si Francin empujara delante de él un montón de chatarra. Salí delante de las oficinas y abrí el portal y Francin entró al patio, en el sidecar se balanceaba el pequeño torno de pedal que Francin se llevaba siempre que tenía que recorrer una distancia más bien larga, la moto dio un salto para detenerse delante de nuestra puerta y Francin se subió las gafas y se quitó el casco de cuero y me indicó con la mano que entrara enseguida y yo ya sabía que me traía un regalo. Entré en la cocina mientras Francin arrastraba algo pesado hacia la puerta trasera, a través del pasillo hacia el comedor, durante un momento estuvo arreglando algo y luego entró en la cocina, frotándose las manos y riendo, acarició los hombros del tío Pepin y yo me lancé sobre Francin; según nuestra costumbre hurgué su bolsillo de la chaqueta y del pantalón y Francin no paraba de reír y era todo miel, tanto que empezó a saberme mal intentar ver qué se ocultaba detrás de todo aquello.

Y dije:

—Hoy no será ni anillo ni pendientes ni reloj ni broche sino algo más grande, ¿verdad?

Y Francin se quitó la ropa y se lavó las manos y asintió con la cabeza, y mientras se secaba las manos yo hice una señal en dirección a la puerta del comedor preguntando:

—¿Es allí?

Francin asintió y a propósito se vistió muy lentamente… y después

dijo que debía limpiarse los zapatos, de modo que le amenacé con que irrumpiría en el comedor, Francin levantó un dedo y me pidió que cerrara los ojos, me llevó al comedor y me dejó allí plantada un momento, y a continuación oí música; el tenor cantaba a las mil maravillas… Mi corazón está lleno de llanto, Hawái blanca, te añoro tanto… abrí los ojos, me volví y Francin estaba de pie con un quinqué encendido iluminando un gramófono, después dejó la lámpara sobre la mesa y me pidió un baile, me enlazó la cintura, con la otra mano me apretó la palma, aguardó y ya entró en la música con un paso largo… quien un día te deja atrás, no podrá vivir sin ti jamás… y me maravillaba que Francin, que no solía bailar muy bien, se hubiera fundido en los pasos del tango tan perfectamente que me apreté contra él, él metió con atrevimiento su pierna entre las mías, estuvimos tan imbricados el uno en el otro que retrocedí un poco para contemplar a Francin y luego descansar la cabeza sobre su hombro, pero al dar una media vuelta Francin perdió el ritmo, esperó un momento y, cuando tocaba retroceder, él retrocedió bien pero sin volver a encontrar el ritmo, y eso le desconcertó; pero al cabo de un instante, después de haber bailado un ratito vacilando, localizó aquellos tres primeros pasos, volvió a entrar en el ritmo y otra vez planeaba de maravilla por la alfombra y prefería no girarse mucho ni dar pasos de lado, como si tuviera los zapatos pegados al asfalto, de un extremo del comedor al otro para girarse torpemente y volver a caminar siguiendo el ritmo; pero no pudo resistir volver a intentar una media vuelta, se apartó de mí para mirar sus pasos y yo veía que eran correctos pero que a Francin le faltaba lo más importante: el ritmo. Incluso intentó lo de doblarnos atrás, y se me pasó por la cabeza que en Praga habría ido a un cursillo de baile en una escuela privada de danza, porque incluso el doblamiento lo dominaba a la perfección, me hizo doblar tanto que con el pelo toqué la alfombra, y cuando me volvió a apretar contra él también lo hizo correctamente, el único problema fue que no conseguía enhebrar el hilo de la danza por el ojo de la aguja del ritmo… y el magnífico tenor dejó de cantar y la música murió dulcemente y Francin dejó de sonreír y estuvo a punto de desplomarse sobre la silla porque el hecho de saberse poco dotado a la hora de bailar le dejó sin aliento, y es que el año pasado, en el baile de disfraces, bailé con el joven Klečka, el cervecero que tocaba el violonchelo divinamente y que había pasado cuatro años en un colegio, un bailarín admirable con quien yo me entendía tan maravillosamente que las demás parejas dejaron de bailar, nos rodearon y nosotros dos bailamos como dos profesionales, como dos ejes acoplados, totalmente fundidos uno en otro, mientras Francin se quedó sentado solo detrás de la columna, con la cabeza gacha.

—Con la señorita Vlasta —dijo tío Pepin— en la sala de fiestas

Havrda, bailamos también así, pero un poco distinto, más deprisa, Vlasta me sirve una copa de Martel y me dice: «Hala, señor Josef, ¿qué pondremos?». Y yo digo: «¡Una polca, una de aquellas con la que la gente se golpea las piernas!». «¿Cuál?», dice Vlasta. Y yo: «Una del compositor Bunda», un gobelín, según la llaman; ¿me concedes este baile, cuñada? ¡Francin, pon algo más animado, va! ¡Y mira cómo se tiene que bailar!

El tío Pepin me cogió las manos y la música empezó a tocar bastante deprisa porque Francin había cambiado la velocidad, la música parecía como para acompañar las figuras que corren en una película acelerada. Y el tío Pepin se inclinó delante de mí, yo también me incliné delante de él; de golpe, siempre al ritmo de la música, el tío se giró, ambos nos giramos, siempre cogidos de las manos, y nos dimos la espalda, y el tío levantó el pie y se puso a dibujar círculos con el zapato y con la pierna; entonces lanzó los brazos arriba y picó de manos, hizo un molinillo tan rápido que parecía como si devanara una madeja de lana, luego se puso las manos en las caderas y empezó a zapatear y yo, para que no me diera en las espinillas, tenía que hacer lo mismo pero en la dirección opuesta; enseguida se volvió, me enlazó la cintura y me lanzó hacia el techo con tanta fuerza que toqué la pintura con el pelo y al ritmo de la música el tío me daba vueltas de aquí para allá, con la nariz metida en mi vientre. De golpe y porrazo me soltó y me giró de tal manera que nos tocamos de espaldas, el tío se me puso en la espalda como si fuera una banasta y yo hice ganchos con los brazos y me cogí a los brazos del tío, y así nos balanceamos como si hiciéramos ejercicios para los riñones enfermos, después el tío me soltó, corrió a mi alrededor con pasos rítmicos y se puso a simular ataques contra mí como el paje de una sota con una lanza. Yo le imitaba y la danza era exacta e imprevisible pero siempre rítmica, como si el movimiento llenara la música con más exactitud que cualquier otra danza, enseguida el tío saltó y separó las piernas y se dejó caer sobre la alfombra, una pierna aquí la otra allí, a mí me daba miedo de hacerme daño en la entrepierna, de modo que sólo me inclinaba a la izquierda y a la derecha mientras el tío ahora olía la punta del zapato izquierdo ahora la del derecho, después, de súbito, saltó como si el techo le hubiera aspirado, estiró las piernas y me hizo pasar por encima de su hombro para volver a ponerme los pies en el suelo, todo tan rápidamente que dibujé con el talón una raya en el techo. Francin era todo ojos, sonreía, después entró en la cocina y volvió con una taza de café con leche templado en una mano y una rebanada de pan seco en la otra, iba masticando y nos miraba, pero el tango acelerado se acababa, el tenor había dejado de cantar… quien una noche te deja atrás, sin ti no podrá vivir nunca más, Hawái mi amor, causa de mi dolor… Y acompañándome a mi asiento, el tío

Pepin me besó la mano y con su mano sobre mi brazo se inclinó en todas las direcciones, hizo reverencias a una enorme sala, mandando besos a todos los rincones del comedor… Y yo, cuando pasé al lado de la mesa, pisé mal, la mesa con las patas cortadas no aguantó mi peso y acabé torciéndome el tobillo.

—Hermano —dijo Francin—, eres un talento desaprovechado.

Y yo caí con un grito y no me pude levantar.

Por la noche *Mucek* se volvió loco. Al anochecer el guardián se vio obligado a atarle con una cadena en el cobertizo, y es que *Mucek* no podía comprender la relación entre la lionesa y el dolor en la colita, no quería convertirse en un perrito mono a la última moda y se puso a aullar terriblemente, empezó a echar espuma por los morros, la espuma de la locura mezclada con la nata de la lionesa; pasada medianoche, Francin cargó la browning, salió al patio y al cabo de un rato oí los disparos, uno tras otro; cojeando me acerqué a la ventana y a la luz de la linterna vi a *Mucekque* estiraba la cadena, levantado sobre las patas de atrás e implorando con las patas levantadas, mostrando que ya estaba de acuerdo con la colita cortada, que ya se había resignado a todo mientras su amo no disparara, y Francin acabó toda la carga y *Mucek* aún no había caído; al contrario, parecía más conmovedor que nunca, siempre de pie sobre las patas de atrás y rascando el vacío con las de delante levantadas y yo me daba cuenta de que había cometido un pecado mortal contra *Mucek*; cojeando me dirigí al sofá y allí me deshice en lágrimas, tapándome los oídos para no oír los tiros que me acusaban… Y dejaron de disparar, *Mucek* debía de estar muerto, pero seguramente hasta el último momento agitaba la colita inexistente porque había pensado que era otra persona la que disparaba y es que, siendo un animal, sin duda no se imaginaba que aquel dolor se lo podíamos haber causado yo o su amo, tan amable, tan buena persona, Francin que, cuando volvió con la browning, se desplomó vestido sobre la cama y creo que él también lloraba.

10

Ahora Francin me tenía tal como me quería tener, una mujer decente que se quedaba en casa, una mujer de la que siempre sabía dónde se encontraría al día siguiente, en casa, allí donde a Francin le gustaría tenerla siempre, no demasiado enferma pero como si lo estuviera, una mujer que iba cojeando a la cocina, a sentarse en una silla y sobre todo una mujer carga, y es que para Francin la cima de la convivencia matrimonial estaba en el hecho de que yo le agradeciera el desayuno que él me preparaba por la mañana, la comida que me iba a buscar al mediodía a un restaurante, con la moto; lo más importante de todo para él era demostrarme cuánto me quería, qué placer le proporcionaba cuidarme, y eso quería decir que al igual que él me cuidaba a mí yo le tendría que cuidar a él; éste era el sueño de Francin, pues, que cada año yo me pusiera enferma con anginas o gripe, que de vez en cuando cogiera incluso una neumonía. Entonces no cabía en su piel de contento, nadie podía haber cuidado a otro tan bien como Francin me cuidaba a mí; aquélla era su religión, su cielo, poder envolverme en sábanas mojadas en agua fría y cumplir lo que leía en mis ojos; parecía como si quisiera embalsamarme viva y luego tomarme en los brazos y meterme en la cama con delicadeza como las niñas cuando ponen a dormir su muñeca. Y una vez cada hora salía del despacho para tomarme la temperatura, cada dos horas me cambiaba las compresas, me imagino que mentalmente rezaba —no es que lo deseara pero si el Destino lo decidiera así— para que no me levantara nunca más, para que fuera por siempre su niña recién nacida que le necesitaba tanto como él me necesitaba a mí. Y desde que era convaleciente y a medida que empezaba a caminar y a reír de todo corazón y la mujer no del todo decente empezaba en mí a llevar la batuta, Francin se recogía para soñar con mi parálisis, soñaba que él me conducía en silla de ruedas, por la noche leía en voz alta la *Política Nacional* o una novela, y así compensaba su complejo frente a mi salvaje salud enamorada del azar y de lo imprevisto y de encuentros insólitos, mientras que él, Francin, adoraba el orden y la regla, la repetición le señalaba el buen camino, todo lo que se podía prever y organizar, todo eso era la vida de Francin, el mundo en el que creía y sin el que no podía vivir.

Y ahora me tenía en la cama, con el tobillo enyesado, inmovilizada durante mucho tiempo, y si un día me levantaba sería únicamente para caminar con muletas y más tarde con un bastón, precisamente en un momento en que Josefine Baker bailaba el charlestón.

Pero tal vez el tobillo se me torció en un momento oportuno porque mientras yo corría, Francin era incapaz de inventar un solo eslogan; la cantidad de cuartillas que llenó con la pluma de dibujar del número tres y toda aquella publicidad destinada a aumentar la venta de la cerveza fue a parar a la estufa. En cambio, ahora que mi pie blanco descansaba sobre el cojín, Francin caminaba por la cocina y el comedor bebiendo café con leche templado acompañándolo con pan seco, de golpe se paraba como fulminado por una visión que le perseguía, dejaba de lado la taza y la rebanada, se sentaba y con la pluma del número tres caligrafiaba inscripciones destinadas a las tabernas y luego colgaba la cuartilla con una chincheta en la pared para que yo la viera, para que entendiera que, si estuviera bien y me comportara como si estuviera enferma, él pronto sería nombrado director de la cervecería, sociedad anónima; tanto le animaba que me encontrara como paralizada. En una semana Francin se tragó como mínimo medio hectolitro de café templado y por toda la pared colgó eslóganes escritos con pluma de dibujar y artísticamente presentados: «Más cerveza, menos apuros. Beba nuestra cerveza, mejore su salud. Si está triste, eche un trago de nuestra cerveza y volverá a animarse como una jovencita. Sin cerveza, un vivo muerto está. Más cerveza, más salud. La cerveza es salud, frescura y fuerza. Quien busca alegría que beba nuestra cerveza. Quien bebe cerveza como un pez volverá al mundo por segunda vez. Nuestra cerveza, bebida de todos. Beba una cerveza o dos: su cuerpo se lo agradecerá. Quien no pone los pies en una taberna, quien no come ni bebe, traiciona su propia salud. Una caña de cerveza a cualquier hora le animará, en casa o fuera». Y estaba tan contento de su inspiración que se servía otra taza de café con leche y ponía en marcha el gramófono… Atravesaría océanos sin temor, para volver a Hawái, mi amor… Y Francin intentaba bailar el tango arrastrando los pasos, era feliz y como si se alegrase de algo que debía producirse en un futuro próximo, por la noche se encerraba en el comedor y ponía Hawái isla blanca, de vez en cuando salía con un manual de bailes de moda y reía y, cuando había reído lo suficiente, volvía al comedor, el agujero de la llave brillaba en la penumbra como mi pie enyesado y yo estaba segura de que Francin se había dibujado los pasos del tango en el suelo, y no sólo los pasos hacia delante sino también los que tenía que dar atrás, las medias vueltas, series enteras de huellas dibujadas en el suelo, que él pisaba pacientemente siguiendo el ritmo de Hawái. Estaba tan contento de que los pasos le salieran bien que incluso durante el día, cuando yo miraba al patio y

Francin se daba prisa para hacer un recado en la cervecería, yo veía que de golpe se detenía y empezaba a caminar con los pasos del tango, giraba de súbito y caminaba hacia atrás, con los brazos ligeramente levantados bailaba aquella danza de moda, yo veía que se observaba los pies, que estaba perdido, que, si fuera posible, hubiera dibujado sus pasos incluso en la carretera. Pero no se desanimaba, al contrario, por la noche con más aplicación aún intentaba encontrar, en medio de los dibujos sobre la alfombra, una rendija a través de la cual penetrar en el ritmo del gramófono que por centésima vez tocaba Hawái.

Cada noche Francin desmontaba la batería de la moto Orion, la entraba y la conectaba a la corriente de alta tensión, dentro del maletín tapizado de terciopelo rojo brillaban una multitud de aparatos de cristal y Francin me enviaba al tobillo chispas que atravesaban el yeso con rayos fulgurantes, después me quitaba una pieza de vestir tras otra y sin que me diera cuenta de ello estaba casi desnuda, las corrientes fulgurantes me iban de maravilla, la pequeña correa de masaje con sus chispas me llenaba ambas piernas de vigor y me fortalecía los nervios de la espalda mientras Francin me decía muy bajito: «El mejor medio para realzar tu belleza, Maryška, son las corrientes fulgurantes, así te conservarás…». Yo esperaba con ilusión los masajes violeta de cada noche, que olían a tormenta y a cortocircuito, a través del jardín de los frutales se oía una bella voz de hombre, gracias a su propia voz, el señor Jirout en un traje de satén se acababa de disparar del cañón, a través del muro yo veía cómo volaba encima de la cervecería con los brazos extendidos y una sonrisa partida… tu amor pronto se acabó… tu amor dejó un vacío… amiga mía, cariño mío… y el señor Jirout se inclinaba, abría los brazos y tiraba a los espectadores rosas y besos, Francin me ponía en la mano un electrodo metálico y pulsando un botón negro ponía en marcha el aparato, como un hipnotizador pasaba la mano por mi cuerpo, chispas crepitantes surgían de su palma, sirimiri, llovían granos lila, millones de minúsculas flores celestes y lilas de nomeolvides y de violetas entraban dentro de mí desde la palma de Francin, el perfume de ozono y de rayo que acababa de fulminar una casa planeaba encima de mí y el tobillo hundido en yeso brillaba con un reflejo azulado… el amor pronto se acabó… en el pozo de Nymburk se ahogó… y el señor Jirout caía en el trampolín de cañamazo y saltaba y hacía reverencias en su trajecito de satén celeste… y yo oía que mi cuerpo también emitía un penetrante perfume de electricidad, respiraba cada vez más hondo, una aureola me rodeaba toda la figura; me veía en el espejo, tumbada, envuelta en el zumbido y el chapoteo de las chispas como único vestido, el cuello blanco de látex y los puños blancos de Francin brillaban como mi pie enyesado, él respiraba profundamente, del mismo modo que yo, que estaba tumbada de espaldas tapándome los

ojos con el codo doblado. Esta ceremonia de altas frecuencias me dejaba relajada, nunca hablamos de ello, Francin y yo nos preparábamos en silencio como si ambos persiguiéramos algo prohibido y, cuando Francin giraba el botón negro en la otra dirección, cada cual miraba a otro lado, tan bonito era. Si de golpe alguien hubiera entrado en la habitación con una lámpara, Francin seguramente se hubiera desmayado y por eso prefería cerrar con llave, bajar las persianas y correr las cortinas y, como si todo eso no fuera suficiente, todavía salía fuera para asegurarse que nadie podía mirar adentro y ver cómo Francin, con los dedos temblorosos, me desabrochaba la blusa, me quitaba la falda, con mucho cuidado, pasándola por el tobillo enyesado, cómo estaba arrodillado delante de mí y gracias a aquel masaje de belleza alcanzaba el cosmos.

11

Hoy vino el doctor Gruntorád y me pidió que le preparase un té fuerte, que durante la noche pasada con las mujeres que daban a luz se había resfriado. Sacó de su maletín unas tijeras y al tiempo que me cortaba el yeso estornudó varias veces y luego se durmió mientras trabajaba, con las tijeras en la mano, y dormía tan profundamente que no pude resistir la tentación y le saqué el reloj de oro del bolsillo, miré la hora y sin hacer nada de ruido devolví el reloj, con una precaución infinita y excitada por la precisión de mis movimientos; esta tentativa de robo, eso era yo, clavada, el reloj en la pared señalaba la hora, pero yo necesitaba ponerme a prueba a mí misma, ver si todavía no me había vuelto tonta, si era capaz de llevar a cabo lo que se me pasaba por la cabeza en aquel momento preciso; qué ilusión, mi caso aún no era del todo desesperado; si iba a la mercería del señor Pollak a comprar botones era sólo porque por la tarde no solía haber nadie en la tienda, y cuando el señor Pollak se agachaba para buscar la caja bajo el mostrador yo cogía un reloj de juguete que no iba y, cuando el señor Pollak se enderezaba, le miraba con toda la inocencia del mundo y le leía en los ojos que no sabía nada de mi robo y, cuando le pedía más botones y él volvía a agacharse, rápidamente colgaba el reloj en su sitio y después, cuando el señor Pollak se levantaba, yo sonreía ampliamente, me sentía como si hubiera crecido ante mí misma; aquel robo seguido de un arrepentimiento me llenaba de energía creativa, me aliviaba y, cuando salía de la tienda, tenía la sensación de que me habían crecido dos alas enormes que frotaban el marco de la puerta y detrás de mí caían plumas que el señor Pollak, en cuclillas, retiraba con un recogedor… y el doctor Gruntorád estornudó y se despertó y me acabó de cortar el yeso, que se rompió como una caja blanca. Después el doctor me palpó el tobillo y anunció:

—Ya puede volver a hacer sus travesuras…

Y enseguida estornudó y yo, con muletas, fui a buscar una taza de té y cuando quise poner el peso sobre la pierna me desplomé y dije:

—¡Parece que eso no es mi pie!

Y el doctor Gruntorád:

—Sí, lo es, dentro de una semana lo verá… ¡achís! —estornudó

muy a gusto.

—Doctor —dije—, además no tengo la respiración muy fina.

—Quítese la blusa, por favor —dijo el doctor sorbiendo su té.

Me puso la oreja sobre la espalda; como siempre, tenía la oreja fría, era como si me hubiera colocado en la espalda un pequeño cenicero, cuanto más calor hacía más fría era la oreja del doctor, me golpeó la espalda pidiéndome que respirara profundamente, con el índice seguía dándome golpecitos, ligeramente me frotaba la espalda con la oreja, me hacía pensar en los niños que escuchan el susurro de un palo telegráfico, eché mi pelo atrás y el doctor volvió a quedarse dormido: parecía como si durmiera en un banco bajo un sauce. Una vez pasé de largo la casa del doctor Gruntorád, sólo para ver si el sauce estaba allí, si proyectaba la sombra sobre toda la casa, hacía mucho tiempo que un joven coronel de Brandejs, que montaba a caballo, iba a ver a la mujer del doctor; el señor Gruntorád, entonces seguramente joven y de buena planta, una noche volvió a casa de improviso, en la planta baja arrancó el fusil del soporte y de un puntapié abrió la puerta del dormitorio de su mujer, y todavía pudo vislumbrar al coronel que corría como un rayo hacia la ventana abierta. El doctor estuvo a tiempo de apuntar, y mientras el coronel, ¡zas!, saltaba por la ventana y se hundía en la negra noche y caía en medio de las lilas recién florecidas y de los jazmines en flor, el doctor Gruntorád le pobló de perdigones las suelas de las botas mientras la segunda carga fue dirigida a la noche azul salpicada de estrellas, que llenaba el marco de la puerta… esa imagen me despertaba a menudo y me quitaba el sueño, no podía imaginarme aquella magnífica aventura y conectarla con el doctor Gruntorád, siempre la enlazaba mentalmente con otra persona. En cambio, del coronel sí tenía una imagen bastante concreta y llena de colores, aquel coronel que con la bota agujereada, volando, saltó del caballo, sacó al vuelo de la bota una varita y la hundió en la tierra, de aquella varita creció un sauce enorme, tan grande que durante las noches de tormenta y de viento llama a las ventanas de toda la casa como un recuerdo viviente. Y el doctor seguía golpeándome la espalda con el índice, tal vez ni se daba cuenta de que dormía, golpeaba como los mineros aprisionados bajo un desprendimiento, de súbito giró la cabeza y sorbió un poco más de té y, mientras yo me vestía, él, quieto, escribía la receta, y otra vez su pluma se detuvo, durante unos segundos el doctor se quedó dormido para despertarse refrescado y acabar de escribir la receta para mi pecho. Le pregunté:

—Doctor, ¿ya le contó mi marido lo que me ha regalado?

—A ver —pidió el doctor tomando té.

Abrí el maletín que estaba sobre la mesita.

—¿Qué es esa quincalla? ¿Dónde demonios lo ha comprado?

—En Praga —contesté—, pero usted está resfriado y aquí está ese instrumento mágico; es como cuando los pinos murmuran sobre las rocas…

El doctor dijo:

—¿Usted lo entiende?

—Doctor, ¡es coser y cantar! —dije y lo enchufé y giré el interruptor, coloqué un pequeño tubo con un pincel para los nervios y las serraduras violeta empezaron a llover de los pelos del pincel y el doctor se lo pasó por las articulaciones de la mano y sonrió ingenuamente:

—Es poético, eso no puede hacer daño a nadie y, proviniendo de usted, me gusta…

Tomé un electrodo, el inhalador de ozono con un difusor y dije:

—Doctor, es mejor que se tumbe sobre el sofá…

El médico se sentó, yo corrí la cortina de color café con leche y la penumbra transparente y un manojo lila de impulsos eléctricos iluminó la calvicie del doctor, que poco a poco se fue tumbando sobre el sofá. Una vez de espaldas tomó entre los dedos aquel palito que no paraba de susurrar y crepitar mientras yo preparaba el inhalador de ozono con el difusor. En la bolita de algodón del inhalador de ozono puse varias gotas de aceite de eucalipto mezclado con aceite de menta, enrollé en el tubo el doble filamento que se pone dentro de la nariz, y entonces tomé el pincel para los nervios de las manos del doctor y empalmé el inhalador de ozono con el difusor en el cátodo, giré el interruptor y el tubo vacío se llenó de gas de neón que atravesaba la bola de algodón, llena de aceite de eucalipto, me arrodillé delante del sofá y acerqué el aparato a las narices del doctor.

—Seguro que esto le va a curar, doctor; mi marido lo inhala siempre cuando nota que le ronda un resfriado; es como los pinos que murmuran sobre las rocas. ¿No siente el olor del aire después de la lluvia, de resina? Y es que este pequeño incendio de neón que se está descargando aquí, eso solo ya cura, el color que usted necesita es el celeste, color que apacigua toda la acción, calma los nervios, modera las vibraciones…

Así hablé yo con el maravilloso instrumento lleno de aceite de inhalar en una mano y en la otra una pera de goma que yo apretaba y que propulsaba el aire a través de la cámara de ozono y de aceite del inhalador… y el señor Gruntorád repetía beatíficamente todo lo que yo decía y sonreía con cara de estar en el séptimo cielo y de súbito oí un ¡clac!; era la puerta de la oficina. A continuación giró el pomo de la puerta y entró Francin, empalidecido y lívido, y gritó en voz baja:

—¡Qué hacéis!

Me asusté y, como apretaba la pera de goma, le di más fuerza y el

doctor ya no acabó de repetir «… los pinos que murmuran sobre las rocas…». Se sentó y soltó un grito, su cara se encogió y rejuveneció, el doctor se enderezó de un salto y galopó, llegó hasta la puerta, empujó el pomo y salió corriendo, y Francin detrás de él con las manos juntas: «¡Señor director, disculpe!». Pero el doctor se fue corriendo a los almacenes de malta, bajó la escalera que daba al germinador, atravesó varias pilas de cebada, los trabajadores lo miraban con las bocas abiertas de par en par, sus palas se detuvieron y detrás de él corría Francin y se ponía de rodillas en la malta húmeda y el doctor, que no paraba de gemir, subió la escalera que daba al desván, pasó de largo unos cuantos montones de malta seca y el dolor en la nariz le empujaba al último piso, donde se hundió en la cebada que se estaba secando allí. Arriba se estaba a sesenta grados de temperatura, el doctor bajó una planta y a través del puente cubierto entró en la cervecería, dio varias vueltas al torno de la bodega y se dirigió corriendo hacia los pisos donde se dejaba refrescar la cerveza joven, Francin siempre detrás de él, el doctor subió las persianas y salió sobre el tejado de la cámara frigorífica, allí donde crecían las siemprevivas que estaban en flor, Francin se arrodilló sobre aquella alfombra de bonitas flores amarillas, pero el doctor Gruntorád gemía y ya subía la escalera para volver a la cervecería, después salió por la puerta al patio y se dirigió hacia la pocilga mientras los obreros iban saludando: «Buenos días, señor director. Buenos días, señor gerente». Pero el doctor corría alarmado por el jardín de los frutales y ya entraba en nuestra cocina donde se desplomó en el sofá exclamando:

—¿Dónde diablos compró aquella porquería? ¡A ver!

Y después de haber examinado minuciosamente el inhalador de ozono con el difusor, olió el perfume diciendo:

—Bruja de mujer, ¿qué clase de aceite ha puesto aquí? ¿Dónde están sus pinos que murmuran sobre las rocas?

Se puso los quevedos, yo le pasé la botellita y, al leer la etiqueta, el doctor se puso a gritar a pleno pulmón:

—¡Mala pécora, si se ha olvidado de diluirla en la proporción de uno a diez! ¡Me ha quemado la mucosa! ¡Achís! —estornudó el doctor Gruntorád y al darse cuenta de que Francin estaba allí de rodillas con los brazos abiertos y le suplicaba: «¿Me podrá disculpar algún día?», el señor director dijo:

—Levántese, buen hombre; preferiría ser el gerente de la cervecería que su director…

Dijo esto, miró el reloj, me dio la mano y me besó la mía diciendo:

—Hasta la vista, señora.

Y salió. Le vi aparecer en el patio soleado dejando detrás de sí un tufo a carbol, lisol y eucalipto y ligereza de gran señor, saltó al

pescante, como si todo lo que le acababa de suceder le hubiera fortalecido, y sólo ahora me daba cuenta, ¡sí, ahora lo veía claro!, aquella historia había ocurrido de verdad, aquella aventura de la que sólo quedaba el sauce que envolvía toda la casa. El doctor se sentó en el pescante, el cochero le alargó las bridas, el doctor encendió un cigarrillo que había introducido en una boquilla de ámbar y se caló el sombrero claro en la frente como no lo sabía hacer nadie más. Con las bridas en la mano parecía rejuvenecido, como si acabara de llegar en el carruaje directamente de Viena, se enderezó y salió de la cervecería con el caballo con la cola y las crines acortadas, mientras el cochero del doctor se revolcaba dentro del cabriolé sobre un asiento tapizado de terciopelo, con la sonrisa culpable de alguien que nunca comprenderá por qué a su amo le tenía que gustar tanto sentarse en el pescante mientras él, el cochero, se dejaba conducir en un asiento de terciopelo y se sentía culpable… Y Francin caminaba por el comedor, cogiéndose la cabeza con las manos.

12

Miré el reloj. Era la hora en que Boda Červinka solía acabar su pequeña ronda, ya habrá comprado la verdura a buen precio y para celebrar la ganga se habrá detenido en la plaza, en la taberna de Svoboda para tomar un vaso de vermut y acompañarlo con cincuenta gramos de salchichón húngaro. Después se habrá detenido un rato en el Grand Hotel para pedir una pequeña ración de gulash y tres jarras de Pilsen y, para acabar la ronda, habrá ido a la taberna Mikolášek a tomarse a sorbitos tres copitas de coñac y charlar un rato con los demás clientes del establecimiento, pero es posible que Boda, tan contento como estaba por haber ahorrado dos coronas gracias al buen precio de la verdura, hubiera seguido con lo que él llamaba la gran ronda, cosa que quería decir hacer escala en el hotel Príncipe, tomar allí un cortado de ron que provenía directamente de Jamaica y, al final, hacer parada en el bar Louis Wantoch y echarse entre pecho y espalda, en la barra, una copita de *griotte* como punto final después de una ganga tan insólita, y es que una coliflor y un poco de verdura para hacer caldo a tan buen precio se lo merecían.

Cuando Francin, nada reconciliado, se fue al despacho, me arrastré cojeando a la entrada, monté en bicicleta y me fui a la ciudad, pedaleando ligeramente con el pie blanco y dolorido, y parecía como si con cada movimiento el tobillo se me fortaleciera; dejé la bici apoyada en la pared y al mirar dentro del saloncito de la peluquería vi que Boda dormitaba sobre la silla giratoria, de modo que entré y me senté en la silla que quedaba libre. Boda acababa de hacer la gran ronda, porque exhalaba perfume de huesos de cerezas, y se veía a cien leguas que había hecho la última parada de su ronda en la Casa de la Griotte.

—Boda —dije.

—¡Dígame, señora! —contestó levantándose y estaba tan asustado que cogió las tijeras y cortaba el aire, dale que dale.

—Oye, Boda, quiero que me cortes el pelo.

Boda se sobresaltó aún más.

—¿Cómo dice, por favor? —balbuceó.

—Te lo vuelvo a decir, Boda: quiero que me cortes el pelo tal como

lo lleva Josefine Baker.

Boda sopesó mi melena y me miró con ojos como platos.

—¿Cortar eso, el resto del imperio austrohúngaro? ¿Este pelo que parece de anuncio? ¡Nunca jamás!

Y con un gesto de menosprecio, Boda tiró las tijeras, se cruzó de brazos y se puso a mirar ostentosamente por la ventana, haciendo morros.

—Oye, Boda, el doctor Gruntorád también ha cortado la cola y la crin a su caballo y a mí me recomendó ese peinado de moda a causa de la caspa.

Pero Boda se mantenía en sus trece:

—¡Cortar este pelo sería como escupir la santa hostia después de la comunión!

—Escúchame, Boda, si quieres te firmaré una declaración.

—Así tal vez —dijo Boda y trajo las cosas de escribir y yo redacté en una cuartilla que por voluntad propia y con plena conciencia había encargado al señor Boda Červinka que me cortara el pelo. Y Boda, después de haber secado esta declaración agitándola en el aire, con mucho cuidado se la puso en la cartera, desplegó un peinador y me lo ató debajo de la barbilla, me bajó la cabeza y tomó las tijeras en la mano, durante un instante vaciló, era como cuando en el circo un artista hace un ejercicio peligroso en lo alto de la cúpula de la carpa mientras el tambor no para de redoblar… y a continuación, con un par de tijeretazos, Boda me cortó los torrentes de cabello. De golpe me sentí tan ligera que la cabeza me cayó sobre el pecho y era como si me pasara una corriente de aire por la nuca. Boda puso el pelo sobre la silla giratoria y me cortó el pelo de la nuca y a continuación las tijeras se pusieron a piolar en sus manos, Boda retrocedía y me miraba como un escultor que trabaja sobre una obra de arte, y otra vez las tijeras seguían moviéndose con diligencia. Siempre que yo quería levantar la cabeza para echar una ojeada furtiva al espejo, Boda me empujaba la barbilla entre las clavículas y proseguía su trabajo, vi que empezaba a sudar, su cara brillaba y todo él exhalaba olor a ron de Jamaica y a *griotte* y a coñac, y toda esa mezcla se amalgamaba con un tufo no demasiado agradable de cerveza. Entonces Boda se puso a hacer espuma con la brocha y mientras tanto me vigilaba y cada vez que yo intentaba mirarme me empujaba la cabeza abajo, pero yo me daba cuenta de su expresión satisfecha, Boda sonreía entusiasmado como alguien a quien el trabajo le sale bien, me enjabonó la nuca y me la afeitó, después me mojó el pelo y me lo cortó con una navaja, y súbitamente empecé a sentir como una especie de amargura en la boca y se me encogió el corazón, ahora que ya era demasiado tarde y el pelo no se podía volver a pegar, me imaginé a Francin, cómo estaba sentado al atardecer en el despacho y con la pluma de dibujar del

número tres delineaba iniciales en los libros de la cervecería y alrededor de cada inicial hacía crecer todo un ramaje y daba la forma de lira a mi pelo ondulado de color rubio rojizo, me imaginé que Boda Červinka apartaba las manos de Francin de mi melena, que con un tijeretazo separaba de mi pelo la mano de Francin con el peine de neón violeta, resplandeciente, y es que Francin no me podrá peinar nunca más en la habitación oscura, nunca más disfrutará con mi cabello, del que se había enamorado en la época del imperio austrohúngaro y por el que se casó conmigo… Cerré los ojos apretando la barbilla contra el pecho y me quedé así un rato para tragarme las lágrimas, Boda me tocó dos veces, pero yo no tenía el ánimo suficiente para levantar la vista y observarme en el espejo; entonces Boda me tomó con delicadeza la barbilla y me levantó la cabeza, él mismo retrocedió y con mucho tacto se giró de espaldas… En el espejo, en una silla giratoria, hundido hasta el cuello en una sábana blanca, estaba sentado un joven de buen ver pero con una expresión tan insolente que levanté la mano contra mí misma. Boda me quitó el peinador, me levanté y apoyada en una mesita de mármol me contemplé y me quedé maravillada, y es que con sus tijeras Boda había dejado al descubierto mi alma, ese peinado de Josefine Baker, eso era yo, clavada; era mi retrato, y eso, con ese nuevo peinado, tenía que saltar a la vista de todo el mundo. Hacía un buen rato ya que Boda había sacudido todos los pelos caídos y cortados del peinador y caritativamente me daba la oportunidad de acostumbrarme a mí misma, de hacer las paces. Volví a sentarme y no me quitaba los ojos de encima. En el espejo delante de mí veía mi cuello, un cuello de muchachito, que me rejuvenecía, me volvía a transportar a mis años de jovencita, pero no por eso dejaba de ser una mujer que todavía era capaz de desafiarse a sí misma con esa nuca recortada en forma de corazón. Y de hecho ese nuevo peinado parecía un casco, una gorra como la que tenía Mefistófeles cuando la compañía de Martin actuaba en nuestra ciudad, parecía que en cualquier momento me podría quitar este peinado, al igual que hacía un instante el señor Gruntorád me había quitado el yeso del tobillo… Y de golpe salté, pero como estaba acostumbrada a que la melena me tirara la cabeza atrás, estuve a punto de caer de bruces y romper con la frente el espejo de Boda. Después de pagar prometí a Boda que cualquier día podría venir a recoger una cesta llena de botellas de la mejor cerveza, y Boda rió y se frotó las manos. Su obra de peluquero le dio alas.

—Boda —dije—, ¿lo conseguiste con tu propia imaginación?

Y Boda se puso a hojear una revista de peluquería hasta encontrar una serie de peinados de moda, desde el flequillo de Lya de Putti hasta el peinado de chico de Josefine Baker… Salí y alrededor de mi cabeza sentía soplar un viento terrible, aunque no se movía ni una brizna de

hierba. Monté en la bicicleta y Boda salió detrás de mí. En una bolsa de papel me trajo mi melena cortada, dos trenzas enormes, envueltas en papel, que me puso en la mano y que pesaban como mínimo dos kilos. Parecía como si hubiera comprado dos anguilas gordas, de un kilo cada una.

—Oye, Boda, pónmelas atrás en el portaequipaje, hazme el favor.

Y Boda levantó el muelle del portaequipaje y colocó allí mi melena. Cuando hizo caer el muelle en lo que se acababa de inaugurar como portacabello, me llevé las manos a la cabeza… Y cuando caminaba por la calle mayor, mirando a los que pasaban por la acera, me fijé en el maestro deshollinador, pero él no me reconoció. Fui a la estación y me entretuve mirando las salidas de los trenes, pero nadie se fijó en mí porque la gente no veía que era yo, aunque mi figura y mi bicicleta eran las mismas que antes de aquel gran corte. Monté en la bici, pues, y volví por la calle mayor. Delante de la granja del señor Svoboda estaba aparcado el cabriolé del doctor Gruntorád. Hasta ahora, por la tarde, el doctor no había tenido tiempo de tomarse su taza de café con leche y los panecillos de Viena en una cestita que le esperaban cada mañana cuando volvía de visitar a las campesinas que daban a luz y los campesinos con piedras en el hígado. El doctor Gruntorád salió, el cochero bajó de un salto del pescante donde se había quedado dormitando mientras sostenía las bridas del caballo, el doctor Gruntorád me miró como de paso, me incliné sonriendo, el doctor vaciló un instante y enseguida hizo un gesto negativo con la cabeza, se sentó en el pescante y se fue con su cochero revolcándose en el asiento de terciopelo; pasé de largo la columna de la peste en la plaza, la gente me miraba como si fuera una forastera que veían por primera vez en la ciudad… en la calle mayor, delante de la tienda con telas y mercería Katz, dormía un bulldog y al lado de él había un grupo de señoras vestidas de negro con las faldas que les llegaban hasta el suelo. Habría jurado que la presidenta de la sociedad de embellecimiento enseñaba la ciudad a un compositor de música que llevaba un gran sombrero negro como un socialdemócrata. Un día yo también había ido con la sociedad de embellecimiento, con unas faldas que levantaban el polvo del pavimento; en la catedral de San Jiljí nos acercamos a la entrada lateral, cerrada, y miramos los azulejos, que ya no estaban, sólo quedaba el recuerdo de que hacía cien años el suelo había tenido el color rojizo de la sangre coagulada de la matanza dentro de la catedral, en la que los suecos y los sajones mataron a todos los ciudadanos que se habían refugiado en la iglesia. Después visitamos la única puerta verdaderamente bonita y de valor histórico en las fortificaciones, pero no miramos la puerta, nos enseñaron que bajo los arcos del puente de piedra, en 1913, el domador del circo Kludský había bañado sus elefantes, cosa que se

puede ver en una fotografía del museo municipal: elefantes que se revolcaban en aquellas aguas del Elba, con las trompas como mangueras, se tiraban agua a la espalda, y la señora Krásenská, la presidenta de la sociedad de embellecimiento, gracias a su imaginación resucitadora, no veía en nuestra ciudad nada más que lo que ya no era visible. Ahora el cortejo del distinguido visitante, las señoras de la sociedad, pasaban bajo las arcadas delante del restaurante Havrda, y con emoción miraban la acera de cemento donde en su día había descansado Federico el Grande. Y, para enseñarle lo más precioso de nuestra ciudad, la señora Krásenská llevó al compositor del brazo al centro de la plaza donde estaban sentados en un banco dos jubilados y apoyaban las barbillas en los bastones. Aquí, la presidenta describió con exactitud la fuente renacentista que se encontraba allí hasta el año 1840 cuando la demolieron; se equivocaría gravemente cualquiera que pensara, como lo creían aquellos dos jubilados, que la sociedad de embellecimiento los miraba a ellos. ¡Nada de eso! Aunque la presidenta los señalaba con el dedo y su índice pasaba delante mismo de sus narices, ella veía únicamente lo que estaba describiendo, aquellas bellas decoraciones, guirnaldas de gres y bajorrelieve de dos angelitos que adornaban aquella fuente y que seguían siendo uno de los orgullos de esta ciudad. ¡Ah, la señora Krásenská, que adora todo lo que ya no existe! Yo me enamoré de ella cuando conocí su historia novelesca. Hace treinta años se enamoró del tenor del Teatro Nacional, el señor Šic. Ella le esperaba después de cada representación en la puerta de atrás y cuando el tenor salía y tiraba la colilla, ella la recogía con una aguja para guardarla en una cajita como una preciosa reliquia y, como era modista, tenía que coser y bordar todo el día para poder comprar una orquídea y tenía que coser y bordar una semana entera para poder comprarse la entrada del palco desde donde siempre tiraba la orquídea a los pies del señor Šic, y cuando hubo tirado la bella flor por vigésima vez, esperó al tenor, se le dirigió y le dijo que le quería. Y el señor Šic le dijo que él no la quería porque no le gustaba su larga nariz. Y la señora Krásenská se pasó todo el año cosiendo y con el dinero que había ganado fue a Brno a hacerse cortar la nariz y hacerse coser un músculo de su propio brazo sobre la pared nasal. Al final, pues, los médicos le modelaron una preciosa nariz griega. Entonces la señora Krásenská volvió a esperar al señor Šic a la entrada trasera del Teatro Nacional y, puesto que ahora era hermosa, podía entablar conversación con el célebre tenor; pero durante su paseo nocturno, el señor Šic le confesó que ya hacía casi un año que buscaba una chica bonita con una larga nariz temblorosa porque se había enamorado de aquella nariz y no podía vivir sin ella. Y la señora Krásenská le confesó que ella era la chica con la larga nariz, que se había hecho cortar para agradar al célebre

tenor, y el resultado de todo aquello era la nariz que el señor Šic estaba observando. Y el señor Šic alzó los brazos exclamando: «¡Qué ha hecho con aquella nariz tan bonita! ¡Cómo ha podido!». Y huyó… Y la señora Krásenská se me quedó mirando al lado de la fuente renacentista, alzó los brazos y exclamó: «¡Qué ha hecho con su melena! ¡Cómo ha podido!». Y me señaló al distinguido invitado de nuestra pequeña ciudad y yo ya sabía que mi pelo se acababa de convertir en uno de los monumentos locales. Y monté en bici y tres señoras miembros de la sociedad de embellecimiento pidieron prestadas tres bicicletas delante del hotel Príncipe y se pusieron a perseguirme. La envidia les carcomía de tal modo que pedalearon con mucho empuje y no les costó demasiado adelantarme, y me señalaban con el dedo: «¡Se ha cortado el pelo!». Y unos cuantos ciclistas que me habían reconocido se pusieron a perseguirme, escupían delante de mí, yo pedaleaba en medio de una procesión de ruedas, todo el mundo me fustigaba con miradas rabiosas y eso me animaba, puse las manos en mis caderas e iba sin tocar el manillar y llegué sola a la cervecería porque los ciclistas ya estaban plantados, las bicis entre las piernas, delante de las oficinas, justo delante de la inscripción que decía: «Donde la cerveza nace, la vida florece», Francin salió corriendo de la puerta, detrás de él las tres miembros de la sociedad de embellecimiento que me señalaban con ambas manos.

—¿Dónde tienes el pelo? —dijo Francin, con la pluma de dibujar del número tres entre los dedos temblorosos.

—Aquí —contesté apoyando la bicicleta en la pared para levantar el muelle del portaequipaje y alargarle las dos pesadas trenzas. Francin se puso la pluma detrás de la oreja, sopesó mis cabellos muertos y los puso sobre un banco. Entonces sacó el bombín del cuadro de mi bicicleta.

—El neumático está bien inflado —dije tocando el neumático de delante y de atrás con la mano experta.

Pero Francin desenroscó el vástago del bombín.

—No le pasa nada al bombín —dije sin entender nada.

Y Francin se lanzó sobre mí, me dobló sobre su rodilla, me levantó la falda y se puso a pegarme una buena paliza mientras yo me preguntaba si llevaba la ropa interior limpia, y si me había lavado, y si estaba suficientemente tapada. Y Francin me zurraba, y los ciclistas asentían con la cabeza, regocijados, y las tres señoras de la sociedad de embellecimiento me miraban como si ellas hubieran pedido esta satisfacción.

Y Francin me puso en el suelo y me bajó la falda. Francin estaba guapo, las narices le temblaban como el día que domó los caballos desbocados.

—Toma ya —dijo—, a partir de ahora empezaremos una nueva

vida.

Y se agachó para recoger del suelo la pluma de dibujar del número tres, después enroscó el vástago en el bombín y lo puso en los corchetes del cuadro de mi bicicleta.

Y yo tomé el bombín y enseñándolo a los ciclistas dije:

—Este bombín lo compré en la casa Runkas, en la calle de Boleslav.